Fray Mocho

Revista Semanal





N.° 858

"PANTOMIMA"

Por A. Ibels

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI





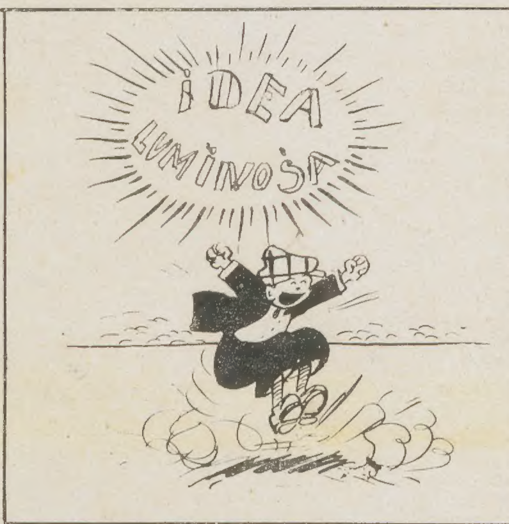




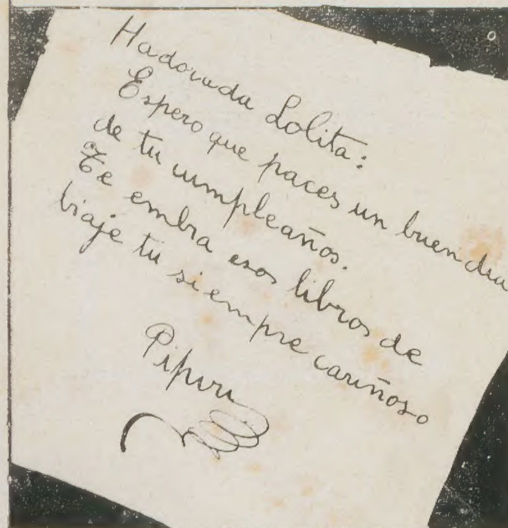




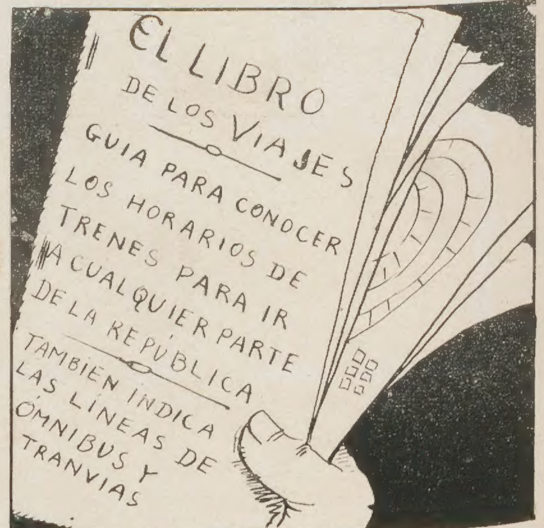














FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración CERRITO 607

Año XVII — Buenos Aires, octubre 2 de 1928 — No. 858

EL PACTO KELLOGG... NO CREO, por Rojas

—¿Y qué le parece el pacto?
—Un instrumento perfecto
por su cordura y su tacto.
—¿Y su cumplimiento exacto
surtirá algún buen efecto?

—Ha de surtirlo en el acto;
no tenga duda al respecto,
pues, suprimido "ipso facto"
todo bélico contacto,
no morirá ni un insecto.

(Esta opinión mundial el pacto fragua.
¡Lástima que disienta Nicaragua!!)

EL INCRÉDULO

Por A. Arias de la Cantolla

El fuerte viento — cosas de febrero loco — había hecho que las tolvaneras del desecado lago de Texcoco se abalanzaran sobre la ciudad de México, hundiéndola en sus obscuras y molestas entrañas. Las faldas de las mujeres se levantaban, dejando ver algo más que las pantorrillas; pero los curiosos hombres no podían admirar estas bellezas, puesto que se veían forzados a cubrir sus ojos de la invasión de aquel polvillo. Varias víctimas del viento optaron por correr y refugiarse en algún zaguán que les diese un poco de abrigo. Y... en uno de éstos, estrecho y angosto, el destino dió cita a dos seres. Ella, una joven mujer trajeada correcta, pero humildemente; él, un joven al parecer de posibles, si nos hemos de guiar por la indumentaria.

Recordando los detalles de su carrera hasta hallar aquel refugio, sonrieron cual si, mofándose de sus actitudes, no dieran importancia al hecho. Pero había algo más en esta sonrisa, cuando vieron sus rostros: una simpatía mutua. Sin embargo, el joven fijóse atentamente en las ropas de la desconocida, y su cara tornóse a una seriedad que, además, denotaba una meditación especial; una de esas meditaciones momentáneas dedicadas a cualquiera duda instantánea.

—No — se dijo—. Lástima de carita y de cuerpecito. Na la puedo enamorar, porque... ¿qué dirían mis amigos, de su mal vestir y de mí?...

Pero la carita sonrosada, el hermoso y rizado pelo castaño, los ojos expresivos, la boca bien formada y con poca necesidad de pintura para lucir su color; aquel cuerp... ielgado cuya formas resaltaban bajo la tela del vestido humilde... Toda ella tenía la gracia de esas caras y esos cuerpos que pocos pueden dejar pasar sin, cuando menos, un pensamiento de admiración. Y esto sucedió a José Antonio en los breves minutos que la casualidad le dió para admirarla.

—¡Que vayan al diablo los amigos! — se dijo, y dirigiéndose a ella musitó amablemente:

—Gracioso, ¿verdad?, señorita...

—Y animado por la sonrisa placentera de la bella desconocida, prosiguió: — Es gracioso lo que presencia uno en este mes de grandes ventarrones. Se reiría uno si no fuera porque todos hacemos lo mismo.

* * *

De ahí nació la amistad comienzo de amor cuando es tan imprevista y, después, buscada. Salieron juntos de aquel zaguán, como viejos amigos. Algo les unía; algo de eso que todos sentimos en nuestra vida y cuya causa difícilmente podemos explicarnos.

Desde aquella tarde José Antonio supo que ella se llamaba Berta: Berta María, que trabajaba en un comercio de ropa y novedades cercano al despacho de él; que ella ganaba poco y que con esto se veía precisada a sostener a su madre, que cuidaba la casa mientras ella trabajaba; que acostumbraba salir a las siete de la noche de la tienda, pero que aquel día, casualmente, había salido temprano para asistir a una curación dental. José Antonio la acompañó, cosa admitida por ella después de muchas objeciones, al consultorio dental. El dentista era joven. Nada le unía a esa mujercita, ni ningún derecho tenía sobre ella: sin embargo, sintió celos de la amabilidad de aquella juventud científica hacia Berta. A este sentimien atribuyó que aquella figurita de marfil viviente había ganado, en esa hora corta, más terreno que otras bellezas en muchos meses y años. ¿Por qué...? Quizás lo imprevisto del encuentro; un tipo buscado anteriormente. Esta explicación le satisfizo para evitarse una lucha mental en esos momentos en que sólo Berta ocupaba su pensamiento.

Transcurrieron los años, encontrándolos juntos cuantas veces les era posible. Eran novios y pocas se les hacían las ocasiones de estar juntos. Sus negocios iban viento en popa, y aunque él lo atribuía a la aparición de Berta en su camino, sus amigos, ignorantes del detalle, daban las condiciones del mercado como causa de su bonanza financiera. El era feliz; ella decía serlo también. Y José Antonio, el líder de sus amigos solteros, enemigo acérrimo del matrimonio — nudo de ahorcado, según sus teorías — pensaba ya en la unión civil o religiosa — o ambas—. Lo importante era unirse. Sin embargo, su cerebro le advertía esperar algún tiempo más: convencimiento de cariño, construcción del nido, mutuo conocimiento de caracteres y otros puntos importantes servían de pretexto para la espera, que resultó fatal.

Los amigos de José Antonio extrañaban su ausencia de los sitios antes predilectos por él. Pretextos — eterna ciencia mexicana — no faltaron, y ellos quedaron satisfechos con las explicaciones del amigo.

No se atrevía a confesar la verdad porque sus compañeros de paseo hubieran pedido ser presentados a la novia hermosa y alabada. Y esto era imposible hacerlo. ¿Cómo presentar ante ellos a aquella mujercita tan modestamente ataviada, no por falta de gusto y elegancia, sino de medios con qué hacerlo? Sus amigos se hubieran reído de él, y lo que era peor, de ella, a quien tanto quería. Pero esta situación se le hacía insostenible. Era necesario que Berta asistiera a las fiestas a que él acostumbraba concurrir, por qué aunque no faltase a las invitaciones que se le hacían, se sentía solitario y aburrido sin la presencia de quien era ya una necesidad primordial en su existencia. ¿Qué solución hallar?

José Antonio se preciaba de astuto e inteligente. Por lo tanto, le pareció fácil encontrar la solución deseada. Hablaría seriamente a Berta María, y con palabras medidas y estudiadas de antemano, sin herir sus sentimientos, la haría aceptar como regalo varios vestidos y otras prendas que él estimaba necesarias para su buena presencia. Con esto ya podría llevarla a cualquier lado que quisiera, sin temor a las murmuraciones sociales. Y como lo pensó lo hizo. La niña candorosa — diez y siete años — aceptó, sin encontrar ninguna malicia en ello y con sólo algunas objeciones sin fuerza, que José Antonio se encargó de destruir. Y ya entonces pudo lucirla en teatros, cines, paseos, salones, bailes y tantas otras partes con que para nuestro recreo contamos. Además, servía de precioso adorno a un primoroso coupé que había adquirido. Todos la admiraban y ratificaban el buen gusto que, en cuestión de mujeres, José Antonio había siempre poseído. Nadie pudo reconocer en ella a la modesta empleada que Antonio había conocido en una tarde de viento. Ella era ahora la secretaria de José Antonio, y esto hacía variar completamente las circunstancias de su vida. Los tiempos habían cambiado, pero también iban cambiándose, a medida que el tiempo y los conocimientos sociales aumentaban, los sentimientos en el alma de Berta María.

Pero astuta, como toda mujer, los ocultaba, sabiamente del conocimiento del hombre, y el pobre muchacho seguía creyendo y adorando en aquella especie de virgen pagana llena de virtudes y belleza. ¡Cuán confiado es el hombre, después de todo! José Antonio vivía por ella y para ella. Nada en el mundo le hubiera hecho perder los minutos a ella dedicados. Eran inseparables como la rosa y el tallo que la da fuerza y resistencia. Sólo que José Antonio — reciprocidades inexplicables del amor — ya no era para ella el príncipe lleno de colorido que el destino había puesto en una senda de su vida. Aquel que le había parecido tan rico, tan gallardo, tan amable, en fin, insustituíble, había sido superado por otros en dinero, amabilidad, gallardía, etc. La ambición, ambición desmedida de mujer, innata, destructora de mundos y naciones, de pueblos y de razas, de vidas y destinos, crecía en ella cubriéndolo todo poco a poco, amenazando desbordarse y dar al traste con la felicidad de José Antonio, el confiado.

Y los pequeños disgustos empezaron a ensombrecer el paisaje, su dicha, cubriéndolo de pasajeras nubes negras que amenazaban convertirse en permanentes. Pero

Por tu belleza

Reclinada en tus senos mi cabeza
y al calor de tus mágicos hechizos,
soñaba con azules paraísos
donde guardar mi amor y tu belleza.

Tus manos, que proclaman la rudeza
de tu estirpe, jugaban con mis rizos,
y por primera vez fueron sumisos
los cóndores rebeldes de mi alteza.

Ví caer uno a uno los blasones
de mi raza, y subir los corazones
hasta no sé qué reino de ilusión,

donde los cortesanos y los reyes
no tenían más códigos ni leyes
que los que les dictara el corazón!

Desolación

Tu cabellera descrenchada y blonda,
bajo la azul mirada de los cielos
cantaba la emoción de tus desvelos
cuando íbamos paseando por la fronda.

Algo debiste descubrir en la honda
penetración que hincaste en mis anhelos
porque sentí tus ojos y tus celos
entrándome hasta el alma como sonda.

Vano fuera decir que no me viste
si hasta el fondo del alma me llegaste
con tu mirada penserosa y triste

Y bien, lo sabes ya; todo ha concluido,
no queda en el palacio en que reinaste
más que nostalgia, soledad y olvido.

M. CIRES IRIGOYEN

aquel hombre se había enamorado solo. Para el crecimiento de su amor, en una forma actualmente inusitada, no había necesitado su espíritu más que lo mágico de lo imprevisto, de lo que él nombraba fatalidad y destino. La lectura y estudio de obras científicas, habían destrozado su previsión poniéndolo, con las manos atadas, uncido al carro de triunfo de una Cleopatra moderna. Y hasta Cleopatra la llamaban sus amigos.

Los negocios de José Antonio iban de mal en peor. El pretextaba una general crisis económica como causa, salvo para quienes, bien enterados del motivo, reconocían como origen de sus fracasos financieros, la ocupación constante de su mente por la imagen de Berta María. El pensaba, soñaba, gastaba su pensamiento en ella. Era algo así como una planta anexa aun manantial: muerto el manantial moría la planta sedienta y sin sustento. Había un amigo íntimo que conoció del caso antes que los demás. El había tratado de infiltrar en el ánimo de José Antonio la idea, clarividente y concisa, de lo que iba a sucederle ocasionado por la impericia con que trataba los asuntos que a Berta concernían.

—No despiertes, — le había dicho — la ambición en esa mujercita ideal que has tenido la suerte de encontrar, o de otra manera la perderás y te perderás tú.

Y aquellas palabras proféticas comenzaban a venir al recuerdo de aquel que se las había dicho y que él había tachado de necias.

La mujer es como un ave. Todo lo que necesita para volar son las alas.

Y José Antonio había dotado a Berta de esas temidas alas que en ella eran el conocimiento del verdadero mundo, de la vida cómoda, de aquella otra clase de seres bienaventurados que gastan su vida en medio de inercia y placeres. La había llevado al aquilatamiento de los hombres por la cuenta del banco, y ahora se espantaba de su obra; mas poco remedio había, y lo mejor para él, era callar, ya que todo lo podía tener Berta María, menos ser infiel e inconstante. No siendo esto ¿qué le podía importar lo demás puesto que podía darla todo lo que ella deseara en cuestión de comodidades? Poco sabía él del espíritu femenino; Berta ya no se conformaría con esa comodidad, deseaba algo más: lujo. Eso no se lo podía dar él, y así lo comprendió la joven bella. Sólo que, — otra vez la astucia femenina — esperó, silenciosa y aparentemente tranquila, la llegada de circunstancias que hicieran factible el logro de sus deseos. El dragón místico de la ambición desmedida había aparecido en ella y era indomable.

* * *

Las salones del Casino Español brillaban de luces y de mujeres, de joyas y de flores, en primorosa y deslumbrante convivialidad. Era un treinta y uno de diciembre. La fiesta que comenzaba iba a despedir a un año más en la historia del mundo. A un año que moría, como había nacido: entre dolores y alegrías, tragedias y placeres. En aquellos salones se encontraban Berta María y José Antonio. Este mostraba alegría en su franco rostro; aquélla un poco de seriedad inquisitiva. Buscaban sus hermosos ojos a un hombre joven que la interesaba. Sabía que estaba allí, porque le había visto descender, al par que ellos, de un lujoso automóvil a la puerta del Casino. Era rico. Había visto hermosos botones de brillantes cerrando su pechera y deslumbrantes solitarios adornaban sus manos. Aquel joven era rico, mucho más que José Antonio, y— ¡oh! poder de la ambición, — su corazón palpitaba ya por él. José Antonio le era indiferente en aquellos momentos. Su objeto era hacer que aquel joven le fuera presentado y bailara con ella; lo demás era cosa suya: por algo era mujer.

E hizo que José Antonio la acompañara alrededor del salón y de los amplios corredores. De pronto su vista se alegró; había encontrado al hombre que buscaba y, dicha inmensa, se hallaba formando un grupo con varios amigos de ella. Con lentitud, en apariencia indiferente, se fué acercando al grupo y como distraída, paróse junto a ellos pretextando ver a varias personas que se hallaban en el otro extremo del salón. De pronto se volvió hacia el grupo y dijo, dirigiéndose a un amigo: — ¡Cuánto gusto de ver le! ¿Cómo has estado?
se a un amigo: — ¡Cuánto gusto de verte! ¿Cómo has estado?

Y vino la presentación deseada; una mirada que quería decir: ¡qué linda es usted!; otra mirada que invitaba a bailar, y el joven rico solicitó la siguiente pieza. Bailaron. Un tango completó la obra y varios foxes hicieron intimidar. Las direcciones, teléfonos y citas vinieron solos como una consecuencia natural del acto principiado.

El año nuevo encontró a José Antonio sin novia. Se habían disgustado.

Un pequeño disgusto que no viene al caso, explicaba a sus extrañados amigos, durante la copa del mediodía.

Pero el amigo íntimo, el psicólogo, el de las palabras proféticas, no podía ser engañado. El sabía la causa mejor que Antonio. Imparcial en el caso, había notado lo sucedido durante el baile del Casino. Su profecía estaba por cumplirse. Quiso, por lo tanto, hablar a solas con José Antonio y se presentó en el despacho de éste, aquella misma tarde al anochecer.

—José Antonio — le dijo — es inútil que quieras mentirme con respecto a tus relaciones con Berta. Quizás suceda que no deseas mentirme y entonces ignoras lo sucedido, pero sea como sea, creo un deber, el decírtelo. Berta María dejará de ser tu novia. No te admires así: ella se disgustará contigo definitivamente en esta semana misma. Yo sé el motivo y voy a explicártelo. Durante el baile de anoche tú, embebido como siempre en ella, no notaste cierto detalle con respecto a X... aquel ricachón tonto, que nos presentó Enrique. Tú recordarás lo que respecto a Berta te indiqué cuando comenzaste a poner en práctica tu solución de aquel problema, respecto a su modesta presencia, y vestir. Mis profecías, si me permites llamarlas así, se han cumplido o, más bien, están por cumplirse. Has alimentado en ella el dragón de la ambición, y ahora ese mismo dragón va a hundirte en la desgracia porque sé que la amas y ella dejará de ser para tí lo que hasta ayer ha sido. Con fingimiento o sin él, ella era hasta ayer tu novia y parecía quererte. Pero ha encontrado un tipo de su gusto y que es más rico que tú. No te hagas ilusiones: Berta irá a él como vino hacia tí. El amor de la mujer es algo así como una bola de cristal que rueda hasta encontrar un objeto resistente que la estrella. Tú no has sido ese objeto resistente, porque eres demasiado blando en el carácter. Si tú la hubieses ayudado solamente en lo necesario para poderla presentar en sociedad, sin que te fuera penoso hacerlo; si la hubieras negado muchos caprichos posteriores, aun los más pequeños, ella hubiera llegado a ser tu esposa, porque la hubieras dominado sin sentirlo. Pero has fallado, y no te queda más remedio que precipitar los acontecimientos para no hacer el papel de tonto ante el mundo, que vigila todos nuestros actos, cual si fuese nuestro tutor. Quizás después Berta María comprenda sus errores y vuelva a tí, pero te anticipo un consejo: aun cuando ella lo haga, tú no la recibas más en tu corazón, porque la ambición es una enfermedad crónica muy parecida a las enfermedades físicas de la misma índole: desaparece por una corta temporada para volver después con más fuerza, terminando el corto lapso de mejoría. ¿Puedes imaginarte lo que sería una recaída, cuando ella fuera ya tu esposa?

Y el antiguo amigo sonrió maliciosamente, irónicamente.

—Pero, — se atrevió a decir José Antonio, — tú sabes que Berta no es capaz de hacer eso. Yo la he elevado sobre su antigua modestia y la he quitado muchas penas y pesares de encima. Ella no puede hacerlo, porque es buena. Por esta vez creo que te has equivocado, Armando.

El amigo volvió a sonreir elevando sus hombros cual si no diera importancia a la discusión, y habló una vez más: — Podrá ser esto, Antonio, pero yo estoy seguro de no estar equivocado. Tú, como todos los enamorados, no puedes ver la verdad, no la quieres escuchar, porque te hiere, y todo



—¿Le has preguntado a tu amigo si hay algo que haga desaparecer rápidamente los granos?
—Sí, me ha dicho que te compres una gallina.

LA IMPRENTA

La imprenta, explosión constante del pensamiento humano, fué para los pueblos como la segunda revelación. Empleada, al principio, exclusivamente por la Iglesia para vulgarizar las ideas dominantes, no tardó en combatirlas. Los dogmas del poder temporal y del poder espiritual, batidos sin cesar por estos arroyos de luz, se conmovieron pronto en los ánimos y poco después en las cosas. Gutemberg, sin pretenderlo, había sido el maquinista de un nuevo mundo: al inventar el medio de difundir las ideas, aseguró la independencia de la razón. Cada letra del alfabeto que salía de sus dedos contenía en sí más fuerza destructora que los ejércitos de los reyes y que los rayos de los pontífices. Armaba la inteligencia con la palabra: dos fuerzas del hombre que debían adueñarse muy pronto, de la humanidad. Una invención material había creado el mundo espiritual que había crecido en un momento: de allí salió la reforma religiosa.

Con la Imprenta, la historia pudo consignar en sus páginas las debilidades y los crímenes de los reyes. Los publicistas se atrevieron a comentarla; y los pueblos a deducir consecuencias: las instituciones sociales fueron pesadas en la balanza de su utilidad real para la humanidad.

A. de LAMARTINE

lo que nos hiere, nos es duro de creer. Pero tú lo verás y me darás la razón. Lo único que te pido, en memoria de nuestra vieja amistad y en bien tuyo, es que cuando Berta María vuelva su corazón hacia tí, no la escuches, por que sería tu ruína. Mujeres, hay muchas, y bellas, quizás buenas; pero un paso hacia el matrimonio, dado en falso, te hará desgraciado.

* * *

Aquella misma semana José Antonio rompió definitivamente con Berta María. Era necesario, aun cuando fuera doloroso. Un año de relaciones sinceras y felices, se borra difícilmente. Pero Berta María le había obligado a obrar así, puesto que los paseos con el rico y los telefonemas de éste al despacho de Antonio, donde Berta aún trabajaba, le habían demostrado que Armando tenía razón; exacto, con una exactitud que la maravillaba.

Y Berta María fué la novia de Luisito, el rico que se había atravesado.

El modesto coupé de Antonio había sido cambiado por el elegante y costoso Limousine de Luisito. Dispuso de un lujoso automóvil que ponía la posesión de un corazón sincero: el cambio había sido hecho. También Berta María ascendió al puesto de secretaria de Antonio; ¿para qué lo quería, si Luis le había ofrecido otro puesto similar con mayor remuneración?

José Antonio descansó. La presencia de aquella mujer en su despacho, cerca de él, se le hacía insoportable, porque traía recuerdos de tiempos idos, de dichas y alegrías. El hubiera deseado verla lejos, pero no se atrevía a despedirla: se le hubiera creído vengativo. El acto que le libraba de una pena contínua hubiera sido tomado por el mundo como una venganza, porque la interpretación del mundo es, generalmente errónea. Así, pues, repetimos, José Antonio descansó con aquella renuncia deseada, pero inesperada. Al fin se vería libre hasta de los recuerdos.

Pero el descanso, en casos similares, es pasajero. Dos días después José Antonio extrañaba, cerca de él, la presencia de aquella mujercita que le era tan familiar. La hubiera querido ver otra vez cerca de él, aunque hubiera vuelto a sufrir. Es tan inexperto el corazón humano que nos traiciona a pesar nuestro. Costó pena y tiempo, el olvido de aquellos recuerdos, de aquel amor. Pasó el tiempo y la tranquilidad volvió a la vida de aquel hombre cuyo espíritu había sido vendido por un puñado de monedas de oro. Pero algo extraño se iba notando en él: su carácter, antes tan optimista, habíase tornado escéptico, desconfiado. Todos sus actos, todas sus diversiones tenían un sello mecánico; obraba maquinalmente en todos los actos de su "nueva vida". Dura y costosa es la experiencia para el hombre. Y para José Antonio había sido más costosa, porque era más humano que otros. Le había costado el espíritu: su amigo Armando había acertado.

* * *

Pasó el tiempo; ese tiempo con que medimos nuestra vida, y que tan pronto hace de puñal como de tónico. José Antonio seguía en sus negocios; entregado a ellos se había vuelto un hombre práctico. Sentado ante su escritorio firmaba y examinaba documentos, cuando el muchacho de la oficina entró a indicarle que una señorita deseaba verlo.

—¿No te ha dado su nombre?— indicó.

—No, señor.

—Pues hazla pasar.

Cuando José Antonio levantó su vista y vió ante sí la olvidada figurita de Berta María, hubiera querido un refugio de tierra para ocultarse. El choque moral había sido violento. Las preguntas mentales se revolvían en el cerebro de José Antonio con una rapidez nunca soñada y cual torbellino que amenazaba su razón. Un sudor frío surcó su frente. ¿Qué querría ella?... ¿Para qué había venido?... La curiosidad y el deseo de saber se despertó en su interior.

—Haz el favor de tomar asiento, Berta — la indicó, — y dime qué puede hacer por tí este viejo "amigo".

Subrayó lo de amigo con una frialdad que quiso ser natural.

—Antonio, viejo amigo, — contestó ella, con esa humildad que da la triste y penosa experiencia, —sé que no debía haber venido a verte, pero me fué imposible remediarlo. Mis penas son grandes; mi decepción enorme. Necesitaba un amigo verdadero y he venido hacia tí. Tú lo has sido para mí. Aparte del amor que nos unió me llamaba hacia tí el deseo, inexplicable y voraz, de oirte, de calmar mis penas con tu presencia. Debes saber que Luis no es ya mi novio. El deseaba algo material en mí, y yo no pude dárselo. Si he de serte franca, yo nunca amé a Luis. Fueron unas relaciones de conveniencia las que tuvimos. Yo no podía comprender que el cariño verdadero no puede comerciarse con dinero. Que llega un momento en que la cantidad, por enorme que sea, no puede comprar nuestro cariño. Yo no podía venderme; esto era atroz para mí, y, sin embargo, hubiera aceptado el matrimonio, porque te había perdido a tí y era la única solución que encontraba. Pero tuvimos que romper, porque era necesario, y así fué. He venido a verte, porque tu memoria me atraía, porque mis recuerdos eran para tí. Porque era necesario para mí el ofrecerte nuevamente, cuando menos, mi amistad sincera. Quiero que seas un amigo tan bueno y excelente como fuiste novio.

Mientras Berta María hablaba, José Antonio sostenía lucha con su interior una verdadera lucha con su mente. El interior le indicaba perdonar; la mente negaba el perdón. La lucha fué corta, pero terrible, y la victoria era casi de la mente. Buscó un pretexto para darse tiempo de pensar y lo encontró:

—Berta, veo que verdaderamente has sufrido un error lamentable y me encuentro, como siempre, dispuesto a ofrecerte mi amistad. El tiempo lo dirá. Si yo no tuviera importantes asuntos que resolver en estos momentos, te acompañaría a tu casa. Pero ofrezco acompañarte a alguna diversión, mañana en la tarde. Dame el número de tu teléfono, y yo te hablaré para darte cita y sellar, así, nuestro pacto de nueva amistad.

Berta María le dió el número y se despidió.

Aquel día, cosa inusitada, José Antonio comió en casa; necesitaba calma para pensar. En la tarde estuvo poco en su despacho y llegó a hora temprana a su domicilio y se encerró en su biblioteca. Allí siguió pensando hasta bastante entrada la noche.

Durante la mañana siguiente se dedicó a solucionar el problema moral. Al mediodía ya lo había resuelto.

Las palabras del amigo íntimo resonaban en sus oídos acallando los gritos del corazón, que pedía olvido, perdón. La mente, sin embargo, lo negó. La experiencia había matado al corazón, y de esta muerte, ave fénix, había nacido el poder de la mente.

Cuando llegó la hora de usar el teléfono para comunicarse con Berta en cumplimiento de lo prometido, José Antonio no tocó siquiera el aparato. Su nueva secretaria recibió órdenes de negar su presencia en el despacho. No recibiría ni oiría a nadie.

¿Para qué hablarla?... Ya todo había muerto en él: pasado y porvenir. ¿Para qué resucitar algo que había sido doloroso y cruel? Había creído una vez y se le había engañado. Ahora ya no podía creer: Era un nuevo incrédulo...

EL PRINCIPE LOCO

Hace muchos años que un príncipe loco gobernaba una isla solitaria que tenía la forma de un corazón. Sus súbditos le amaban, porque era el descendiente de una gloriosa dinastía, y reinaba con la dulzura de los soberanos entristecidos. Llamábanle "el Sombrío", pues desde su infancia había revelado un espíritu misterioso, no jugaba con los demás niños y le gustaba mucho, estar en la costa, oyendo el canto de las aguas. Allí, junto a las rocas, esperaba horas y horas la llegada de una barca maravillosa que debía traerle la felicidad; y las nubes, esas naves del cielo, eran las únicas, que se alzaban en el horizonte... Pasábase, así, algunas noches, hasta que despuntaba la vela anaranjada del alba.

—Esta isla es muy hermosa —pensaba, — pero está muy sola. El mundo me ha olvidado...

Y suspiraba de tal manera que se veía que tenía el alma profunda...

La melancolía de su espíritu concluyó por inquietar a los médicos, que le recetaron drogas inútiles. Todos en palacio se afanaban por agradarle, y no formulaba un anhelo que no lo viera satisfecho. Quería flores, y le daban jardines enteros; buscaba perlas, y sus naves aligeras volvían del mar cargadas de las más grandes que se hayan visto... Pero él rechazaba todo, diciéndoles:

—No... Vosotros me traéis estas cosas porque las he pedido. Están manchadas con mi deseo. Yo quiero lo que no pido...

Y se alejaba casi con repugnancia.

Nadie acertaba más que a incomodarlo con ofrecimientos.

Una tarde que él iba de lugar en lugar, halló cerca de la playa a una niña ciega que le pidió una limosna. La infeliz como no veía nada se atrevió a molestar al príncipe. El le dió cuanto tenía y regresó al palacio, contento y entusiasmado como nunca. Y dijo a sus cortesanos:

—Hoy es un día en que he reinado...

Y se puso a llorar de bondad.

No penetraron ellos, sus palabras; y como ya estaban acostumbrados a no entenderle, imaginaron que sería una de las tantas frases sin sentido, de sus soliloquios. Pero más tarde, el príncipe, con una vehemencia extraña en él, agregó:

—Es la primera vez que me dan algo sin reclamarlo. Una niña ciega ha tenido fe en mí... Y bien; lo que yo quería era dar... Y lo sabéis... Y ahora, no pidáis nada, porque no os oigo: el mar brama horriblemente, y temo por la nave que va a venir...

Y se quedó muy triste, más triste; y a los dos días, murió... Murió de pesadumbre, como una rama que se dobla...

Y la isla que tenía la forma de un corazón, se fué destruyendo, hasta que un día de tormenta, el mar extendió hacia ella un brazo formidable, la envolvió pérfidamente y la sepultó bajo las olas.

Y aquella pérdida sólo fué llorada por las estrellas...

PEDRO MIGUEL OBLIGADO






HABILIDAD

Por Federico Boutet

Al bajar del tren Guillermo Alban vió en el andén de la pequeña estación a su amigo León Vandrelle, que lo esperaba.

—¡Qué alegría! — dijo León, después de abrazar con cariño a su amigo—. ¡Creí que no te decidirías a pasar con nosotros una temporada!.

—Ya te escribí que aceptaba gustoso tu invitación. ¿Y tu mujer?

—Muy bien. Es decir, todo lo bien que permite su fragilidad. En el almuerzo he anunciado tu llegada a nuestros invitados: "Mi amigo de la infancia, el notable pintor Guillermo Alban, viene hoy a pasar un mes entre nosotros".

Subieron al "auto" de Vandrelle.

—Cinco años sin vernos —prosiguió León—. Pero estoy al tanto de tus éxitos de artista y de tus éxitos de hombre. Esto último me lo explico ahora. No has cambiado. Siempre joven, esbelto, elegante. Nadie diría que tienes cuarenta años. Yo, en cambio, ya lo ves. He engordado bastante. La vida tranquila, la felicidad...

—¿Eres tan dichoso como siempre?

—Sí; desde hace diez años que me casé no he tenido el menor disgusto con mi mujer. Marcelina es una criatura perfecta, adorable, admirable. Tú apenas la has tratado; pero ahora, que vas a vivir en nuestra intimidad, sabrás apreciar lo que vale. Y si tienes ganas de trabajar nunca encontrarás una figura como la suya para inspirarte.

—Con mucho gusto haré su retrato si me concede unas horas de "pose".

Alban trataba de recordar y no encontraba la deslumbradora imagen que evocaba Vandrelle.

* * *

El "auto" se detuvo al pie de la escalinata de un agradable castillo rodeado por un bello parque. En su cuarto, Guillermo pensaba que allí pasaría un mes agradable en compañía de un amigo tan adicto como Vandrelle.

En el salón, antes de comer, vió a la señora de Vandrelle, y comprobó que el recuerdo que de ella conservaba era justo: una mujer alta, rubia, bastante bonita, pero de un aspecto de gran languidez y que estudiaba demasiado sus actitudes, para hacer resaltar la flexibilidad de su talle y los efectos de la mirada lenta de sus ojos azules y de su voz musical.

Vivía entre la corte de admiración de sus invitados, tres parejas poco interesantes: una prima, ya jamona, que vivía largas temporadas con los Vandrelle: un jovencito tímido, primo también, que pasaba allí el verano, y algunos conocimientos de la localidad, invitados a comer para que conociesen al pintor célebre.

Guillermo, presentado por Vandrelle, escuchó los mayores elogios para su arte.

Marcelina descendió de las alturas en que volaba de ordinario, y en obsequio al maestro se animó un poco y habló con mayor abandono.

—¿La ves? — decía Vandrelle a Guillermo.— Rodeada de sus admiradores. ¡Qué figura tan deliciosa!

—Sin duda — respondió el pintor, que juzgaba excesivo el entusiasmo de su amigo—. Hay línea, expresión... Si la señora de Vandrelle me concede algunas horas...

—Hay un pabellón en el parque. Lo convertiremos en estudio— dijo Vandrelle con entusiasmo.— ¡Qué obra maestra va a salir de aquí!

* * *

Pocos días después Guillermo empezó el retrato de la mujer de su amigo.

Se prohibió a los demás invitados la entrada en el pabellón. León tampoco entraba nunca a las horas de la "pose". Había que dejar que trabajase el gran artista.

Este trabajaba con ardor. Sentía pasión por su arte y Marcelina no era un modelo desagradable. Observándola como pintor, descubrió en ella cualidades que expresaba en términos técnicos y que halagaban enormemente a Marcelina. Pero de Vandrelle le hablaba con un abandono cada vez mayor, sus miradas eran más lánguidas, sus apretones de manos más prolongados, y sus confidencias, más íntimas, de día en día, de su vida sin poesía, unida a un marido muy bueno y muy amable, pero incapaz de comprender sus secretas aspiraciones.

Comprendió que la señora de Vandrelle sentía el ascendiente del hombre superior; tal vez la vanidad de conquistar al pintor de moda, y se asustó. Marcelina no le gustaba físicamente, y además sería incapaz de traicionar a su amigo. ¿Qué hacer? Oponer a las coqueterías de Marcelina una frialdad virtuosa era ridículo para él y ofendería a Marcelina, la cual, para vengarse del desaire, podía llegar a acusarlo ante su marido de haber intentado seducirla.

—Hay que marcharse de aquí —pensó Guillermo — y hacerlo de modo que no se ofendan Vandrelle ni su mujer. ¿Con qué pretexto?

Lo encontró, y a la mañana siguiente, después de una conversación con León, abandonó el castillo.

Después de despedir a su amigo en la estación, Vandrelle entró en el cuarto de Marcelina, que se levantaba en aquel momento.

—Guillermo acaba de marcharse.

—¿Qué dices? — preguntó ella sobresaltada—. ¿Qué se ha ido? ¿Por qué?

—No sé si decírtelo. Sería traicionar un secreto... Basta con que sepas que Guillermo es el mejor de los amigos, el más fiel...; pero, ¿qué quieres?, es hombre. Entonces...

—Entonces..., no te entiendo

—Pues bien, Marcelina. Guillermo se ha marchado porque te ama. Se ha enamorado de tí y ha temido no ser capaz de ocultarte su cariño. Ha luchado..., ha sufrido... Me lo ha confesado todo. ¡Pobre amigo! Me da lástima.

—¡Es por eso! — exclamó Marcelina—. Pues voy a decirte que algo había yo advertido. Pero nunca me ha dicho la menor palabra.

—Ya me lo ha explicado. Sufría en silencio...

No hablaron más. Sentían ambos una alegría vanidosa. Marcelina, porque una vez más había vencido la fuerza de su seducción. León, porque era marido de una mujer tan seductora...

Lo grande y lo pequeño

Las cosas grandes me admiran, no tanto por su magnitud, cuanto por la imposibilidad humana de disminuirlas. Lo que es grande realmente, lo es invariablemente. Nada podréis contra aquellas magnitudes que justifican el concepto de grandeza. Permanecerán incólumes, inmodificables, íntegras, a pesar de todos los intentos, de todos los ataques para amenguarlas. Poco les valdría el ser desproporcionadas si no fueran, además, firmes y resistentes a la desagregación.

Por eso resultan siempre inútiles los combates de la envidia contra el genio. Ni las contrariedades de la suerte, ni las mordeduras de la calumnia, ni los rigores de la desgracia achican esa fuerza esencial. La edad tampoco disminuye al genio, lo que hace es nublarlo y disiparlo. En el fondo la fuerza persiste obscurecida, pero no achicada.

No se muere el mundo porque anochezca, sino que se oculta reconcentrando sus energías. El genio desaparece en la muerte, pero llega a la muerte sin disminución. Y sigue viviendo bajo la luz sin eclipses de la inmortalidad.

Porque el genio es grande con una magnitud que se justifica. Otras grandezas cambian de aspecto porque no están justificadas, y otras sólo nos parecen tales vistas en el campo del miscrocopio.

Las enormidades físicas tampoco se empequeñecen hasta el punto de poderse decir de ellos que declinan y vienen a menos. Pierden por desgaste una parte mínima de su masa, pero no baja su nivel sensiblemente.

Para ser de veras grandes necesitan salirse de la medida común que permite establecer diferencias y reducciones. Arrancad piedras al Himalaya; quitadle gotas al mar; ponedle obstáculos y tiradle chinitas al genio. Sólo conseguiréis rebajar más y más vuestra pequeñez ante sus inalterables magnitudes..

* * *

En cambio, intentad hacer crecer las cosas verdaderamente pequeñas. Será empeño tan vano como el de procurar la disminución de lo verdaderamente grande.

Nunca crecerá la inteligencia negativa de un imbécil. Nunca crecerá la charca que se forma porque las nubes han llorado sus lágrimas sobre el cieno. Si llueve mucho, aumentará el volúmen del agua de la charca; pero siempre será charca, siempre será lodo. Si el arroyuelo se convierte en río, es porque tenía potencia de río, facultad de crecimiento. Y ese río amenguado seguirá siendo río, no obstante la mengua, no obstante la restitución al estado de arroyo, y aquella ciénaga seguirá siendo ciénaga no obstante su pasajera inflación y desborde.

Lo realmente pequeño no crece; lo realmente grande no disminuye.

* * *

Hay invariabilidad en lo microscópico y en lo gigantesco. Por eso el hombre, en su ambición loca de transformador, ha inventado el microscopio.

Se da el engaño óptico de aumentar lo pequeño y el gusto de aproximar lo grande, para profanarlo con un análisis excesivo, no pudiendo empequeñecerlo.

Francisco GONZALEZ DIAZ

EL SILENCIO

Por Georges Sim

Estremecida aún de alegría entró rápidamente en el salón. Llevaba un elegante sombrerito, y entre los pliegues de la amplia capa de seda negra parecía quedar algo de la jovial algazara de la calle.

—Vengo rendida — exclamó, y se detuvo ante el espejo para reparar el desorden de su cabellera— Las compras de tienda en tienda..., el tráfico detenido..., la gente apiñada en las aceras...

Hablaba en tono alegre y animado, con una sonrisa un poco forzada que descubría sus bellos labios de púrpura.

—Y no he podido encontrar ningún traje interesante. En cuanto encuentras algo que se sale un poco de lo vulgar te piden unos precios fabulosos.

Ninguna voz respondía a la suya. Sin embargo, ella veía reflejarse en el espejo la figura de su marido, hundido en un sillón, con un diario doblado sobre las rodillas.

Por un instante una expresión inquieta le ofuscó el rostro. Un temor súbito relampagueó en su mirada.

—¿Por qué no me dices nada? No he tardado mucho... Son apenas las siete... Hubo una interrupción de tráfico en la esquina de Chatedaun, y...

Se interrumpió alelada por ese persistente silencio, en el cual sus palabras se hundían con un sonido falso.

La sombra invadía el salón, se condensaba en los rincones.

—Julio.

Se volvió para mirar al marido, y súbitamente retrocedió ante la faz severa e inmóvil.

—¿Por qué no me dices nada? ¿Estás enojado?... Habla, por Dios... Me atemorizas...

Se turbó, pues le parecía que aquella mirada fija la escudriñaba el alma.

—¿No me crees?... ¿Confiesas que no me crees?... Te juro que he dicho la verdad... Mira, he encontrado a...

¡Oh! ¡Aquél rostro, aquellos ojos implacables!

Era indudable que sabía algo. ¿La habría seguido? Tal vez algún anónimo...

Así se había imaginado ella la escena el día en que su marido se enterara de todo. El no tenía ya la edad de las violencias, de las cóleras brutales... Sólo había en él un dolor profundo, un abatimiento mortal.

El hombre parecía súbitamente envejecido veinte años. No era más que un pobre viejo, ahora que la ilusión ya no lo animaba.

—Julio... Dime qué te han contado; lo que sabes. Pero habla; te lo suplico. No permanezcas así, inmóvil, como un muerto, con los ojos fijos...

No se atrevía a acercarse.

—Sabía que esto debía suceder... Es la fatalidad — balbuceó de rodillas ante un diván, hundiendo la cara entre los almohadones.

Las lágrimas no querían brotar. Un sollozo le ataba la garganta. Se sentía morir.

—Perdóname, Julio... Sé bien que soy culpable... Que es horrible lo que he hecho... Tú sufres... Lo veo... Pero no es culpa mía... He buscado luchar con todas mis fuerzas... No debiste casarte conmigo... Yo creí que era amor lo que solo era afección. Quizá fué el deseo del lujo que me prometías... Desde el primer año, a nuestro regreso de Italia, lo conocí...

Una lágrima asomó, por fin, a sus ojos, descendió lentamente por el rostro, mientras un sollozo convulsivo le agitaba el pecho.

—Perdóname... Dime que me perdonas... Yo lo amé en seguida; pero no quise... Tenía miedo que tú sufrieras... Un mes, dos meses resistí, y luego, un día... Yo te quería mucho, no como a un marido... Quería que tú fueras feliz; pero no tenía el coraje de sacrificarme... Esperaba que tú no lo supieras nunca. Te mimaba. Hacía cuanto era posible para que estuvieses contento y la vida te fuera agradable... ¿Recuerdas?... Tú me encontraste más gentil, más buena...

Eran frases interrumpidas por los sollozos, frases que ahora brotaban libres, impetuosamente, en un afán de desnudarse el alma.

—Tú no dirás nada a Luciano, tú no le harás ese mal, ¿verdad? El pobre es inocente... Te ama, cree que eres su padre... ¡Sería una cosa horrenda si supiese!... Prométeme que no le dirás nada. Haz de mí lo que quieras; pero ten piedad de él... Mátame si quieres; pero que él ignore siempre todo.

Miró al marido entre un velo de lágrimas.

No había pestañeado; pero su frente se había doblado. Parecía que los hombros se hubiesen encorvado, incapaces de sostener el horrendo dolor.

—¡Julio!... Dime algo... No me hagas morir así... Pronuncia una sola palabra, aunque sea una maldición... Temo verte así. Quizá tú ignorabas..., y yo, con mi miedo insensato, te lo he revelado todo.

Ella no entendía ya nada. Se retorcía desesperadamente las manos, impotente de coordinar sus ideas. Un peso enorme le oprimía el pecho. Temía que de un momento a otro entrara un sirviente...

Exhausto al fin, herida en todo su ser, se precipitó a los pies del marido, aferrándose a su brazo.

—Mi pobre Julio...

De un salto llegó a la llave de la luz. La claridad iluminó el salón.

Ante sí vió una cosa horrenda; su marido, abandonado sobre el brazo del sillón, inmóvil para siempre, muerto...

—¡Pronto!... ¡Un doctor!... ¡Un doctor!!...

La servidumbre corrió alarmada. Ella había quedado petrificada, al lado de la puerta. No osaba dar un paso... No osaba mirar... Tenía miedo...

Pasaron algunos momentos, eternos.

Un médico, un viejo señor, llegó al fin y se inclinó sobre el cuerpo abandonado.

—Un ataque al corazón... La muerte debe de haberse producido hace dos o tres horas...

Ella lanzó un grito de liberación. No había matado, entonces. Su marido había muerto sin saber nada, tal vez balbuceando en la agonía su nombre adorado.

MISSERERE

Ya pasará — yo sé que no es eterno—
ya pasará este amor que tanto muerde;
ya pasará el invierno,
ya volverá a nacer la rama verde.

He sido el sembrador que hubo mal año;
el buen pastor, sentimental y probo;
que perdió su rebaño
porque una noche visitóle el lobo.

Jugué a una carta toda mi fortuna;
aposté mi tesoro sin prudencia
y perdí mi fortuna,
y hasta pude perderme la existencia.

¡Cómo muerde, este amor que fué tan manso!
¿por qué tan hondo, si debió ser breve?
¿y por qué me atosiga sin descanso?
¿no habrá una racha que este amor se lleve?

Lo he de vencer, lo he de vencer yo mismo,
he de arrancar de cuajo la cizaña,
aunque baje al abismo
y tenga que romper mi propia entraña.

Lo he de arrancar como se arranca un árbol:
por más que su raíz honda se aferra,
lo he de arrancar como se arranca un árbol
aunque haya que mover toda la tierra.

Y saldrá afuera y lo veré talado,
y lo veré caído sobre el huerto,
y cuando esté tumbado
será más grande porque esté más muerto.

Lo he de vencer como se vence un morbo:
a fuerza de constancia y de remedio
evitaré su estorbo,
y más aún, suprimiré su asedio.

Nadie sabrá la lucha que sostengo,
y al mirarme venir, firme y tranquilo,
nadie sabrá que vengo
con el alma en un hilo.

Pero, a la larga, ha de vencer mi empaque;
y esta pasión que ha de quedar vencida,
me ha de tener en jaque
sobre todos los tumbos de la vida...

Ya pasará — yo sé que no es eterno —
ya pasará este amor que tanto muerde,
ya pasará la nieve del invierno,
ya volverá a nacer la rama verde.

Y entonces, con la nueva primavera,
ha de venir también nueva Alegría:
Bendición a la nueva primavera
y a la nueva alegría!

Luis María JORDAN

EL PERFUME

Por Henry Duvernois

Andrés Hornut, al salir del Banco donde estaba emplaedo, tomaba un autobús que le dejaba en las Tullerías. Allí atravesaba el pasco central y se dirigía a su casa. Dos o tres veces por semana encontraba a Lucía Guttiéres, que venía en sentido contrario de una editorial, donde trabajaba Andrés acabó por saludarla al pasar, y ella por enrojecer al verle. Más tarde se detuvieron y hablaron tres o cuatro minutos, y así empezó su amistad. Una vez Andrés se propuso esperarla. Aquel día ella respondió a su saludo sin sonreír y pasó sin detenerse.

—No me espere usted — le dijo la primera vez que se volvieron a hablar.—El hombre que espera o se pone en ridículo o compromete a la mujer que aguarda.

Así, pues, no le quedaba más remedio que pasar... Si Lucía llegaba con retraso o se adelantaba... no se veían. El notó que le empezaba a querer el día que le preguntó, con gran naturalidad, la hora, y puso su reloj con el suyo. Desde entonces no dejaron de encontrarse en las Tullerías diariamente. Un día, que por dificultad de la circulación él llegaba unos minutos más tarde, la vió de lejos y se fijó que iba muy despacio. Cuando llegó hasta ella, la dijo:

—Tengo ganas de besar tus zapatos por haberte traído tan despacio...

Ella repuso:

—Quería verte hoy para rogarte que no volvieses a pasar por aquí, porque no está bien...

—¿Por qué? Yo ya no soy un extraño para tí... Hasta nos han presentado unos amigos comunes...

—Ya lo sé... Además, yo no tengo más que a mi pobre mamá, que tiene una confianza ciega en mí y me deja en completa libertad...

—¿Entonces? Yo también soy libre... Mis padres me dejan hacer lo que quiero; tienen ideas muy amplias... Yo deseo casarme contigo... Ellos no se opondrán; sólo temo que el abuelo, a quien mis padres tienen miedo...

—¿Y tú?

—Yo, también.

—En esas condiciones, vale más que no nos volvamos a ver. Yo te quiero, y sería gustosa tu mujer; pero comprendo que no podrás casarte más que con la mujer que te designe tu abuelo, como ocurría en 1778. Yo soy muy orgullosa y no me gusta que me hagan de menos; así que no vuelvas a verme, y si alguna vez nos encontramos casualmente, haz como si no me conocieras.

Continuaron discutiendo sin decidirse a separarse; al fin, Andrés suplicó:

—Concédeme ocho días para convencer a mi abuelo.

—No.

—Si no me lo concedes, me mato ahora mismo.

Lucía, que conocía el temperamento exaltado de Andrés, y a quien los escándalos horrorizaban, cedió.

Andrés, aquella misma noche, habló a sus padres, que le enviaron a ver a su abuelo, y sin perder aquel instante de heroismo, se fué a su casa inmediatamente.

—¡Vaya unas horas de importunarme! — dijo el abuelo.

Monsieur Legorchin tenía el don de cohibir a cuantos con él hablaban. Andrés, balbuceando, le explicó lo que le ocurría. Cuando le habló de suicidarse si no se casaba con Lucía, se encogió de hombros y decidió:

—Di a esa muchacha que venga a verme el lunes, a las cinco.

Mas lo dijo de un modo tan ambiguo, que Andrés se estremeció. Sin embargo rogó a Lucía que consintiese en doblegarse a su voluntad.

—Es decir, que voy a tener que humillarme ante ese señor, sufriendo un interrogatorio. ¡La perspectiva es encantadora!

Mientras hablaban, Andrés la había cogido del brazo y la suplicaba con tal ternura, que Lucía le interesaba, así que por fin consintió.

Toda la noche se le pasó pensando en la entrevista... De pronto tuvo una idea luminosa, que puso en práctica al día siguiente, yéndo a una buena perfumería y diciéndole al director:

—Me han invitado a un baile de trajes. Me quiero vestir a la moda de hace cincuenta años y desearía, si es posible, para que no me faltase un detalle, que me proporcionase usted el perfume que usaban las mujeres elegantes en 1868.

—Nada más fácil. Aún conservamos un litro. Ya nadie lo quiere. Voy a hacer que le llenen a usted un frasquito, y se lo regalo... Sólo le pido en cambio que si se retrata me dedique una fotografía...

—Se lo prometo — repuso Lucía.

A la hora convenida se presentó con Andrés en casa de su abuelo.

—Sal de aquí — ordenó el anciano a su nieto, que obedeció—. Y usted acérquese y óigame lo que la voy a decir...

Lucía se acercó y sacó su pañuelo del bolsillo. Monsieur Legorchin había preparado el siguiente discurso: "Señorita: si no deja usted en paz a mi nieto tendrá usted que entendérselas conmigo..." Pero por primera vez en su vida dudó... Porque el perfume que llegaba hasta él le había emocionado; le recordaba a su novia cuando él se acercaba a ella para cortejarla en el "boulevard" de los Italianos.

El silencio se prolongaba. Monsieur Legorchin contemplaba a Lucía, que le parecía encantadora con su palidez y sus ojos bajos...

—No sé si mi nieto la hará feliz — acabó por decir—; pero usted le quiere..., así que, ¡qué le vamos a hacer!, yo me lavo las manos...

Y llamando a Andrés, gritó:

—Ya puedes venir, imbécil. Ya he visto lo que quería... Marchaos, y sed felices...

Al quedarse solo, M. Legorchin cerró la ventana, y sentándose en su sillón respiró, embriagado, el perfume que le había vencido, dejándole sin fuerzas para combatir un amor naciente.



EL AGENTE. — Voy detrás de un automóvil grande pintado de rojo... ¿Lo ha visto usted?
LA VICTIMA. — Desgraciadamente yo "iba delante".

Y ESTO... PAL VICIO, MI CAPITAN

Después de la sangrienta batalla de Masoller, el capitán de las fuerzas legales, don O. B. hoy coronel, se propuso recorrer un rato antes de que cayera el crepúsculo, el campo en donde se había desarrollado la acción, con el propósito de ver si entre los muertos de ambos bandos, encontraba a alguna persona de su relación; y acompañado por su fiel asistente, — milico completo — inició la triste peregrinación, hasta que de pronto dieron con un cadáver bastante bien trajeado y calzado, que en la batalla había caído boca abajo.

—A ver, ché, dalo vuelta...; puede que sea un jefe u oficial revolucionario amigo...

No, no lo conozco, dijo el capitán B. cuando su subalterno hubo cumplido la orden.

—¿Se ha fijado — mi capitán — que lindas botas tiene el difunto?

—Es verdad; y están casi nuevas...

—En cambio, vea mis zapatillas, que de puro desechas, me tienen con la pata en el suelo. ¡Y yo estoy vivo, mi capitán... ¡¡Si Ud. me permite, se las voy a sacar porque éste no las precisa, — agregó el soldado haciendo la venia a su superior. De todos modos, el finao ya terminó su patriada...

—Bueno, sacáselas.

Cuando el soldado se hubo posesionado de las botas, reparó también en las bombachas del muerto.

—Es una lástima que esas bombachas, — capitán, — se puedan perder. Las mías están acribilladas de "aujeros" y no me vendrían mal para que hiciera juego con las botas. Si Ud. me lo permite, se las voy a sacar también, porque esta noche vamos a tener una helada machaza y así podré estar mejor abrigado.

—Bueno, sacáselas.

—¿Y el saco también?

—Bueno, el saco también.

Ya vestido, con saco, bombacha y botas, el milico se sintió hombre feliz; y después de contemplar por breves momentos y como con lástima el cuerpo del desconocido y reparando que sobre el pabellón de la oreja derecha del mismo, que daba un cigarrillo de papel a medio consumir, — se inclinó sobre el muerto para recoger el pucho, y sin pedir venia en este caso, agregó muy suelto de cuerpo.

—Y ésto... p'al vicio, mi capitán!!

Rómulo F. ROSSI.

Montevideo.—

El entierro de Pepin

Por Jeanne Landre

El señor Teófilo Boustache dividía su vida en dos períodos, igualmente influenciados por el sentimiento: el reino de Aglaé, su esposa, y el reino de Pepín, el perrillo de la señora de Boustache.

El reinado de Aglaé, como cualquier otra monarquía, había sido absoluto; no permitía ningún relajamiento en la etiqueta matrimonial y ninguna excepción en los deberes conyugales. La señora de Boustache fué, durante veinte años la más enamorada y cariñosa de las mujeres, y el señor Boustache fué, por su parte, el más fiel de los maridos.

Llegaron los cincuenta años, tranquilos, para la complexión de Teófilo; pero aun rica de ternezas a prodigar, ella había impulsado la plenitud vigorosa de su corazón hacia un pequeño grifón belga.

El señor Boustache, que se había resignado a ser un marido adorado, no se sentía ofendido por la intromisión de un faldero en su casa. Es más, se creyó obligado a estar agradecido a Pepín, el pequeño perro, cuya presencia le ofrecía una insospechada libertad.

Aquella libertad fué para él una gran enseñanza. Jamás había supuesto que el mundo recelase tanto de las lindas mujeres, y jamás había sentido tan grande indulgencia para con los pecados ajenos; nunca había, como en ese momento, conocido la pena del bello tiempo perdido.

—Ya que el cielo no ha querido bendecir nuestra unión, no está mal que dos viejos tengan una compañía — solía decir Agalé.

Esta compañía era Pepín. El cual, al cabo de algunos años, bien alimentado y falto siempre de ejercicio, acabó por ponerse excesivamente gordo.

Como las rentas de los Boustache iban disminuyendo, Aglaé, previsora, dijo un día a Teófilo:

—Por lo que a nosotros respecta, nada tenemos que temer, puesto que poseemos en el Pere Lachaise una cavidad respetable. En cambio, no hemos tomado ninguna precaución en lo que concierne a Pepín. Conviene reparar este olvido.

Como de costumbre, Teófilo no contradijo la opinión de Aglaé, y eligieron un pedazo de tierra para Pepín, encargaron a un marmolista un minúsculo mausoleo, siguieron, paso a paso, su ejecución, y, tranquilizados acerca de la dignidad de las tres moradas eternas, dejaron decidir al destino.

Aglaé inició la marcha funeraria, Teófilo y Pepín cumplieron dignamente con su deber, escoltando hasta la última mansión a la difunta y llorándola cada cual a su manera. Después de esto, el viudo y el huerfanito se contemplaron como un perro y un magoto de porcelana.

Pero mientras Pepín sentía lo que había perdido, el señor Teófilo Boustache comprendía lo que había ganado. En suma, no tenía nada más que cincuenta y seis años, y, para consolarse de su soledad, alentó nuevos deseos. Contemplaba a las mujeres, sin atreverse a dirigirles la palabra, contemplábalas discretamente, acercábase a ellas, aspiraba su perfume, y pensando en los goces que pudo haber paladeado preguntábase si sería posible, ayudado por la fortuna, conquistar algunos de ellos.

Reflexionaba siempre acerca del mismo tema, hasta que un día Pepín, por respeto humano y progresiva indiferencia, acabó por dejarse arrollar por las ruedas de un automóvil. Como consecuencia, el señor Boustache confeccionó una mortaja, y casi inmediatamente tomó el camino del cementerio. Llevaba con los restos de Pepín una conciencia satisfecha. Hasta el fin había cumplido con los deseos de Aglaé; no había dejado de ser un hombre decente. Pero ¿y luego?

Luego, en el tranvía, en el camino del cementerio canino, tuvo un encuentro con una mujer exquisita. Ni muy joven ni muy madura, de silueta agradable y de rostro encantado por una nube de melancolía capaz de inquietar a un alma sensitiva.

Como el señor Boustache se dispusiera a descender, la dama se adelantó. Delante de ellos abríase el camino que conduce a la necrópolis. Ella, a paso lento, echó a andar por un senderillo.

Con el cadáver bajo el brazo, Teófilo no pudo resistir el ansia de seguirla. En una encrucijada se sonrieron, algunos metros más allá se hablaron, después sentáronse ante la mesa de un ventorrillo, y cuando el sol comenzaba a caer ya habían convenido en la necesidad de compartir juntos los días venideros.

—Volvamos a París — dijo el señor Boustache, que por primera vez imponía sus decisiones.

Ella respondió:

—Estoy a sus órdenes, amigo mío.

Admiradora de la autoridad masculina, le rogó tomando el paquete que había colocado sobre un banco:

—Déjeme..., los hombres han sido hechos para llevar las armas, pero no los paquetes.

Dándose cuenta de sus anteriores compromisos Teófilo exclamó:

—¡Santo Dios! ¡De no mediar usted habría olvidado a Pepín!

¿Pepín? — preguntó ella, con un aire de angel asombrado.

Incapaz de mentir, le confesó:

—Llebaba a la tumba el cadáver de un perro belga que fué muy querido por mi idolatrada esposa.

Ella, resplandeciente de beatitud y batiendo las manos, exclamó:

—¡Qué dichosa soy! ¡Qué dichosa! ¡Porque yo tampoco le había dicho todo!... ¡Nuestro encuentro en el tranvía!... ¡Yo también me dirigía al cementerio de los perros!... ¡Yo soy propietaria de un terrenito con una lápida grabada! Dos de mis pequeños reposan en él. ¡Felizmente, aún me quedan tres, tres Lulús de Pomerania que yo le presentaré! ¡Ah, sí, sí, soy muy feliz! Piense un poco; si hubiese muerto yo, ¿quién los habría cuidado? Ahora, teniéndolo a usted, ¡adiós temores! ¡Si la desgracia quiere que desaparezca, ellos le tendrán a usted!... ¡Los pobres chiquitines!...

RETORNO

Exigua fué la carga de mi morral, amada.
Tejiste con muy flojos estambres mi anguarina.
¿No sabes que en un día deshace la nubada
El paciente tejido que tu diestra combina?

¿Te recuerdas, amada, cuando yo me partiera
Con una fe tan honda, con un amor tan recio?
Mira cómo retorno nuevamente a tu vera
Todo lleno de lepra y de desprecio...

Azaroso el camino de tu romero ha sido:
En cada bivio un poco de mi pasión dejara,
Y una tarde a la sombra de un duraznal florido
La primavera — dije — es una eterna avara.

Con fatiga y quebranto caminé largas leguas,
Sin cielo, sin estrellas, metido en mis harapos,
Y pútridos pantanos fueron mis breves treguas
Donde cada deseo era como los sapos...

Amada: he maldecido de tus ojos.
Amada: he maldecido de tus manos
Y sangrando en la zarza y en los malos abrojos
He sufrido la befa de todos los gitanos...

¿Te recuerdas, amada, cuando yo me partiera
Con una fe tan honda, con un amor tan recio?
Mira cómo retorno nuevamente a tu vera
Todo lleno de lepra y de desprecio...

René ZAPATA QUESADA

CAVILACIONES

La franqueza no ofende. Nadie cree cuando se le dice la verdad, porque duda que su pensamiento íntimo alguien lo descubra y si el veraz ha estado acertado, la mejor manera a su juicio de desorientarlo, es no darse por aludido.

Al reservado que oculta o disfraza la verdad, cuyos juicios son siempre optimistas porque considera que así aumentan sus simpatías, inspira recelos y desconfianza. Para la opinión, el franco es un conversador impulsivo, botarate, que se atribuye defectos que no tiene, el otro, es un falso, hipócrita y vicioso.

No prodigarse es una condición que atrae y se valora, correspondiendo a esa reserva con una consideración mayor que a generalidad. La exhibición fatiga por desgaste visual y el trato frecuente o el manoseo, como se dice comúnmente, por cansancio del espíritu resultante de la lucha de ideas y caracteres. El juicio de la generalidad se forma por el comentario del hastiado y de ahí nace el desconcepto.

Cuando la vanidad impera, reduce las satisfacciones íntimas a una ínfima importancia. El espíritu se halla dominado por esa absorbente preocupación y lo que del sentimiento o de la sensibilidad no se aprecia, porque no complace el amor propio.

Sylla MONSEGUR

Los pobres de espíritu

Por Alfonso Pérez Nievas

I

No había más que verle para comprender que era hombre enteramente feliz. La ventura se le asomaba por cada poro del rostro como por una ventana, enseñando el inundado corazón hasta el último, y allá abajo fluía con el gorgoteo suave de un manantial de sierra la cualidad que le hacía dichoso: la mansedumbre. Tenía el envidiable don de conformarse con poco. Así recorría con paso sereno el camino de la vida, sin sentirse empujado por el soplo vertiginoso de las ambiciones, que no amaina nunca y que anda a la carrera, no dejando espacio a la grata calma en el bien conseguido. Su sonrisa de beatitud valía por una declaración de fe. Aquella sonrisa plácida significaba la confianza en el presente, el contento del medio logrado y la esperanza de convertirlo en porvenir.

Habíase remontado a los sesenta años, unos sesenta años tranquilos, sin nubes, monótonos, siempre en la oficina, de mula de noria, sólo entristecido por la pérdida de su consorte hacía un lustro y al cabo aliviados por la presencia de su hija, dulce jovencita que representaba para él, no ya un recuerdo de dicha, sino algo más práctico y positivo, la inteligencia, la acción, la voluntad dentro del hogar doméstico. Un fenómeno natural, el de la superioridad intelectual de la hija sobre la del padre, había traído consigo, como escuela forzosa, la imposición de ella en el ánimo de él, imposición cariñosa y llena de afecto, como germinada en un corazón filial y que invertía el orden de las cosas, haciendo niño sujeto a tutela al anciano y curador grave a la muchacha, en la plenitud de su adolescencia.

Pero esta inversión era contraria a las leyes naturales, en cuya escrutabilidad, impuesta por la mano de Dios, no entra el que el padre obedezca al hijo. La jovencita, viviendo claustralmente en lo alto de un sotabanco, desde el que no se descubrían más que tejados, sin hablar con nadie, porque ni aún la suerte la había querido favorecer con una vecinita de su edad, sola siempre, tenía por único esparcimiento, después de una semana de tedio, la tertulia del jefe de su padre, a la que asistía todos los sábados por la noche y en la que se espaciaba su ánimo sencillo en ese medio honrado y dulce que lo cómico, ávido de afectos a cualquier costa, ha envenenado con su sátira.

Allí le conoció, allí dió oídas a sus palabras de miel, allí sintió su voluntad sometida a la de aquel hombre. El muchacho era, a la verdad, apuesto y atrayente, ameno de trato, de viveza meridional reflejada en su carácter abierto, en su rostro franco, en sus ojos prontos. Ahondando en su fisonomía y en su conversación, hubiérase podido descubrir quizás un fondo de ligereza atolondrada, de fría indiferencia; pero ¿quién es capaz de llegar a los abismos del alma, y mucho menos a la primera mirada y en plena sociedad? Y menos aún si la mirada escrutadora cae de los ojos de la adolescencia femenina, un puro sentimiento ciego, en el instante en que abre todos sus pétalos de flor, o de la senectud de un viejo inocente, acostumbrado de por vida a no ver las cosas por otro prisma que el de una niña de diez y ocho años. Sin embargo, el instinto, que parece dormido durante una existencia entera, despiértase cuando menos se piensa, vibrando como un hilo del telégrafo que agita el viento. El galán fué presentado al oficinista; y sin explicarse por qué, no le agradó.

II

La boda era cosa decidida. Su hija, bien lo veía, estaba apasionadísima por el muchacho, le quería con toda la fuerza expansiva de su corazón bueno y puro, con ese ímpetu del primer amor que va recto al objeto sin hacer caso de nada que no conduzca derechamente a la dicha. Pero él advertía en lo hondo de su conciencia, cada vez más creciente, su hostilidad hacia el joven, su antipatía cuidadosamente oculta como si fuera un delito tras su sonrisa de hombre apocado y tímido, y cuando por las noches llegaban a su casa a pasar las veladas con ellos, costábale trabajo tenderle la mano, contestar a su saludo.

Habían dejado de ir a la tertulia del jefe por resolución de la muchacha, que acató humildemente como siempre, su padre. Reinaban allí vientos de hostilidad contra el noviazgo. A la dueña de la casa no le convenía, porque cada novio significaba una joven menos en la tertulia: de momento, por el cuchicheo aparte, por el no bailar sino con el elegido; a la larga, por el casorio que se la llevaba. Tales razones adujo la niña y el manso de espíritu amén. Sin embargo, esta vez parecía soplar la verdad de la reunión. El galán vestía bien, cambiando de prendas, gastaba no poco y no se le conocía otro ingreso que el de su mísero sueldo de seis mil reales en una oficina particular. Murmuraban de él, la joven se percató de las murmuraciones, no quiso oirlas y determinó no volver a poner los pies en la tertulia.

El pobre amanuense, en cambio, las había escuchado y las creía, tanto más cuanto que venían a robustecer sus temores. Fué el suyo, desde el principio, un camino de amargura recorrido contra su voluntad en el silencio. Dijo no cuando se presumió que estaban

ya en amores, viéndolos charlar silla a silla, en un rincón de la sala; dijo no cuando la niña, incomodada y violenta, le anunció su propósito de no volver a la tertulia en que, por envidia, se proponían, sin duda, destruir su felicidad; dijo no cuando confesadas las relaciones y por el predominio habitual de ella sobre él, le pidió permiso para para que el novio entrara en la casa; dijo no cuando le anunciaron que un tío del presunto yerno, única familia que tenía, disponíase a venir desde el pueblo en que habitaba para pedir la mano de su prometida; pero todos estos "no", los dijo para adentro, para su capote, para su conciencia, en el fondo doloroso de su alma, en que protestaba, sin atreverse a exteriorizarlo, del proyectado matrimonio.

Su hija lo quería, su hija lo deseaba, su hija veía en aquel hombre su felicidad, su hija valía más que él y sabía más que él, y no había porque oponerse a sus propósitos. Ardientemente lo deseaba; pero hecho a obedecer, a no tener voluntad propia, desoyó sus recelos, brotados en su instinto de padre, se calló y dijo "sí" a cuanto le pidieron, mientras muy bajito decía "no" su conciencia, temiendo la mañana de primavera en que antes de que se cerraran las velaciones, el "no" y el "sí" riñeran la postrer batalla ante el altar.

Todo fué por la posta, a escape, sin otro retraso que el imprescindible para la rebusca y acopio de los papeles. Cosa no rara, añeja a la pasión que ciega. La muchacha que dominaba en absoluto a su padre, que leía hasta en lo más hondo de su alma, hasta en lo más recóndito de su pensamiento, no echó de ver en esta ocasión ninguna de las congojas del pobre viejo, bien que él tan ingenuo y transparente supo ocultarlas muy adentro de su corazón, temeroso de las consecuencias si se descubrían, no obstante protestar contra la boda y desear y pedir a Dios un suceso cualquier, grave e inusitado, que la rompiese.

El inesperado suceso no vino; lo que llegó lógicamente fué el día solemne de la celebración del matrimonio. El desdichado padre creyó morirse cuando vió a la puerta el landó alquilado para ir a la parroquia; cuando vió a su hija vestida de negro, sencilla, dentro de su posición modesta, pero elegante; cuando vió junto a ella al odiado prometido ufano y radiante; cuando vió a los convidados. Como un fardo dejóse llevar a la iglesia, con la muerte en el alma asistió a la ceremonia, y aunque aparentó honda satisfacción, tradújose su doloroso gesto mal encubierto por el natural disgusto del padre que va a separarse de su hija única, y nadie pudo sospechar la agonía de una debilidad suprema de espíritu queriendo levantarse y cayendo definitivamente vencida.

III

Escondiendo el rostro en la colcha de la humilde camita donde duerme su hijo único, inocente de las tempestades que baten su lecho, llora la pobre joven con el llanto sollozante de la desesperación. La estancia está amueblada con lo preciso: unas cuantas sillas medio rotas y una cómoda. Allá en la alcoba, en la que no cabe la camita del niño, la matrimonial. Es la madrugada y el marido sin parecer. ¡Ah! Las murmuraciones de la tertulia del jefe no mentían; el viento de la verdad que de allí soplaba, de la verdad era. El muchacho bien vestido jugaba; he ahí el misterio, el vulgar misterio, revelado bien pronto en cuanto el término de la luna de miel dejó pasó franco al hábito e hizo resucitar el vicio.

Ni las lágrimas de la esposa, ni el nacimiento del hijo, ni la presencia del suegro pudieron nada contra la fatal atracción, y a la fecha no queda en la casa ni un trapo que empeñar, las deudas son una ola que crece, y la paz doméstica ha desaparecido de un hogar que la miseria golpea con sus alas de buitre.

Aquella noche era una de las en que, colmado el vaso, rebosa la pena. Al día siguiente vence el último plazo concedido por el casero para que se muden, y cuando su marido se retrasa (son las cuatro) es que ha perdido hasta el último céntimo. De pronto la pobre mujer oye pasos tras de sí, pasos cautelosos y quedos; se vuelve y se encuentra ante su padre, que la contempla en silencio; ante su padre, al que ha procurado a toda costa ocultar lo que sucede, sin comprender que los padres ven siempre, leen en el corazón de sus hijos, aunque sean unos pobres de espíritu.

—Yo no sabía por qué, pero sabía que no debías casarte con ese hombre.

¡Cómo! La infeliz se levanta, mira a su padre con asombro, cree haber oído mal. Pero es este instante crítico de las confidencias. ¡Ah, sí! Todo cuanto ha sufrido callando, todas sus sospechas mudas, todos sus temores alimentados en silencio, la calle de amargura recorrida a su pesar, sin fuerzas para detenerse en el camino, ni para detenerla a ella, surge allí ante la cama del inocente, que prosigue durmiendo en el vórtice de al tempestad. Y surge confuso, avergonzado, como pidiendo perdón de la osadía, como un arrepentimiento tardío de la confesión, como espantado el pobre hombre de haberse atrevido a hablar, a opinar por cuenta propia, a mantener un parecer que no es o no ha sido el de su hija, con su mayor capacidad intelectual, con su cerebro más luminoso, comprende que la transgresión de la ley natural ha dado sus frutos, que la juventud no puede ni debe de dirigir a la vejez aunque la gane en luz.

—¿Pero por qué no hablaste?

¿Por qué? Por lo que no hablan nunca los pobres de espíritu, los humildes, los mansos, los llamados a ser arrollados en las batallas de la vida; porque, a pesar de su amor de padre, estaba acostumbrado a obedecer, a obedecer siempre.

LA ACADEMIA SILENCIOSA

Había en Amadán una célebre academia, cuyo primer estatuto decía así: "Los académicos pensarán mucho, escribirán poco y hablarán lo menos posible".

Se le llamaba la "academia silenciosa", y no había sabio en la Persia que no ambicionase ser miembro de ella.

El doctor Zeb, autor de un notable opúsculo titulado "La Mordaza", supo allá, en el interior de su provincia, que vacara un sillón en la "academia silenciosa".

Púsose en camino: llegó a Amadán y presentándose al ujier del salón donde celebraban sus sesiones los académicos, le rogó que entregase al presidente un billetito que decía: "El doctor Zeb solicita humildemente el puesto vacante".

El ujier cumplió el encargo en el acto; pero la solicitud llegaba tarde, pues acababa de proveerse la vacante.

La academia sintió muchísimo el contratiempo; había admitido casi a repelo a un gran ingenio de la corte cuya elocuencia fluída era la admiración de los corrillos, y se veía ahora en el caso de rehusar al doctor Zeb, que era el azote de los charlatanes y tenía una cabeza muy bien sentada!

El presidente no sabía en qué términos comunicar al doctor, con muy pocas palabras, la imposibilidad de complacerlo. Después de pensarlo un rato, hizo traer un gran vaso y llenarlo de agua, pero tan colmado, que una gota más que se le añadiese lo hiciese derramar. Hecho esto, dispuso que entrase el sabio postulante.

Este se presentó con ese aire sencillo que acompaña siempre a la no fingida modestia, que acompaña, siempre al verdadero mérito.

Púsose en pie el presidente de la Academia del Silencio, y sin pronunciar una sola palabra, le mostró, con semblante triste, aquel vaso emblemático, lleno hasta el borde.

El doctor Zeb comprendió al instante que ya no había puesto en la academia, pero, sin descorazonarse en lo más mínimo, quiso dar a entender que un académico supernumerario no causaría ningún trastorno. Vió en el suelo una rosa, arrancó un solo pétalo y lo depositó tan suavemente sobre el vaso de agua, que no se vertió ni una gota.

Al ver respuesta tan ingeniosa todos los académicos se quedaron admirados y aplaudieron. Se pasó por encima de los estatutos por esta vez y el doctor Zeb fué admitido por aclamación unánime. En seguida le presentaron el libro registro en el cual se inscribían todos los miembros al ser admitodas.

Firmó el doctor Zeb y como era costumbre obligada decir una frase de agradecimiento por el honor recibido, él, como académico verdaderamente silencioso y verdaderamente modesto, quiso expresar su gratitud sin decir ni una palabra.

Debajo de su firma puso en cifras la cantidad 100, que era el número fijado de los académicos y agregando un cero a la izquierda, en esta forma: **0.100**, *escribió: No dréis ni más ni menos".*

El presidente, respondiendo silenciosamente a tanta cortesía y a tanto ingenio, estampó por debajo: **1.100**, *y esta frase. "Valdremos mil veces más".*

El Abate BLANCHT.

PETRÓLEO

Por Concha Espina

Se le conocía en el distrito con el nombre de Bartholomew Dawson. Así firmaba, así decían sus tarjetas y así rezaba su pasaporte. Corrientemente se le designaba con la abreviación de Bartholomew, que en lengua inglesa es "Bat" (pronunciado "Bet"). Los mismos indios de la factoría le llamaban "el gringo Bat" cuando hablaban de él, y "siñor Bat" cuando a él se dirigían.

La factoría petrolera de Copahua suponía un avance muy atrevido lejos de los campos de Tampico. Iniciaba la marcha hacia Túxpan con enorme aparato. El tren alemán de perforación que había contratado la "Gold Eagle Limited" era la más formidable creación técnica que había salido de las fundiciones de Essen.

La audacia con que el joven ingeniero Bartholomew Dawson —el Bat de nuestra crónica — lanzaba las brigadas de obreros especializados, haciendo trepidar la Huasteca virgen con su maquinaria colosal, no tenía precedentes. Se abandonaban sondeos, que habían alcanzado profundidades fabulosas, precisamente cuando reventaba el chorro de asfalto. Bat examinaba las pruebas, las analizaban y decidía:

—¡Forward! ¡Adelante! Para esta miseria estábamos bien en Tampico...

Así llegaron a Copahua Fields, donde pareció detener su marcha el campamento. La "Gold Eagle" clavó sus garras en la tierra negra, a la sombra imperial de la bandera británica. Bat estaba satisfecho. La presión de gases que acusaban las últimas perforaciones y las pruebas obtenidas de petróleo límpido, riquísimo, eran la seguridad del éxito. Sus predicciones iban a cumplirse; el "cuerpo a cuerpo" en el Consejo de la Compañía, para convencer a los poderosos accionistas, iba a tener plena justificación. Había algo más...

* * *

Bat llegó en su potro del país hasta el bangaló tropical, en la linde del campamento, sobre el borde mismo del boscaje. Se tenía muy bien en la silla vaquera, y a pesar de su gran estatura, no hacía mal jinete con su jarano y su pistolón y el pañuelo de seda al cuello. Era blanco y rubio.

Celestino, el criado, indio, se adelantó a tener las riendas del caballo y a decir, con su ademán servicial y su gesto bondadoso:

—Siñor Bat, el telegrafista se enfermó.

Sin descender del caballo, levantó el ingeniero los ojos claros hacia la antena de radio, que erguía sus mátiles por encima del verde obscuro de la vegetación. Había en aquel sitio, muy apartado del resto del campamento, una quietud grave de soledad. Se oían los pájaros y se sentía la brisa del mar entre los árboles. El tecleo veloz de una máquina de escribir era allí la única señal de actividad humana. Pero también paró su martilleo mecánico, como si una decisión repentina le impusiera silencio.

El ingeniero seguía inmóvil en su caballo, y parecía abstraído, contemplando la antena de T. S. H. como si aquella nueva de la inesperada enfermedad del telegrafista hubiera conseguido preocuparle. De pronto se volvió al criado, que continuaba, sumiso, con la rienda del potro en la mano, y le preguntó:

—Que; ¿es cosa grave lo que tiene Jiménez?

El indio, impasible, con su voz dulce, respondió:

—Sí, jefesito... Se murió ya...

Bat no se inmutó. Apenas se apretaron sus dientes y se contrajeron sus puños. Pero su expresión mantuvo aquella serena firmeza habitual de su rostro. Lentamente, con esa calma decidida que pone tensos y rítmicos los músculos, se inclinó para descender del caballo. En aquel momento azotó sus oídos un latigazo que le conmovió y le hizo levantar la cabeza bruscamente. Para ver, estupefacto, cómo el criado indio rodaba con un balazo en la nunca.

Un grito acompañó el derrumbe de aquella vida como el trueno acompaña al relámpago. Un grito desgarrado de mujer:

—¡Hallo! ¡Bat! ¡Mire, mire!

En la varanda del bangaló había una mujer que extendía un brazo trémulo y señalaba con el revólver homicida empuñado por el cañón el cuerpo yacente del indio.

—¡Mire, mire! — seguía gritando, ronca por la emoción terrible, que agotaba sus fuerzas.

El ingeniero dominó el caballo que se había encabritado, descendió de un salto y se dobló sobre el cadáver. El indio tenía una pistola en cada mano. En la izquierda la suya, la de Bat, a quien había desarmado hábilmente cuando se inclinó para desmontar.

Bartholomew Dawson irguió su talla de viking y miró, sonriente, a Lupe, su secretaria, que todavía señalaba, lívida, con mudo terror, el cadávar del indio. Se quitó el sombrero charro en una torpe cortesía y dijo, simplemente:

—Thank you...

* * *

Cayó la noche rápida de los trópicos sobre Copahua Fields. En el "private" del ingeniero director ardió hasta las altas horas la viva llama de acetileno. Allí, la mesa llena de papeles, trabajó Bat con su joven secretaria, la fuerte Lupe Cifuentes, hasta dar cima al despacho inaplazable. Ninguna sombra de muerte podría detener el impulso de su vida. La voluntad de aquel hombre que golpeaba la entraña opulenta de la tierra con el acero de sus perforadoras, hacía también que los dedos pálidos de una muchacha oprimiesen las teclas de mica de la Rémington. Aquel teclado incansable, aquellos dedos heroicos, establecían el contacto de la selva con la urbe, eran el tránsito de Copahua a Londres. El teclado sensible y los dedos dóciles obedecían con ciega exactitud adivinaban casi el imperativo que articulaba sus movimientos. Jamás se detuvieron para oponerse, jamás interpusieron el error o el descuido ante la voluntad que los regía. Sin embargo, esta noche...

* * *

La "Gold Eagle", inglesa, disputaba el control de los campos petroleros mejicanos a la "Danielson Oil Co.", norteamericana. El avance inesperado, temerario, del joven ingeniero de la "Gold Eagle" hacia Tuxpan era una locura. Pero una locura coronada por el éxito... En Wal Street se seguían sus movimientos y el veneno que mató al telegrafista en el momento preciso en que sus servicios iban a ser de la mayor trascendencia, y las balas que quedaron sin disparar en la pistola del indio Celestino... "venían de muy lejos".

Bat se dispuso a responder con las mismas armas. Tenía cortada la comunicación con Londres, y estaba a merced de sus enemigos que podían influir con sus falsas noticias en las cotizaciones de la Bolsa. Pero tenía dos buenos caballos y su agente de Túxpan esperaba la primera indicación para salir en la motora de la Compañía al encuentro de un falucho que se mantenía a determinada altura de la costa. Desembarco de armas... Revolución... El "general" González que se ocultaba en la Huasteca con un pequeño núcleo, estaba dispuesto a levantar la rebeldía en el país. Y, por supuesto, a arrasar las factorías de la "Danielson Oil Co."...

Bat, pensativo, con la cabeza entre las manos, parecía no decidirse... Se puso de pie y empezó a pasear, muy excitado, por la habitación. Encendió un cigarro, se asomó a la noche... y empezó a dictar, en inglés, un enérgico memorándum a su agente de Túxpan.

Lupe, la fuerte criolla, temblaba levemente. Por primera vez se resistía a obedecer los dedos pálidos tan dóciles siempre sobre el tecla-

LOS NOGALES

Un gran rey de Persia llevaba siempre consigo en sus excursiones alrededor de Ispahan, capital del estado, su tesoro privado para premiar las virtudes que presenciara. ¿Qué hacéis, buen anciano?, dijo a uno que estaba plantando árboles. Planto, le contestó, ¡oh rey de reyes, que así le llamaban, planto nogales! ¿Para qué plantáis nogales cuyos frutos no alcanzaréis a comer? Para pagar la deuda a los que plantaron aquéllos cuyos frutos he saboreado cuando joven. El rey encantado de tan discreta respuesta, hizo seña a su tesorero que le diese un bolsillo de oro como muestra de su real aprobación. El anciano recibiéndolo, en prueba de su reconocimiento, observó que los nogales que otros plantaban daban fruto a los veinte años, mientras que los suyos fructificaban abundantemente apenas plantados. Ocurrencia feliz que le valió otro bolsillo de oro; pero como observase de nuevo que sus nogalillos como las higueras daban dos veces frutos al año, mientras que los comunes aun de grandes... El gran Rey poniendo espuelas a su caballo, hizo señas al tesorero de darle otro bolsillo y salió a escape de miedo que los nogales aquéllos lo dejasen sin blanca. Me atribuyen mis amigos que siguiendo aquel ejemplo yo he plantado muchos nogales también, y me atribuyen el raro mérito de continuar plantándolos a los setenta y cinco años de mi vida. No os diré que los míos den frutos después de plantados por temor que se crea lo que un cronista de nuestro rey chico insinúa que he dado al fin de los años en tender la mano. Esta visita de la ciudad capital de la república, y me complazco en decirlo de la parte más culta de una sociedad cultísima, a un viejo sin poder, sin fortuna y sin clientela, es honor que envidiarán los grandes de la tierra, que hará sonreir a los ángeles del cielo y que tornará serenos y felices los últimos días de una vida empleada en el bien y adelanto de la patria. Os agradezco, compatriotas, vuestras felicitaciones y a causa de ellas pisaria el umbral del año 86 con paso firme y ánimo tranquilo. Una máxima política comprobada por los siglos, os dejaré como legado. Los pueblos se suicidan, cuando dan en creerse a sí mismos inmorales, degradados y corrompidos. El mal existirá siempre en la tierra; pero hoy más que nunca, los pueblos libres brillan por sus virtudes. Si os reconocéis venales o abyectos, os gobernarán como a presidiarios. Ved hoy a vuestros Jueces, y tened confianza en que la justicia prevalecerá por todas partes.

Domingo FAUSTINO SARMIENTO

do sensible. De pronto, detuvo la máquina su tecleo rápido. Lupe Cifuentes se volvió al hombre a quien había salvado la vida unas horas antes y le habló con grave energía y le pidió con cálido mandato. Era la mujer que sentía el dolor de los hombres, era la hija de su tierra, despedazada por la traición y la discordia. Aquel memorándum suponía una nueva revolución para su pobre patria querida, manchada de sangre y de petróleo...

—No; eso no lo hará usted, Bat... ¡por mi vida! — dijo la muchacha con vehemencia que enronqueció su voz.

El ingeniero, el hombre de presa, el capitán de Industria que era Bartholomew Dawson, cedió, al cabo, a la razón de estirpe, más fuerte que nada para un inglés... ¡Bartholomew Dawson!... éste era su nombre de financiero. El gentleman llevaba otro cuando tornaba a su castillo de Reading...

Su mano de atleta arrancó de la máquina de escribir la breve hoja de papel y la acercó a la llama de acetileno.

Lupe, la fuerte criolla, la dulce mujer, sonrió, entre lágrimas, y dijo, simplemente:

—Thank you...

EN VANO

Amor de juventud que a mí te acercas
y te pones de nuevo a suspirar:
junta las manos, ponte de rodillas,
y exclama silencioso: !Nunca más!

Pues que empieza el otoño para el alma
que adorarte no puede ya otra vez...
Todo se ha ido — dicha ideal, fortuna, —
todo se ha ido y no podrá volver!

Sobre el estanque caen las hojas secas
en que un círculo de oro traza el sol,
mientras que de una música de lágrimas
lleno en la tarde está mi corazón.

AMOR

En el alba es un gorjeo,
al mediodía un soñar,
y al crepúsculo un deseo
recóndito de llorar...

Después, después los engaños
del *ser o no ser* al par...
¡Oh, duda de los veinte años:
la noche en torno del mar!

Y así lo aliento, no obstante
saberlo un poco inconstante
por ley de herencia, quizá...

En tanto el viaje prosigo
solo; pero al fin me digo:
¿seré yo o él que se va?

Santos AGUILERA

DESENLACE

Por A. Sánchez Ramón

Instalado en su gabinete, delante de su mesa de trabajo, entre montones de libros y rimeros de cuartillas, blancas las unas, esperando el jugo mental que en ellas había de exprimirse, ennegrecidas las otras por la frase ya vertida, Roberto, con la pluma en la mano, meditaba.

El drama doloroso de su vida habíase ido desarrollando en actos y escenas. Allí estaban sus alegrías y sus dolores, las dulces esperanzas de su juventud y los horribles desencantos de su edad madura. Efímeras alegrías que, como bandadas de aves emigradoras, aletearon un instante sobre su frente, huyendo y alejándose para nunca más volver; lentos y crueles pesares que uno a uno, como losa de plomo, fueron cayendo sobre su corazón, ahogándolo y haciéndole destilar hasta secarlo, convertidos en gotas de sangre y en ardorosas lágrimas, todos aquellos deseos que un tiempo fueron señuelos y acicate de su ya extinguida voluntad.

Luchaba el protagonista en el drama ya esbozado de Roberto, al principio como un enamorado de la vida que, llenos sus ojos de luz y de aromas su pecho, avanza confiado y animoso a través de los obstáculos en busca de la soñada felicidad que vislumbra a lo lejos; después, como el atleta herido que cae y se levanta para volver a caer entre las ansias de la muerte, a los golpes despiadados y repetidos de su rival.

Uníanse en brutal consorcio para marcar las etapas de aquel inacabable calvario, a los inmensos y angustiosos desmayos del alma, los lacerantes dolores del cuerpo. Roberto, como el protagonista de su obra, había sido vencido por la amistad y traicionado por el amor.

Ansioso de conquistar una posición para arrojarla a las plantas de la mujer que era su ídolo, ávido, después del desengaño, de humillar y castigar al amigo y amante afortunado, con la vaga esperanza de reconstruir el derruído palacio de sus sueños, Roberto había trabajado sin tregua noche y día, inclinado sobre las cuartillas, sometido el cerebro a perpetua tortura y arrojando al público, desde la soledad de su retiro, libros y más libros que le dieron relativa celebridad, pero que le dejaron en una modesta medianía rayana de la escasez, que era la negra miseria para sus gustos aristocráticos.

Aquel naufragio físico y moral en que cuerpo y espíritu se debatían; aquella incesante lucha de cada día, de cara hora, de cada minuto; aquel trabajo rudo, incesante, de su imaginación, habían concluído por minar su salud y agotar sus fuerzas. El desencanto había matado todo estímulo. El trabajo le parecía infecundo, la gloria risible. En momentos de exaltación bien pronto apagados, intentaba reanudar la lucha; pero aquellos intermitentes esfuerzos de una voluntad enferma y vacilante no lograban detener los progresos de un mal, que invadiendo todo su ser, más que su vida amenazaba su inteligencia.

Con indecible espanto, dándose exacta cuenta de la proximidad de la catástrofe, sentíase perdido, inutilizado para el trabajo, inerme, desarmado en lo más recio del combate. Experimentaba extrañas alucinaciones que, desdoblando su personalidad hacíanle asistir impotente y dolorido al espectáculo de la propia miseria. Formábanse en su imaginación extensas lagunas que llenaba el olvido, desgranándose en confusión horrible sus pensamientos, hasta que, pasada la crisis, volvía a reanudarse por súbita reacción el curso de sus ideas, y éstas, espléndidas, luminosas, caían nuevamente sobre las cuartillas engarzadas en el hilo de oro de su maravilloso estilo.

En esta forma Roberto había ido llevando paralelamente la acción de su drama con los acontecimientos de su propia vida. Los gritos de dolor de su protagonista eran los mismos gritos que en momentos de impotencia desesperante se escapaban de su garganta; las fugitivas esperanzas, bien pronto desvanecidas; los vagos sueños, apenas surgidos borrados; los anhelos nunca saciados de aquél, eran las esperanzas, los sueños, las amarguras que luchaban, conturbándolos en el espíritu y en el cerebro del autor.

Así nació el drama, así fué desarrollándose hasta la penúltima escena. Faltaba el desenlace, como coronamiento de la ardua empresa, Faltaba concentrar en un solo hecho, en una acción rápida y decisiva, síntesis sublime de una vida atormentada, toda la intensa pasión que vibraba en la obra. Roberto meditaba en busca de una frase, de un grito. Su pluma caía rápida sobre las cuartillas; escribía y tanteaba lo escrito. Hubo un instante en que los ojos de Roberto brillaron con extraño fulgor; en sus labios se dibujó una leve sonrisa; un grito gutural, una exclamación de triunfo, se escapó de su pecho; dejó caer la pluma, y en su lugar un objeto de metálicos reflejos se alzó en su mano. Sonó una detonación, y de la cabeza de Roberto, caída pesadamente sobre el pupitre, brotó un hilito rojo, que con caracteres de púrpura fué trazando sobre la última cuartilla el desenlace.



—¡Se se... se... seño... ño... ño... ñori... ri... ri... ta... Hay... Hay... dée..., yo... yo... la... la... a... a... amo!
—¡Por Dios! ¡Me sorprende usted! ¡Una declaración tan de repente!...

MADAME Y ANTINOO

Por César González-Ruano

Lo volvía a ver sentado ante una copa cuyo sabor estaba en la promesa de aquella coloración misteriosa y turbia, y sin saber por qué tuvo miedo.

¿Pero miedo a qué cosa? ¿Es que el joven había llorado sobre la diminuta copa blanca y azul? El color de sus ojos era el mismo color del líquido que apenas había probado, como temeroso de romper aquel encanto: el encanto de una esmeralda luctuosa o de unas aguas podridas y malditas.

Madame tuvo miedo. Se miró con disimulo en el espejito de bolsillo. Miedo por ella no. Aún se encontraba hermosa y su belleza daba un mentís a sus muchos años. Recordó vagamente haber sido amiga de Lorrain y de Ruchilde cuando era joven, y sus piernas pasaban por las más bonitas de París, aunque el viejo Anatole no lo confesara. Pero madame tuvo miedo.

Había llegado a Marsella aquel mismo día sin haber olvidado los ojos del muchacho. La última vez que hablaron fué sólo un momento en el Bristol Club de Lisboa. Se lo habían presentado a la salida. ¿El pintor Soares? ¿El poeta Antonio Botto? No recordaba bien. Tampoco pudo enterarse de su nombre.

* * *

—Recuerdo perfectamente. Nos presentaron en el Bristol Club de Lisboa...

—¡Sí, sí! — dijo madame, jubilosa de haber conseguido hablar con el joven.

Pero la conversación se hacía difícil. El apenas hablaba. Madame observó sus manos cuidadísimas, su camisa de crespón rojo, audaz y elegante, y sus ojos. ¡Sus ojos! Madame volvió a sentir miedo. Al fin, como una pobre mujer, hizo su pregunta pueril e indiscreta:

—¿Usted es artista?

El joven sonrió, enseñando una dentadura perfecta, que emocionó seriamente a madame.

—¿Artista? — y se encogió de hombros. — Puede ser... Yo soy maquillador de cadáveres...

Madame rió con risa histérica e insistió:

—No, no. Déjese de literatura. ¿Qué es usted?

El joven no contestó. Hablaron entonces de literatura.

—No me interesan los modernos —dijo él.—A las páginas de Proust sigo prefiriendo las de Huysmans, y a la literatura de Gide la de Wilde.

—¿Le impresiona a usted El retrato?

El joven no contestó.

* * *

—Yo no sé si una señora... — dijo madame encantada del proyecto.

—¡Por Dios, los muelles de Marsella son un lugar tranquilo!... Además va usted acompañada.

Madame sonrió. ¡Buena compañía! El muchacho cada vez le parecía más fino, más delicado...

Madame volvió a sentir miedo y rehusó. Ya en la puerta del hotel sintió los ojos de él clavados a los suyos. Eran unos ojos obsesionantes, dulces y terribles a la vez. Madame, sobrecogida, se despidió:

—¿Hasta mañana?

—Hasta mañana.

* * *

Aquella noche madame no pudo apagar la luz. Tenía miedo. Pensó en que aquel muchacho acaso fuera la gran pasión de su vida. Y sin poderlo evitar sonrió. ¡Cuántas veces se había dicho que estaba viviendo su gran pasión!... Como en una película desfilaban por su imaginación rostros y tipos bien diferentes. El aventurero y el burgués el oficial de Marina y el actor Luciano... Madame quedó espantada ante el recuerdo de Luciano. ¡El joven del Bristol Club de Lisboa tenía los mismos ojos que Luciano!

—¡Qué horror! — y madame cogió el frasquito de las sales inglesas. Estaba segura de que si se lo proponía se desmayaba.

Luciano, fugaz amor de su vida, tenía los mismos ojos del joven. Unos ojos glaucos, confusos, como dos gotas de agua corrompida. Recordaba que Lorrain había dicho de él: "Venecia está en sus ojos". Claro que Lorrain era un simulador y un farsante del decadentismo, entonces de buen tono...

Madame, excitada, pensaba en el fin trágico de Luciano, muerto una noche en los muelles del Sena. Lo trajeron al hotel como un pobre pelele roto. Pálido, los ojos abiertos. ¡Qué horror aquellos ojos inmóviles y vidriados, como si hubiera helado sobre sus podridas y admirables aguas!...

Queriendo olvidar, madame cogió un libro. Eran las blasfemias de Remy de Gourmont.

* * *

En el comedor, ante el retrato del joven del Bristol, visto de refilón en la primera página del diario que leía su vecino de mesa, madame sonrió. ¡Ya era inútil que la intentara despistar! Allí estaba retratado, y allí diría lo que era. Seguramente un bailarín de bailes rusos... Madame inquirió:

—¿Quién es éste? — dijo al señor de la mesa próxima señalando el retrato.

—Mas le vale a usted no saberlo siquiera, señora... Un pervertido, uno de esos señoritos de nuestra época. Lo asesinaron anoche en los muelles... No se ha perdido nada.

Madame dió un grito horrible. Hubo que auxiliar su síncope aparatoso, que interrumpió el "consommé" en el comedor del hotel.

SORTILEGIO

Por Carola Prosperi

Osvaldo había caminado por la campiña, ávido de luz y de perfumes. La frente perlada de sudor, las mejillas encendidas, los ojos fúlgidos, se sentía exaltado y dichoso. Nada de la aparente inmovilidad que le rodeaba escapaba a sus pupilas avizoras empeñadas en descubrir los menores encantos de la naturaleza. Escuchaba extasiado los rumores del campo, y a ratos le parecía percibir el intenso palpitar de la tierra virgen.

Hacía pocos días que Osvaldo se hallaba en su casa, después de cinco años vividos en la penumbra de un internado. Y ahora le parecía que la campiña de su infancia, el suelo de sus padres, lo saludase con júbilo.

Entornó un instante los ojos, extenuado por aquella embriaguez y se sintió henchido de bienestar, de agradable languidez...

Cuando los abrió divisó a una joven que atravesaba lentamente el prado. La joven pasó junto a él, mirándolo con curiosidad. Y Osvaldo no pudo menos que murmurar:

—¡Qué hermosa muchacha!

Pero esas mismas palabras hubiera dicho a cualquier mujer que hubiese pasado a su lado; aunque, en verdad, la muchacha era hermosísima. Marchaba descalza por la hierba. Su cuerpo, alargado, erecto, casi rígido, se destacaba purísimo en el paisaje. Sus ojos, fosforescentes, fijos, extraños, irradiaban en torno suyo una luz preñada de misterio.

Osvaldo la miró extasiado, y dijo:

—Eres una diosa. ¿Cómo te llamas?

La joven lanzó un suspiro y sacudió la cabeza.

—¿Diosa?... No... Soy una humilde campesina... Me llamo Maruja...

—Merecerías llamarte Minerva.

Osvaldo sonrió cordial. La muchacha se acercó aún más a él, adosándose casi a su cuerpo. Y Osvaldo, sugestionado por la luz de aquellos ojos, por el perfume que parecía emanar de aquella carne en flor, enlazó bruscamente su brazo al cuello de la joven, la atrajo hacia sí, y la besó rápido en la boca.

La muchacha se puso seria. Pero era la suya una seriedad alborozada y trémula.

—¿Dónde vives? — le preguntó Osvaldo de pronto.

—Allí — repuso Maruja señalando una casucha perdida en lontananza.

Su voz era humilde; la voz de una mujer que se sabe vencida. Y para substraerse a la turbación que le invadía, Osvaldo quiso observar a la campesina detenidamente. Pero aquellos ojos de reflejos fosfóreos le atraían con fuerza irresistible. En ellos temblaba el encanto del paisaje todo.

¡Qué dulce, sin embargo, qué sumisa la inconsciencia de aquella muchacha que entreabría los labios como en una imploración! Y Osvaldo, sacudido de voluptuosidad, la besó nuevamente.

Maruja se dejaba besar. Permanecía inmóvil, con los párpados entornados, pero palpitaba de inexplicable ansiedad.

Osvaldo le acarició los cabellos, se los alisó. De súbito, advirtió en la frente de Maruja una cicatriz roja.

—¿Qué es esto?

Maruja sonrió. Luego, con voz lenta, murmuró:

—Una herida de bala.

—¡Una herida de bala!... ¿Y quién se atrevió?...

—¿Quién? Alguien que me amaba, que quería besarme...

—¿Y tú?

—Yo no quería que me besase...

Osvaldo calló, desconcertado. Por fin, articuló:

—¿Por qué no te dejaste besar? ¿Era un hombre feo?

Ante la ingenuidad de la pregunta, Maruja sonrió, y sacudió la cabeza.

—No...

—Sólo sé que no quería besarlo...

—¡Ah! Yo tenía razón al decir que eras una bruja... ¡Arriesgar tu vida por un beso!... ¿Y... qué ha sido de él?

—¿El? Ha muerto.



LA DUEÑA DEL PERRO. — Algo malo le habrá usted hecho al animal para que le haya mordido.
EL PORDIOSERO. — ¿Yo? Solo le ofrecí un trozo de este pastel que usted me dió...

—¿Por un beso?...

—Por un beso...

Maruja parecía vanagloriarse de su perfidia. Y sonreía abiertamente, como con desafío. Su rostro se había ensombrecido en una obstinación casi salvaje.

—¿Y porque no querías darle un beso, se propuso matarte? — balbuceó Osvaldo. — ¿Cómo has dejado, entonces, que yo te besase? ¡Lo habrías embrujado!... Sí, sí: eres una bruja.

El muchacho se sentía presa de un sufrimiento confuso, de un deseo exasperante. A ratos experimentaba unas ganas locas de morder a aquella muchacha, para vengar en esa forma al desconocido que no había podido posar sus labios en la boca bermeja que él ahora gustaba con morbosa voluptuosidad. Pero lo detenía cierto temor. Miraba con una especie de atracción morbosa la roja cicatriz producida por la mano vengadora.

Y no se atrevía a besarla.

—¿Muerto?

—Sí. Primero disparó su arma contra mí... En seguida se llevó el revólver al corazón... El murió... Yo me salvé...

—¡Maruja!

Osvaldo sólo pudo articular aquellas tres sílabas. Una invencible sensación de miedo, de tragedia, se cernía sobre él. En tanto, caía la noche, y el valle se cobijaba medroso en las sombras.

El muchacho se pasó la mano por la frente, como para ahuyentar una visión de terror y balbuceó:

—Es tarde... Me marcho...

Maruja, tomándole una mano, murmuró:

—¿Mañana?

Pero Osvaldo no contestó a la pregunta. Bajó rápido las cuestas ya azuladas por la noche, y se encaminó hacia su casa. Las cosas asumían a su alrededor formas grotescas, amenazantes. El hubiera querido huir a escape. Algo entorpecía su andar, sin embargo: la visión de los cipreses que elevaban al cielo su copa funérea, indicando el lugar del cementerio.

Y el muchacho se sentía débil, pequeño... Y en esos momentos pensó en su pobre hermano... en su pobre hermano que desde hacía dos años reposaba en paz bajo los cipreses negros.

* * *

Era tarde. En la casa lo esperaban. No obstante, nadie le dijo nada. La madre le lanzó una mirada de tímida reconvención. Osvaldo se consideró ofendido. ¿No era ya lo suficientemente hombre para que nadie le pidiese cuenta de sus actos? ¿Por qué su madre lo miraba así?

¡Su madre! ¡Cuánto había cambiado en esos pocos años! Parecía otra mujer. Era casi una anciana. Una anciana medrosa, una anciana de sensibilidad exacerbada hasta la histeria. El menor ruido la fastidiaba; cualquier visita la ponía de malhumor; una llamada a la puerta bastaba para hacerla sobresaltar.

Hubiérase dicho que era una niña, una niñita enferma.

Muchas habían sido las desgracias de la familia. Y así se justificaba la brusca transformación operada en la buena señora. Primero, la muerte del esposo; después, la partida del primogénito en misión monástica a regiones lejanísimas; por último, la muerte de Valerio, dos años antes... El dulce Valerio que aún parecía presidir el hogar con su expresión dulcísima fijada en el retrato que pendía en la pared del comedor. El retrato pintado por él mismo...

—Sí, Osvaldo... Valerio era un artista, ¿entiendes? Un artista — solía decir a su hijo la anciana señora...

Pero Osvaldo no requería mayores detalles acerca del hermano. Sabía que su pobre madre se exaltaba hasta el delirio al hablar de él. Sin embargo, hubiera querido conocer el secreto de aquella muerte. Por ello, esa noche se marchó al campo, vagó por el bosque y fué a visitar al hijo del leñador.

Los dos muchachos se sentaron bajo las estrellas. La noche era maravillosa, sin luna, con un cielo tachonado de estrellas.

—Oye — dijo de pronto Osvaldo, fijos los ojos en la sombra. — ¿Recuerdas la muerte de mi hermano?

—¿Cómo no habría de acordarme? ¡Se habló tanto de ella!

—Mi hermano se suicidó, ¿verdad?

El hijo del leñador titubeó:

—Este... creí que tú lo ignorabas.

—No. No lo ignoraba — respondió Osvaldo sin apartar los ojos de la sombra.

Entonces su compañero murmuró:

—Sí. Y quizá debamos alegrarnos de su resolución. De lo contrario, tu hermano habría terminado en la cárcel... Así lo aseguraban todos...

—Tienes razón.

Osvaldo hablaba como si hubiese sido enterado de toda la verdad. Nadie le había dicho una sola palabra, sin embargo, respecto a la muerte del hermano. La tragedia había surgido nítida ante sus ojos pocas horas antes: cuando una fuerza misteriosa le condujera al

ANECDOTA

Después de las honras fúnebres por el alma de Luis XVIII, celebradas en la iglesia de Saint-Denis, de París, el gran maestro de ceremonias, M. de Dreux-Brere, fué a dar cuenta del acto al rey Carlos X.

El rey estaba enterado del desorden ocurrido en el templo, y pidió explicaciones a Dreux-Brere, el cual, después de quitar importancia al suceso, añadió:

—Descuide vuestra majestad... En las próximas no ocurrirá lo mismo.

cementerio, entre los cipreses... Y ahora veía al hermano. ¡Lo veía delante de él!... Y Valerio le sonreía tristemente, contraída la boca en un rictus amargo...

Después, cuando emprendió el camino de regreso a su casa, Osvaldo creyó percibir detrás los pasos del hermano... Del hermano que entraba con él en el patio, cruzaba los corredores, penetraba en su alcoba, cerraba la puerta y se dejaba caer sobre el lecho llorando como un niño.

Y como si sintiese en carne propia la desesperación del hermano muerto, Osvaldo se revolvió en su cama insomne y sobresaltado, con la garganta oprimida por unas ganas incontenibles de llorar. Apenas si pudo dormitar un instante. Pero su sueño fué agitado, febril... Veía destacarse en las sombras, la macilenta figura del hermano que empuñaba un revólver. De pronto, sonaba un disparo... Y una muchacha de ojos fosforescentes se desplomaba herida...

Se despertó gritando, aterrorizado. Y al levantarse, vió reflejada en el espejo una cara demacrada, pálida, y dos ojos inyectados de sangre.. En esos momentos creyó estar viendo a Valerio, al melancólico Valerio que se le apareciera en sueños...

Miró a su alrededor. El mundo, la vida, le causaban horror. Y tenía que hacer grandes esfuerzos para no estremecerse de asco y de desprecio. Cuanto el día anterior había embriagado sus sentidos, le resultaba ahora fastidioso: el cielo, el prado, la luz, los colores, el aire mismo. ¡Ah, como le hubiera gustado extenderse en la hierba y dormir, dormir, para borrar de su mente la imagen del hermano muerto y la otra, la imagen de aquella muchacha enigmática que lo miraba con ojos fosforescentes y le ofrecía la boca con avidez salvaje!....

* * *

Durante varios días vivió como un enfermo. No hablaba, no comía, no salía. Permanecía horas enteras, con los ojos entornados, cual si el resplandor del día lastimase sus pupilas humedecidas.

Al cabo de una semana, pareció reanimarse. Salió al campo. Silencioso, sombrío, se dirigió al cementerio. Pero aún no había llegado junto a los cipreses, cuando Maruja le interceptó el paso apareciendo bruscamente en el camino.

Osvaldo lanzó un grito de espanto. Maruja sonrió indulgente, y murmuró dulcísima:

—Te esperé en vano... Creí que vendrías al día siguiente... ¿Por qué no viniste?

Osvaldo la contemplaba tétrico. Era por ella, por ella, por ese monstruo de perfidia, que se había matado Valerio... Por no haber podido besar esa boca.

—¡Vete! — bramó Osvaldo. — ¡Vete!... ¿Sabes quién era mi hermano?

Maruja enarcó las cejas, retrocedió un poco...

—¡Vete! — repitió Osvaldo con voz trémula y preñada de amenazas. — ¡Vete! ¡Me horrorizas!

Y Maruja, dominada por el fulgor de aquellos ojos inyectados de sangre, huyó despavorida.

* * *

Desde ese día, todo cambió en la humilde casa de Maruja. La muchacha permanecía sentada en una silla, los codos apoyados en las rodillas y la cara entre las manos. Sus ojos habían perdido aquella misteriosa fosforescencia, las líneas, puras, de sus labios habíanse desdibujado en una mueca.

Algunas vecinas murmuraban:

—Es un sortilegio... La han embrujado...

Otras, afirmaban en voz baja:

—Es la venganza del muerto.

Y se persignaban.

La madre trataba de reanimarla con consejos, con súplicas. Maruja la escuchaba en silencio, en un silencio hostil y salvaje.

A veces la muchacha salía a recorrer los campos. Regresaba a su casa ya entrada la noche, y se acostaba sin probar bocado. Vagaba durante todo el día por el prado, trataba de ver a Osvaldo, se acercaba a él lo suficiente para no ser vista, y luego huía estremeciendo los aires con alaridos de desesperación.

Al llegar el Invierno, Maruja dejó de salir. No se preocupaba siquiera de peinarse.

—¡Sortilegio, sortilegio! — decían las piadosas vecinas. — El muerto se venga...

—¡No, no! — protestaba el médico. — Es apenas un poco de melancolía... Si la internásemos...

—¿Internarla? — exclamaba la madre. — ¿Para qué?... ¡Si es tan buena!... La tendré a mi lado...

Pero volvió la Primavera y Maruja quiso salir otra vez a recorrer los prados. Los chicuelos la seguían mofándose de ella. En el pueblo, se exhibía procaz, escandalizando a las mujeres con sus maneras atrevidas y desconcertando a los hombres con sus sonrisas. Pero si alguien, confiado en aquellas sonrisas, se acercaba a mirarla, Maruja lo observaba un instante y lo rechaza sollozando:

—¡No, no! Vete... ¡No eres Osvaldo!...

La madre tuvo que resignarse. Y un día Osvaldo, asomado a la ventana de su casa, se enteró de la trágica verdad:

—¿No sabe usted la noticia? — preguntaba una campesina al hijo del leñador.

—No...

—Maruja... Está loca. La han llevado a la capital.

Pero Osvaldo no se conmovió. Y esa misma noche escribió una larga carta donde narraba a una condiscípula el triste caso de la campesina. Aquella condiscípula era, desde algunos meses antes, la amada de su corazón ya libertado del fantasma del hermano.

Y Osvaldo jamás sospechó que el espíritu de Valerio se había reencarnado en él para vengar el desprecio de Maruja.

PAISAJES CHILENOS

Concepción

Para "FRAY MOCHO"

Te besa el anchuroso y manso Bío-Bío
con su plateada cinta de vivo resplandor;
las sinuosas riberas del caudaloso río
ciñen tus aledaños de edénico verdor.

Brillan tus campanarios, desde la riente playa,
entre tu caserío bañado por el sol
y a tu vera, cubierta de frondas te atalaya
la cumbre de esmeralda del cerro Caracol.

Tus azules lagunas son remanso sereno;
frescas brisas salinas y levísima bruma
la vecindad anuncian del litoral chileno

y apenas, vagamente, se llega a divisar
Talcahuano, tu puerto, envuelto en blanca espuma,
escalando los cerros y asomándose al mar.

Justo G. DESSEIN MERLO

Un animal caballo-toro

De "La Prensa", de San Antonio de Texas:

"Los periódicos de San Salvador refieren que en el puerto de La Unión, unos cazadores encontraron un animal monstruoso, recién muerto. Tenía la mitad del cuerpo fuera del agua y la otra mitad dentro del mar.

Los cazadores dicen que el cuerpo era como de toro, con cabeza como de caballo, con cuatro quijadas, cada una con 17 dientes del grueso del dedo meñique de un hombre. El esqueleto del animal ha sido llevado a la Universidad Nacional para su estudio y clasificación.

Si es verdad que los cazadores encontraron el cadáver del animal cuando aún tenía la carne adherida a los huesos, es indudable que pereció poco antes, probablemente luchando con algún otro monstruo marino.

Esto ha dado lugar a que se crea posible que monstruos del período jurásico vivan aún en las regiones del centro y sur de América.

Antigüedad del papel de hilo

Los árabes y españoles se sirvieron al principio del papel de algodón que hacían ir de Arabia; pero conociendo con el tiempo la excelencia de los hilos que producía casi todo el reino de Valencia, pensaron en hacer papel de ellos. De ahí que las fábricas de papel de hilo más antiguas, fueron las de Játiva y Valencia.

Las provincias mediterráneas de España tardaron más tiempo en hacer uso del nuevo papel, y hay motivos para suponer que Alfonso el Sabio fué el primero que lo introdujo en los reinos de Castilla, y que la suya puede considerarse como la verdadera época de la producción del papel de hilo en todos los reinos europeos.

El geógrafo Nubiense, que floreció a mitad del siglo duodécimo, dice que en Játiva se hacía un excelente y maravilloso papel.

Curiosidades

El loro de cabeza azul vive en las Pequeñas Antillas y es una de las más bellas especies de los llamados comúnmente loros verdes.

* * *

El aceite extraído del maíz es uno de los mejores iluminantes que se conocen; pero no se le fabrica en gran escala debido a su elevado costo.

* * *

La llamada plata alemana no tiene ni un solo átomo de plata; es una aleación de cobre, níquel y cinc.

* * *

La oreja derecha es, por lo general, más grande que la izquierda.

* * *

En Ceilán hay 16 variedades de palmeras que dan dátiles.

* * *

En el norte de Siberia algunos naturales del país practican una especie de invernada, durmiendo durante el invierno cuatro días seguidos.

* * *

La palabra "amatista" significa "contra el envenenamiento" y este nombre deriva de la creencia, muy difundida entre los antiguos griegos, de que esta piedra era un talismán contra las intoxicaciones.

* * *

Prescindiendo de los fondos de los océanos el punto más bajo de la tierra es el Mar Muerto, en Palestina. Se encuentra a 385 metros bajo el nivel del mar.

* * *

En las islas Hawai hay muchos caballos y millares de animales vacunos que nunca beben agua. El ganado en aquellas islas se encuentra en las montañas donde sólo llueve una vez cada dos o tres meses y no hay arroyos. Los animales comen una planta conocida por los indígenas con el nombre de "maninia", que suple la falta de agua.

* * *

Los aztecas y los mayas eran excelentes astrónomos. Los mayas ocuparon en un principio parte de lo que hoy es Guatemala y después el Yucatán. Este pueblo ejerció gran influencia en la civilización azteca. Hace más de 2000 años los mayas habían observado el movimiento de las estrellas, los períodos de los eclipses y las relaciones de las fases de la Luna. Uno de los mejores calendarios antiguos es el de los mayas.

* * *

El diamante resulta una cosa común y corriente, comparado con una substancia que se conoce con el nombre de ébano rosa.

El ébano rosa es una substancia negra como el azabache y casi tan dura como el diamante: sin embargo está hecha con una substancia blandísima: pétalos de rosa.

* * *

Los esquimales enseñan a sus hijos a patinar y bañarse en el agua helada, desde muy pequeños.

El oro puro es tan maleable que no se puede emplear sólo para hacer monedas. Las actuales de oro son una aleación de metal, con plata o cobre, aleación que los antiguos pobladores de Centro América no conocían.

* * *

Las hojas y las flores de los naranjos producen un aceite volátil que se utiliza en la fabricación de perfumes.

* * *

El calderón, o cabeza de olla, que debe su nombre a la forma globosa de su cabeza, es un cetáceo que forma numerosas bandadas.

* * *

Tanto calor hace en algunos lugares de la península de Malaya, que en ocasiones se interrumpe el tráfico y se cubre el suelo en gran parte con esteras para evitar quemaduras.

Los granjeros de Holanda van a sus fincas en lanchas que recorren los infinitos canales de esta nación.

* * *

En el cráter del volcán extinguido Aso-San (Japón), hay una colonia de 20.000 habitantes.

* * *

Las langostas de Africa pueden vivir varios días sobre el mar, pues están provistas de amplias vejigas de aire, en conexión con el aparato respiratorio.

* * *

La más baja temperatura es la del oxígeno líquido, que es de 269,5 grados bajo cero.

XVIII Salón Nacional de Arte





El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, acompañado del Ministro de Obras Públicas y de Instruccin Pública, doctor Roberto M. Ortiz, del director de la Academia de Bellas Artes, señor Pío Collivadino y de otros caballeros, durante la inauguración oficial del XVIII Salón Nacional de Arte.

Exposición Nacional del Libro



El primer magistrado, doctor Alvear y los ministros de Instrucción Pública e Interior, doctores Roberto M. Ortiz y José P. Tamborini, respectivamente, en el acto con el cual se declaró inaugurada la Exposición Nacional del Libro.

Movimiento político



Los diputados nacionales, doctores De Tomaso, Bunge y Spinetto, acompañados del señor Vandervelde y su esposa, durante la elección de candidatos a concejales que sostendrá el partido Socialista Independiente, en las próximas elecciones comunales.

Demostración al doctor Noel



El presidente del Centro Gallego, pronunciando su discurso en el homenaje tributado por dicha institución al ex intendente municipal, doctor Carlos M Noel, acto en el cual le fué entregado un pergamino y una medalla de oro

Exposición Entomológica Argentina



El ministro de Relaciones Exteriores, doctor Gallardo escuchando el discurso pronunciado por el señor Alberto Breyes durante la inauguración de la primera exposición entomológica argentina

Comida de camaradería



Grupo de médicos, egresados en 1916, que asistieron al banquete organizado para estrechar lazos de compañerismo entre los profesionales de aquella promoción. El acto se efectuó en el restaurant Doré.

Bibliografía



Señor Carlos A. Novaro, autor del libro "Instrucción Cívica" recientemente aparecido

Correos y Telégrafos



Señor Félix C. Bardoneschi, recientemente designado inspector general de Correos y Telégrafos

LA VISITA DE LOS MARINOS ESPAÑOLES



El buque escuela de la armada española "Juan Sebastián de Elcano", al atracar a Puerto Nuevo, donde fué esperado por gran cantidad de público



El comandante de la nave, capitán de fragata don Manuel de Mendivil, acompañado del embajador de España, don Ramiro de Maeztu de varios marinos argentinos y de otros caballeros, momentos después de atracar el buque



Guardiamarinas españoles y argentinos, confraternizando a bordo del "Juan Sebastián de Elcano"



Un grupo de señoritas de las que tomaron parte en el baile organizado por el Club Español en honor de los marinos españoles acompañadas de algunos de éstos



Un aspecto del salón de fiestas del Club Español, mientras se realizaba el gran baile dado en homenaje a los marinos del "Juan Sebastián de Elcano"

Celebración de la fecha italiana del XX de Septiembre



Grupo de damas y caballeros que tomaron parte en el baile social realizado en los salones del Club Italiano, con el que dicha institución celebró la fecha patria del XX de Septiembre



La cabecera de la mesa durante el banquete servido en el Club Italiano, conmemorando el aniversario de la unidad de Italia



La condesa Martín Franklin, esposa del embajador de Italia, repartiendo premios entre el personal de enfermeros del Hospital Italiano



Grupo de enfermeros del Hospital Italiano que obtuvieron los premios que anualmente se discierNen entre dicho personal, al conmemorarse la fecha del XX de Septiembre



Destacados elementos de la colectividad italiana, tributando un homenaje ante la estatua del general San Martín, en ocasión del XX de Septiembre

Te en honor de la señorita Gresti.



Con motivo de su próximo enlace con el señor Marino Grasso, la señorita Igea Gresti, fué objeto de una demostración consistente en un té ofrecido en su honor por la señora de Migoya, en su residencia particular. — Vista parcial de la concurrencia que asistió al acto.





LA CANDOR

Por Rufael Ruiz López

Servía de camarera en el cafetín "El Aguila" — comenzó Bermúdez, — situado en una de las callejuelas más asquerosas de la ciudad, y sus parroquianos asíduos dieron en confirmarla con este simpático nombre "La Candor".

La idea que tal nombre expresa tenía representación admirable en aquella niña. Por actitud de inocencia asustada, el mirar soñoliento de los que sueñan con lo inexpresable y la modestia de su aire, hacía pensar en esas vírgenes laboriosas que una piedad profundísima llevó a cuidar de los enfermos y que se deslizan de prisa y sin ruído, sin darle a sus cuerpos gráciles otros movimientos que los que la locomoción exige.

"La Candor" se hacía simpática a primera vista, y al verla en ocupación tan ruin y tan expuesta a la chacota grosera de la gente maleante, daban ganas de ofrecerle un medio de vivir mejor y más en concordancia con su cara preciosa y con los sentimientos que debía de abrigar aquel cuerpecito delicado.

La conocí en uno de esos días en que el aburrimiento nos lleva en busca de emociones desconocidas y de tipos nuevos que estudiar. Os juro que me chocó en extremo la presencia de una mujer de tal porte en un tugurio donde se maldecía y renegaba y donde los equívocos soeces se prodigaban con lastimosa frecuencia.

Por pedir algo, hice que me sirviera una copa de Jerez y la invité a tomar asiento a mi lado, si un compromiso mayor no se lo impedía, y a que se sirviese lo que tuviera a bien.

"La Candor" me miró dulcemente, como agradecida de mi descarada finura.

—Tomaré lo que usted quiera, — dijo mientras se sentaba a la mesa junto a mí.

No tengo mucho dinero; más, ¡qué diablo!, parece desear salirse del bolsillo. No sé por qué, pero tengo la idea de que éstos pedazos de metal estorban y que fueron siempre la gran dificultad de la vida desde que alguien, en mala hora, los inventó... Así es que pide por esa boca, que no he de morirme por peseta más o menos.

Púsose en pie la muchacha y se sirvió una copa de Montilla.

Sentóse de nuevo, y dijo con voz dulce y suave como un arrullo, levantando la copa en actitud de brindar:

¡A su salud!

Había en su carita pálida el gesto agridulce de las grandes resignaciones; sus ojos parecían tener tendencia irresistible a estar entornados y miraban hacia el suelo en una actitud pudorosa y triste.

—¿Cómo te llamas?, — le pregunté con esa familiaridad usada por los risibles hombres de mundo, que están convencidos de que la grosería no es tal y sí algo de picaresco.

—Amalia, — me contestó suavemente; — pero en el café me llaman "La Candor".

"¡La Candor!" El nombre era justo y correspondía a la idea que despertaba su presencia.

Picada mi curiosidad, deseoso de saber algo de su vida; le pregunté, pero con respeto instintivo:

—¿Y por qué está usted aquí?

—Ya ve, señor; la necesidad es un tirano muy grande: hay que trabajar para vivir; mi madre está ya muy vieja, y la pobre harto se afana en limpiar y arreglar nuestra casita y hacer la comida.

—Pero estará usted mal, teniendo que tolerar las pesadas bromas de la gente que frecuenta estos... cafetuchos.

No se estaba bien, pero había que hacerse a todo. El amo del café, que era amigo de su madre, fué quien se empeñó en llevarla allí, y le dió consejos sobre lo que debía hacer para ganar buenas propinas.

No sé ningún oficio, siguió diciendo; aunque coso bien, la labor que me daban en las tiendas era escasa y mal pagada. Aquí, por lo menos, se gana más. Es cierto que suele venir mala gente; pero los calaveras son muy dados a la misericordia y algunas veces dan propinas de largo.

—¿Y no hace usted más que servir?

"La Candor" se puso muy encarnada; me miró con melancolía infinita; miró después al suelo, y con voz que tenía mucho de sollozo, dijo:

—No, señor; no hago otra cosa.

—¿De veras?, — volví a preguntar con insolencia. — ¿No tiene usted ningún amigo predilecto?

Volvió a mirarme, y esta vez creí leer un reproche en su mirada algo así como un "¿Por quién me toma usted?" enérgico e indignado.

—¿Se ha ofendido usted?, — me apresuré a preguntar lamentando mi indiscreta curiosidad.

—No, no, señor; de ningún modo. Cuando una tiene que estar aquí (se le saltaban las lágrimas), se ve obligada a aguantarlo todo para no disgustar a los parroquianos: bromas y preguntas; porque se tiene una que acordar de lo que le espera si no sabe conllevar el genio [illegible] …ven: el amo se enfadaría, y ellos tal vez no dieran propinas [illegible] …ones mi madre...

Le ruego que me perdone.

—Pero si no hay de qué (esforzándose por sonreir). Como muchas de las que sirven en estos sitios...

Os juro que empezó a interesarme vivamente la tal "Candor". Sabéis que fuí siempre impresionable y no poco romántico.

La candidez de aquella niña, viviendo en medio ambiente tan cargado de vicio, despertó en mí un raro y singular sentimiento que tomé por conmiseración.

Pagué el gasto y quise darle lo que en el bolsillo me quedaba. Ella entonces me miró enternecida, y ¡cosa rara!, sólo tomó diez céntimos, mientras decía conmovida:

—Guarde lo demás; le agradozco con toda mi alma; no hice nada para merecer... A más, un señor va muy mal cuando no lleva dinero.

Persiguióme el recuerdo de la "Candor" todo el día, me acompañó por la noche y fué el incubo de mi sueño. Al despertar, mi primer pensamiento fué para ella y sentí imperiosa necesidad de volverla a ver, y me encaminé hacia el cafetín, empujado por irresistible fuerza.

Eran las once de la mañana, y el desierto salón parecía más destartalado y sucio. El dueño, que estaba detrás del mostrador leyendo un periódico, se acercó al velador ante el cuál me había sentado.

A mis preguntas contestó que por las mañanas no iban las camareras, que se retiraban muy tarde por la noche.

Y hablando de "La Candor" me hizo cumplidísimo elogio de ella. No, no era como las otras; mas decente que ella no la había visto jamás. ¡Cuando él, que era hombre delicado y de escrúpulo, la ponía por ejemplo a su mujer, que se permitía bromear demasiado con los parroquianos!... ¿Líos? ¡Ni por pienso! No se le conocía ninguno. No daba nunca a los hombres más conversación que la indispensable para tenerlos contentos. Como ella se hacía querer y respetar, los parroquianos la tomaron como era y la respetaban siempre. Cuando la convidaban tenía que aceptar por obligación, porque aquello iba en beneficio de la casa. A última hora, cuando llegaba la del descanso, su madre iba por ella, y nunca consentían que las acompañasen.

Volví por la tarde para verla, y me sirvió con aquella sonrisa agridulce y el gesto simpático de las grandes resignaciones. A última hora fuí a espiarla con ánimo de seguir sus pasos. En mi se había despertado inexplicable interés.

Vestida con más modestia que en el establecimiento, salió dando el brazo a su madre. Caminaban lentamente delante de mí, que las seguía a respetable distancia...

Podéis creer que tuve una satisfacción muy grande cuando ví que llegaban a su casa sin tropiezo, sin que ninguno de los trasnochadores que encontraron al paso se atreviera a dirigirle la palabra.

Las ví entrar en su casa y quedé contemplando la puerta largo rato.

Luego me puse a pasear con el vigilante, le invité a fumar y pedí informes. El buen hombre se deshizo en elogios.

¡Oh! La señorita Amalia era muy buena, muy buena; quería a su madre con delirio, y por ella era capaz de hacer todo lo que honradamente le fuera posible. En todo el barrio la querían y consideraban mucho, y las madres la citaban como ejemplo a sus hijas. En el modesto cuartito que ocupaban no entraba nadie; la casa era tranquila y todos los vecinos gente honrada y trabajadora.

Cuando me dí cuenta exacta de mi situación, noté que estaba locamente enamorado de "La Candor". Pasábame los días pensando en ella, y por las noches sentía la imprescindible necesidad de verla y de espiarla, celoso, como marido que sospecha.

Decidí hablar a su madre y resolver aquella cuestión, que para mí iba siendo de vida o muerte, por el camino derecho.

La pobre vieja me escuchó conmovida, admirada de que "su" Amalia hubiese podido encender tan grande hoguera en mi corazón, y acabó por asegurarme que ella consintiría en todo con tal de que "La Candor" quisiera.

—Pero le advierto, — acabó mientras se ponía roja, — que mi hija es camarera del cafetín "El Aguila".

—Lo sé, señora.

—En tal caso, no tengo nada que decirle.

Gran trabajo me costó convencer a Amalia de la verdad de mis propósitos. La pobre niña creía que me burlaba de ella; pero cuando vió mi constancia, acabó por ceder, confesándome con ingenuidad encantadora que me amaba también desde que me conoció.

Nos casamos. Desde entonces empezó mi regeneración; nuestra vida es un idilio dulce, intensamente dulce, y transcurre con suavidad como el agua de los ríos cerca del punto donde nacen.

Han pasado ocho años y la madre está más joven que cuando la conocí. Y... ¡si vieráis cómo me quieren las dos y que feliz son con ellas!

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Las hermanas Roseta y Vivian Duncan, protagonistas de "Topsy y Eva", cinecomedia que Artistas Unidos presenta con éxito



Escena de "La virgen del Amazonas", extraordinaria película Fox que interpretan Dolores del Río, Walter Pidgeon y Leslie Fenton y que se estrenará pasado mañana



La bella y joven actriz June Marlove, protagonista de la "La marca de fuego" reciente éxito de la General.



Alice White, nueva estrella que en el film "The Show Girl", de la First National, presentará Max Glucksmann próximamente



Escena de "Demonio y carne", con Greta Garbo y John Gilbert como protagonistas, gran éxito de Metro-Goldwin Mayer en el Porteño



Warner Krauss y Andrée Nox protagonistas de "El aldeano alegre", cinta extra arte que la Corporación exhibe desde anteayer



Escena de "El circo de la muerte", con Helen Allen como protagonista, película extraordinaria que la New York Film presentará en breve



El gran premio de honor en el Hipódromo Argentino

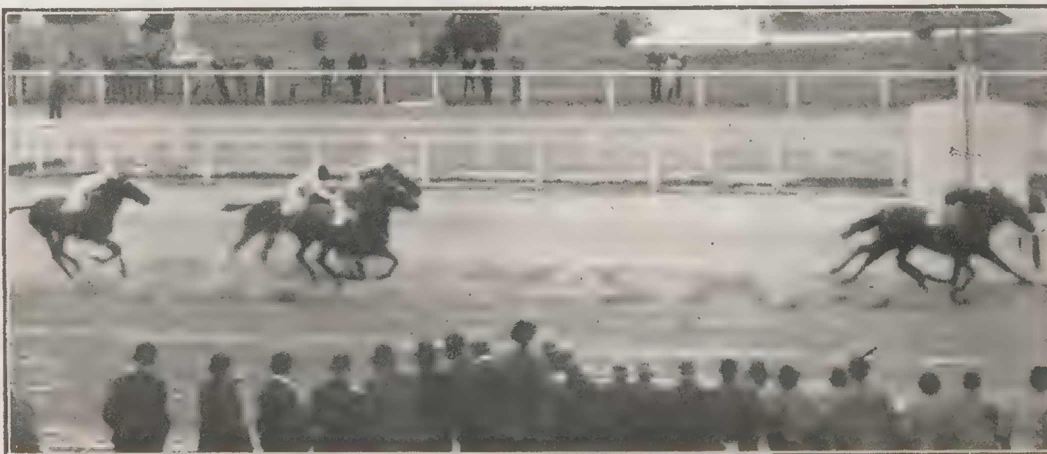


Con toda brillantez se disputó, en el Hopódromo Argentino, el Gran Premio de Honor, o sea uno de los cuatro grandes clásicos de la temporada hípica. La interesante fiesta dió motivo a que se congregaran gran número de familias en la tribuna de los socios, y una crecida concurrencia de público en las demás dependencias del aristocrático circo de carreras. Dos instantáneas obtenidas durante la reunión





"Copetín", un modesto hijo de Gontrán, al cuidado del compositor Maschio, que se adjudicó la Copa de Oro, magistralmente piloteado por Ireneo Leguisamo



La llegada de la gran carrera. — El jockey Leguisamo, as de los látigos de Palermo, en una formidable atropellada, sorprende a Emilio Ruiz, que ya tenía la prueba ganada con "Jolly Eyes", y hace que "Copetín" triunfe por media cabeza de ventaja sobre su rival

NECROLOGIA



Martín Luzuriaga (hijo)



Señorita María Josefa García



Señora Marcelina Viuda de Pérez

De Resistencia



La señorita Lilia Yolanda Pereno y el señor Héctor Elizondo, después de su enlace.

DE MENDOZA







En el Club Español realizóse el festival artístico con que la Liga Solidaria Argentina conmemoró el día de Sarmiento. — A la izquierda: señorita Ana María de la Rosa que se destacó por su brillante ejecución en el piano. — En el centro: un aspecto de la concurrencia. A la derecha: señorita Natalia Perulán, que declamó con singular arte.

SOCIALES


ENLACES. — Señorita Isabel Menteguiaga con el capitán de fragata Ceferino M. Pouchán.


Señorita María Esther Miglione recientemente desposada con el señor Juan José Canedo


Señorita Primavera María Acuña, con el señor Mario Mones Ruiz


Sta. María Angela Corvetto con el señor Leopoldo Ravenna


Señorita María Arminda Galeano cuyo enlace con el señor Oscar Bazo Munilla se efectuó últimamente


Sta. María Delia Ramírez García con el doctor Dionisio Casairas Vera


Sta. Rosalía Fernández con el Sr. Atilano Allonca


Señorita Eufemia Mercedes Denis, desposada con el señor Fortunato Pusterla


Sta. Raquel Dolores Olivá con el Sr. Manuel César Cogorno


Sta. Delia Galíndez con el señor Julio Dillón

EL UNICO REFUGIO

Por Oscar Schisgall

El anciano guardián condujo a Carlos, personalmente, hasta la puerta de la cárcel. Estaba conmovido. Dos veces trató de hablar, pero las palabras se le ahogaron en la garganta. Limitóse, pues a estrechar el brazo de su amigo, de quien iba a separarse quizá para siempre.

Carlos, por su parte, caminaba como en sueños. Le parecía imposible que después de diez y ocho años de confinamiento le hubiesen devuelto la libertad. No podía convencerse de que ya nunca más volvería a ver las paredes grises, las lejanas montañas de color lad.illo, los barrotes de hierro, y los presos y carceleros entre quienes había adquirido tantas amistades.

Cuando se abrió la puerta, el guardián estrechó su mano temblorosa.

—Esta no es ocasión de pronunciar largos discursos, Clew — dijo con voz insegura. — Excuso decirle, que comprendo y deploro más que nadie la injusticia que se ha cometido con usted. Ha sido una trágica jugarreta del destino.

Carlos apenas le escuchaba. Su dicha le parecía inconcebible. Hasta pocos días antes había esperado morir entre los muros de la celda, y ahora, de pronto, se veía libre. Libre de ir y hacer lo que quería. ¿Pero qué podía hacer y a dónde podía ir un hombre de cincuenta y ocho años que salía de la cárcel?

—El destino se complace muchas veces en jugarnos malas pasadas— agregó el guardián.

Clew se sobresaltó, se arrancó de su ensueño y tendió la mano al viejo amigo.

—Adiós — dijo.

—Adiós, y que tenga mucha suerte.

La puerta se cerró a sus espaldas. Quedó solo en la vereda con la sensación de un hombre extraviado en un bosque. Hubiera debido temblar de alegría. ¿Acaso no era libre de ir a donde se le antojase, de obedecer a sus impulsos, de burlarse del rígido reglamento de la cárcel? Con todo le pareció que la enorme puerta de hierro en vez de devolverle el pleno goce de sus derechos, le había encerrado en una jaula más grande, en una prisión mayor que la otra.

Cuando al final echó a caminar hacia la estación se sintió ébrio de espacio. Le rodeaba un círculo enorme de montañas purpúreas. ¡Cuántas veces las había contemplado desde el presidio, como se contempla de noche las estrellas innaccesibles! Como todo lo que estaba más allá de los muros de la cárcel, no habían tenido para Carlos significado alguno.

¿Pero ahora? Ahora, si quería, podía escalar sus más altas cumbres. Era libre de correr, de saltar. Todo el mundo era suyo. Se encontraba en un mágico, un increíble país de leyenda, donde le bastaba extender la mano para tomar lo que le agradase.

Clew sabía que debía estar contento. Pero la verdad sea dicha, en el fondo de su corazón no se sentía feliz.

"No creo que esté mejor aquí que en la cárcel", pensaba, palpando el billete que tenía en el bolsillo.

En pago de sus diez y ocho años de cadenas injustas, ¡el Estado le había dado cinco dólares y un pasaje para Nueva York!

Sin embargo, no estaba resentido con la ley. Lo único que le preocupaba era el problema de su futuro, y el motivo de que su hermano Rogelio se hubiese confesado autor del crimen cometido hacía más de diez y ocho años. Probablemente, al ver que se acercaba su última hora, había querido librar su conciencia de pecado, y evitar que un inocente siguiera purgando un delito que no había cometido.

Rogelio había muerto de neumonía. Carlos acababa de recobrar la libertad. Y mientras la ley, con un hondo suspiro, anotaba en sus libros un nuevo error, el destino seguía jugando malas pasadas a los hombres.

El ex presidiario se detuvo, sacó del bolsillo una arrugada hoja de papel, y leyó por centésima vez:

"Telegrafíe hora de llegada. Le esperaré en la estación. — David Clew."

—David Clew — murmuró, prosiguiendo su camino. — Ha de ser el hijo de Rogelio. Si no me equivoco, ya debe haber cumplido veintiséis años. ¡Hace diez y ocho que no lo veo! Lo dejé un niño, y ahora estará hecho todo un hombre. En cambio, mi cuñada Margarita ya no tendrá mejillas rosadas ni talle de junco.

"De modo que David me va a esperar en la estación. Supongo que el muchacho comprenderá lo mucho que me debe. Gracias a mí su padre ha podido conservar la libertad, hacer fortuna, y educarlo para que sea un hombre útil".

El silbato de un tren que se acercaba le arrancó de sus meditaciones. Apresuró el paso, pues no quería perderlo.

"Después de todo no puedo quejarme — pensó al acomodarse en el vagón. — Otros ex presidiarios no tienen a donde ir cuando salen de la cárcel. A mí, en cambio, me esperan un hogar y parientes agradecidos. Es cierto que la vida nos **juega a veces malas pasadas, pero otras nos recompensa** con creces".

* * *

Cuando descendió del tren, en Nueva York, se le acercó un joven vestido de luto.

—¿Es usted el tío Carlos? — preguntó el último.

—Sí, soy Carlos Clew.

Tío y sobrino se estrecharon la mano y se miraron confusos, sin saber qué decirse. David rompió por fin el embarazoso silencio.

—Vayamos a un restaurante donde podamos conversar tranquilamente — dijo.

—¿A un restaurante? — inquirió el anciano con asombro—. ¿Por qué no me llevas a tu casa?

La pregunta pareció confundir al joven. Se puso pálido, frunció las cejas e hizo con las manos un ademán de impaciencia.

—No es posible — repuso. Me gustaría ver a tu mamá. ¡Hemos sido siempre tan amigos!

David se ruborizó como una criatura, miró a sus espaldas como si temiera la llegada de un importuno, y tomó a Carlos de los brazos, con un gesto de desesperación resolución.

—¡No puedo permitir que la vea, tío! — murmuró—. ¡Usted no debe verla! Aquí, entre toda esta gente, me es imposible explicarle el motivo. Vayamos a un restaurante. Quiero hablar con usted. Estoy seguro de que me entenderá y aprobará mi conducta.

Aturdido, mareado, como cuando se abrieran ante él las puertas de la prisión. Carlos se dejó conducir por el joven. Era extraña la vida de hombre libre. Cada hora le traía una nueva sorpresa y un nuevo desengaño. Su mente se resistía a comprender que no quisiesen llevarle a casa de Margarita, a la casa de su hermano.

Durante el largo viaje en tren había encarado un porvenir seguro; tranquilo, confortable. Su cuñada y David, pensaba, tratarían de enmendar el terrible pecado de Rogelio; de un modo u otro le retribuirían sus diez y ocho años de encierro. Con seguridad le darían alojamiento en su casa, pues sabían perfectamente que no tenía adónde ir. Cuando joven, Margarita había sido generosa y hospitalaria, y en uno de sus arranques de bondad le diría, sin duda:

—Debes quedarte a vivir con nosotros. Dispón de mi casa como si fuera tuya. Tenemos varias habitaciones desocupadas y puedes instalarte en la que más te agrade.

A los pocos minutos de abandonar la estación, Carlos se vió sentado frente a su sobrino en el rincón más obscuro de un restaurante.

—Tío — dijo el joven. — Usted tratará de entenderme, ¿no es cierto?

—¿Entender qué?

—El motivo de que no pueda ir a nuestra casa ahora ni nunca. La muerte de papá fué para todos nosotros un golpe terrible, pero la otra cosa, la... inesperada confesión produjo sobre mamá un efecto tal que se enfermó física y moralmente. Desde aquel día terrible aún no ha abandonado el lecho. ¡Figúrese la tortura que sería para ella el tenerle a usted perpetuamente a su lado! Cada vez que le mirase se acordaría del delito de papá. Usted sería un espectro acusador, la prueba viviente de una infamia que nos ha deshonrado a todos...

David hizo una pausa, e inclinándose sobre la mesita agarró el brazo del anciano.

—Sé — agregó — que es una crueldad decirle estas cosas; pero es necesario que sea franco con usted, tío Carlos. Mamá no podría

soportar su presencia. La volvería loca. Sería como si un fantasma rondase por la casa.

—¿Yo un fantasma?

—Sí, sí; el fantasma del pasado de mi padre. ¿No lo entiende?

Carlos no contestó. No podía hablar. La dolorosa realidad le había tomado de sorpresa. ¡Margarita y David se rehusaban a admitirlo en su hogar! ¡Temían las emociones, los recuerdos que podía despertar su presencia! ¡Tenían miedo de sufrir remordimiento!

¿Pero por qué pensaban en su propia tranquilidad y se olvidaban de la suya? ¿Qué sería de él ahora? ¿Adónde iría? Aunque tenía cincuenta y ocho años, se sentía más cerca de los setenta que de los sesenta. Era un hombre débil, incapaz de orientarse en un mundo a cuyos usos ya estaba desacostumbrado.

En la cárcel no hay que luchar por la existencia. Uno no debe preocuparse de ganar dinero. Fuerzas ajenas a la propia voluntad regulan allí la vida. El espíritu de iniciativa muere como una planta falta de aire. Y cuando se abandona el presidio es difícil acostumbrarse de nuevo a la áspera lucha por el pan. Un hombre joven puede hacerlo; pero un anciano, no:

—¿Me ha entendido, tío? — insistió David.

—¿Qué? — preguntó Carlos. — ¡Ah, sí! He comprendido, pero...

—No se preocupe. Sé que le ha de faltar dinero, y aunque ahora no somos muy ricos, trataré de ayudarle de vez en cuando. Aquí tiene cincuenta dólares.

Clew tomó con manos temblorosas el billete que le tendía su sobrino.

—Lo hago por mamá — prosiguió David.—La vida ha sido con ella muy cruel, últimamente.

—Sí, David — murmuró Carlos. —A mí también me ha jugado la vida una mala pasada.

* * *

Un mes después, en una fría y lluviosa noche de noviembre, el anciano se dirigió a la casa de departamentos donde vivía su cuñada. Se sentía más miserable que nunca. El viento y la helada llovizna castigaban su cuerpo, y la desesperación atormentaba su alma. Hacía treinta días que estaba en libertad. Sí; en libertad de suicidarse, de morir de hambre o de mendigar el pan en la puerta de las iglesias. Inútilmente había buscado un empleo. ¿Qué ocupación podía conseguir un hombre de su edad y en sus condiciones de agotamiento físico? En todas partes le habían dado con las puertas en las narices. Y ahora, ante la perspectiva de tener que pasarse de noche en un banco de la plaza, se dirigía a la de David, como ya lo había hecho otras veces, para pedirle un par de dólares.

Carlos se acordó de la cárcel con nostalgia. Su celda había sido abrigada y sana, y nunca había tenido que pedir limosna o que preocuparse de que no le faltara el pan. ¿Pero de qué le valía recordar aquellos buenos tiempos? ¡Ahora era un hombre libre!

Si hubiese tenido la seguridad de que le admitirían en el presidio, se habría dirigido allí inmediatamente. Pero para conseguir su alojamiento en la cárcel había que ser un criminal, y el anciano no lo era; había que cometer un delito muy grave, y él, sin duda, no... ¡Pero qué tonterías estaba pensando! ¿No era acaso la libertad el más preciado de los dones?

Carlos había convenido con David una señal. Tocaba el timbre cuatro veces, después esperaba en el vestíbulo. La idea había partido de su sobrino.

—No quiero que mamá sepa que es usted — le había dicho.—Le haré creer que es un compañero de oficina que me trae algunos papeles y lo atenderé en el hall del piso bajo.

Esta vez David le acogió de mal modo.

—¿No le parece, tío, que es demasiado tarde para venir a molestarme? — preguntó con un gesto de fastidio—Sus timbrazos despertaron a mamá.

Clew miró a su sobrino, y bajó los ojos. Le daba vergüenza tener que pedir dinero.

—Lo lamento — murmuró.—¿Cómo está tu mamá?

—Sigue en cama. Pero ya ha mejorado mucho.

—No te hubiera molestado tan tarde si no fuera porque... no tengo ni un centavo...

—¿Otra vez? Ha elegido mal tiempo, tío. He pagado hoy al médico y apenas si me quedan un par de dólares para los gastos de la casa.

—¡Oh, siendo así!

Carlos hizo un gesto de resignación y se calló. ¿Para qué seguir hablando? Hasta entonces David nunca había protestado. Ahora, en cambio, era evidente su disgusto.

—Puedo darle un dólar — dijo el joven.

Clew comenzó a temblar, pero no de frío. Veía con claridad que su sobrino no quería darle dinero; que los cien dólares que le había entregado en el transcurso del mes habían sido una "obra piadosa" y no un anticipo a cuenta de lo mucho que le debía.

—¿Quiere un dólar? — preguntó David.

El anciano levantó la cabeza. Sus ojos ardían de indignación. Palabras terribles, latigueantes, acudieron a su boca; pero cuando quiso hablar su garganta sólo emitió sonidos inarticulados.

—No, no necesito nada — dijo con un esfuerzo.

Después abrió la puerta y salió a la calle.

Durante media hora caminó como un enajenado, bajo la lluvia y el viento. ¿Habían querido hacer con él una obra de caridad y no de justicia! Le habían infligido muchos ultrajes, pero el último colmaba la medida. ¡Ellos, que le debían su posición y su fortuna no del todo exigua — pese a lo que había dicho David—, le trataban como a un miserable pordiosero!

¿Qué hacer ahora? ¿A dónde dirigirse? Estaba cansado del mes de libertad. ¡Ojalá no hubiera confesado Rogelio su delito! ¡Qué bien se sentía en la cárcel, rodeado de sus amigos, y sin la preocupación del futuro! Allí no le faltaban nunca el lecho ni la comida.

¿Añoraría el presidio si Margarita y David lo hubiesen recibido en su casa? Ellos tenían la culpa de su desgracia. Y sobre ellos concentró Carlos su odio ciego, feroz.

De súbito, el anciano se detuvo, iluminado por una idea salvadora. ¿Por qué no cometer un crimen, un verdadero crimen, y ser condenado de nuevo? En la cárcel no sufría frío ni hambre, ni tendría por qué pedir limosna a su sobrino. No viviría más en el perpetuo temor del mañana. De antemano estaría previsto y regulado su futuro.

Carlos recordó haber visto en la calle Pelley una armería, en cuyo escaparate se exhibían rifles, revólveres, navajas y hasta cachiporras. Si tuviese en su poder alguna de esas armas — pensó,—podría cometer un delito que le abriese de nuevo las puertas del presidio.

Era la una de la madrugada cuando se detuvo ante el escaparate. El negocio estaba a obscuras, y la calle, hasta donde alcanzaba su mirada, se encontraba desierta. De un violento puntapié partió el cristal, y un momento después tenía en su bolsillo un revólver y dos balas.

Se alejó rápidamente, pegado a la pared. No quería ser detenido cerca de la armería. Por el robo de un simple revólver le correspondería arresto, y él lo que deseaba era ir a la cárcel.

A las dos se encontró de nuevo ante la casa donde vivía su cuñada. Esta vez no tocó el timbre. Había concebido una idea loca, pero estaba resuelto a llevarla a cabo.

Sabía que sus parientes vivían en el cuarto piso y que la puerta de calle no se cerraba nunca con llave. Entró, pues, en el obscuro

EL DOLOR

(Del libro "Amanecer" recientemente aparecido)

El dolor nos redime.
El dolor es un bien, es un tesoro.
Quien sufre tiene un corazón sublime,
quien sufre tiene un corazón de oro.

Por él se cantan líricas canciones,
se levantan los míseros vulgares
y se mantienen tantas religiones
en la pálida luz de los altares.

Por él cambió María Magdalena,
Tomás por él abandonó sus dudas
y si la muerte de Jesús fué buena,
buena también fué la expiación de Judas.

El alma que no sufre, es que no siente,
es más, es que no existe...
¡Quién pudiera vivir eternamente,
eternamente triste!

Schopenhauer da miedo. Nietzsche conquista.
Pero el dolor es santo;
y la mejor amada del artista,
es la musa del llanto.

Ella inspiró a Espronceda. Hizo notoria
la fama de Musset todavía joven
y condujo a la gloria
a Chopin y a Beethoven.
Ella me inquieta y a la vez me calma,
me lleva al porvenir, me nutre el alma.

El dolor es ideal. Es como un astro
que da esperanzas y esperanzas crea.
¡Bendito sea el dolor con Zoroastro
y con Buda y con Job, bendido sea!

Guillermo PERKINS HIDALGO

ANECDOTA

El ilustre Benjamín Franklin sobresalía por la perseverancia en el propósito.

Cuando estableció su imprenta en Filadelfia, transportaba los materiales por la calle en un carrito de mano. Alquiló un local que le servía de taller, oficina y dormitorio.

Como en la misma ciudad hubiese otro impresor que le hacía formidable competencia, le invitó a su taller y, señalándole un mendrugo del pedazo de pan que había tenido por toda comida, exclamó:

—A menos que sea usted más sobrio que yo, no me rendirá usted por el hambre.

"hall" y subió as elscaleras de puntillas. Cuando llegó al departamento descansó un rato y oprimió el timbre. Luego esperó, inmóvil, con el revólver en la mano. Pasaron varios minutos, que le parecieron una eternidad. Por último se oyeron voces, la de una mujer, excitada y ansiosa, y la de un hombre, fastidiada y llena de sueño.

—¿Quién es? — preguntó David.

—Tu tío Carlos.

Clew creyó percibir una doble exclamación de sorpresa. Se sonrió con satisfacción y, cuando oyó girar la llave en la cerradura, levantó el arma.

David abrió la puerta. Tenía puesta una "robe de chambre" y estaba visiblemente indignado. Quiso decir algo, pero la vista del revólver lo redujo a silencio. El anciano se encontraba por fin en casa de su cuñada y frente a frente con su sobrino. A una orden suya David levantó los brazos y se paró junto a la puerta abierta de una alcoba. Una mujer, acostada en el lecho, contemplaba la escena con horror. Había levantado la cabeza gris, y con voz estremecida gritaba:

—¡Carlos! ¡Carlos!

—Sí — repuso el ex presidiario. — soy yo, Carlos. ¡Ha llegado la hora de la expiación! Yo he dado diez y ocho años de mi vida para que ustedes pudiesen ser felices, y en recompensa me dejan morir en la calle, de hambre y de frío. Pues bien, he venido a darles su merecido, a devolverles diente por diente y ojo por ojo. ¡Aquí tienen!

Dos veces apretó el gatillo.

La doble detonación sonó en la casa como un trueno. Margarita dejó escapar un grito como si las balas hubiesen sido dirigidas a ella y no a David. De un salto bajó de la cama y se abalanzó en socorro de su hijo. Pero en el umbral se detuvo, petrificada de asombro. Sus brazos extendidos cayeron a lo largo del cuerpo. Pálida, con los ojos desorbitados, contempló la escena.

David no había caído al suelo. Estaba apoyado en la pared, tembloroso y lívido, pero indemne. Sobre su cabeza veíanse en el muro dos agujeros negros.

El anciano miró con sorpresa su mano vacilante. Le parecía imposible que hubiese errado el tiro.

—¡Mamá — gritó—, abre la ventana! ¡Llama a la policía! ¡Tío se ha vuelto loco!

Mientras Margarita pedía auxilio, Carlos se rindió sin combate a la superioridad física de su sobrino. En el fondo estaba contento. Había conseguido su objeto sin derramar sangre.

El jurado no encontró insano a Carlos; pero, en cambio, lo declaró culpable de una tentativa de asesinato con premeditación y alevosía. Fríamente, había tratado de matar a su sobrino, desarmado, y, en consecuencia, le correspondían quince años de presidio.

Es así como Clew volvió a ver a su viejo amigo, el guardián de la cárcel. Al día siguiente de dictada la sentencia fué llevado de nuevo a la prisión, su único y último refugio. En la calle, en el mundo de la libertad, soplaba un viento furioso que arrancaba lúgubres quejas a las copas de los árboles, pero en la celda no se sentía frío. La estufa despedía un calor agradable, la cama era limpia, la ropa abrigada, la comida nutritiva y abundante.

El guardián sacudió la cabeza y miró a Carlos gravemente.

—¿Ha regresado, después de todo? — preguntó—. ¡Condenado por tentativa de asesinato! Confieso que usted era el único ex presidiario a quien no esperaba volver a ver entre rejas.

Hizo una pausa. ¿Por qué afligir al pobre anciano? La vida no se había mostrado amable con él. Y su nueva desgracia era la consecuencia inevitable del error cometido diez y ocho años antes.

—Sí — dijo, — el destino se complace en jugar a los hombres malas pasadas.

—Así es — admitió Carlos, — a menos que...

Se calló de súbito. Estaba pensando en las dos balas incrustadas en el muro a pocos centímetros de David. Y en el calor, la seguridad y la plácida rutina de la vida del presidio. Allí no había que degradarse pidiendo limosna a los propios parientes, que le debían a uno la fortuna y la dicha.

—¿Qué quería usted decir? — preguntó el guardián.

—Que el destino se burla de nosotros, a menos que aprendamos a burlarnos de él.



EL TIGRE Y EL LEON

El tigre de Bengala del jardín de Palermo
De su última dolencia mejor, pero aún enfermo
Con el león vecino se puso a conversar:

—Compadre, estoy contento: me atendió campechano
Nuestro médico a quien lesioné en una mano
Al quererlo abrazar.

Y es innegable que ésta es gente comedida
Que nos da buena casa y muy buena comida
Que algunos nos envidian, pues no todos tendrán

—Es seguro que no, dijo el león, — el calambre
Del estómago sufren muchos de ellos por hambre,
Por faltarles el pan...

—¿Y le parece justo, preguntó el tigre, riendo,
Que nosotros estemos como estamos comiendo
Y ociosos, regodear...

Cuando los hombres tienen tal mal repartida
La materia azoada que se llama comida,
La misma que a nosotros no nos dejan faltar?

El león al oirle, se sintió incomodado:
Era como un burgués ahito, acostumbrado
A su vientre brutal.

Así que con fastidio le replicó: — no embrome,
Si a nosotros no sobra, si algún otro no come
¿Qué nos puede importar?

Domingo SASSO

Una ciudad de madera en el siglo III.

Desde las prehistóricas ciudades de Serib y el Punjab, hasta los históricos restos de Pataliputra, en Bihar, hay un salto de más de veinte siglos.

Megasthenes, el embajador griego que Seleuco envió a la corte de Chandragupa, describe la ciudad, de la que dice tenía la forma de un paralelogramo largo y estrecho.

Escribe que la ciudad estaba defendida por una fuerte y maciza empalizada con 64 puertas y coronada por 570 torres, protegida por ancho y profundo foso.

Construída toda ella de madera, no sólo las murallas, sino la ciudad real, debió de desaparecer hace ya mucho tiempo.

Afortunadamente, y por una gran casualidad, una parte de la empalizada a que se refiere Megasthenes fué descubierta cuando se llevaban a cabo las excavaciones por el Departamento Arqueológico inglés, hace pocos años.

Esta sección ha sido abierta por Monoranjan Ghore, llegando a ponerse a la luz una extensión de 700 pies, con lo que se ha podido estudiar mejor la citada empalizada.

De todo ello parece resultar que la fuerte muralla de madera tenía cuatro metros y medio de ancho y formada por gruesos pilotes de madera encajados en tierra, a profundidad de metro y medio, dejando entre las hileras un pequeño hueco o pasadizo interior, de manera que podía darse vuelta a la ciudad por dentro de la muralla.

La distancia entre las hileras de filotes de madera estaba cubierta en la parte superior con fuertes maderos, formando así el techo de la muralla. El piso, así como la parte exterior de la defensa estaban cubiertos de planchas de madera, muy fuertes y resistentes.

En una extremidad de la sección nuevamente puesta a la vista aparecen restos de lo que debió ser una "forana" o puerta, y en otro lugar, una obra de avenamiento, igualmente de madera.

Las tablas que forman el piso y las paredes de este trabajo, que mide 40 pies de largo, seis y medio de alto y tres y medio de ancho, se conservan en posición por el refuerzo de puntales sujetados por grandes y fuertes clavos de hierro, y las junturas de los tablones cerradas y ajustadas por bandas o tiras de hierro, de ocho centímetros de ancho.

Aunque pocos, se han encontrado algunos objetos de aquella remota época, entre otros, curiosísimas figurillas de terracota, completamente distintas a todas las encontradas hasta ahora en la India.

EL TIO CARLOS

Por Augusto Achaume

Adolfo Giraud, de oficio ladrón, recorría las habitaciones de los esposos Reverdin, cuando sintió un ruido en la cerradura que le hizo estremecerse. ¿No estarían ausentes los Reverdin, a los que Adolfo creía fuera de París? En ese caso Giraud estaba perdido. No tenía por donde escapar, y como era tan amigo de lo ajeno como enemigo de la violencia, se veía ya en poder de la justicia; pero su buena suerte le hizo oir este diálogo:

Primero, una voz de mujer:

—Hemos perdido toda la mañana y volvemos sin el tío Carlos.

Luego, una voz de hombre:

—Se nos ha escapado. Es natural. ¿A quien se le ocurre ir a buscar a la estación a un tipo que no conoce uno?

—Pues hemos examinado bien a todos los viajeros y ninguno tenía la flor que nos dijo el tío Carlos llevaría en el sombrero para que pudiéramos conocerlo.

—Extraña idea también la de la florecita. Puede que haya perdido el tren y venga esta noche.

Con el don de iniciativa que caracteriza a los ladrones de raza, Giraud cogió una rosa de un florero que vió sobre la chimenea, la sujetó en la cinta del sombrero y abriendo la puerta de la sala gritó jovialmente:

—¡Queridos sobrinos! ¡Ya estáis aquí!

Los Reverdin retrocedieron asustados; pero al ver aquel rostro sonriente y aquella flor en el sombrero del desconocido, se tranquilizaron.

—¡El tío Carlos! ¡Es el tío Carlos!

—¿Y ha venido usted en el tren?

—¿Cómo ha llegado antes que nosotros?

—Muy sencillo — dijo Giraud.— Al salir de la estación, como nadie me dirigió al palabra, tomé un taxi y dije al chauffeur que me trajese aquí.

—¿Y para entrar? — preguntó Reverdin un poco receloso.

—Por una casualidad me encontré de que mi llave abría vuestra cerradura y me tomé la libertad de entrar. Perdóname, sobrino; pero yo creí que un pariente...

—Ha hecho usted bien, tío Carlos.

—Lo principal es que ya está usted aquí. ¿Y su equipaje?

—¿Mi equi....? Lo he dejado en la consigna.

—Siéntese usted, tío — añadió la señora de Reverdin. — Vamos a almorzar en seguida. Estará usted muerto de hambre después de un viaje tan largo.

—¿De dónde vendré yo? — se preguntó Giraud.

Sentía grandes deseos de marcharse. Podía pretextar un asunto urgente, pero la perspectiva de un buen almuerzo le decidió a quedarse.

—Veremos en qué para todo esto.

Aprovechando que tenía la boca llena, sólo respondía con monosílabos y movimientos de cabeza a las preguntas de los Reverdin.

—¿Todos bien en la granja?

—Sí..., sí.

—¿Y la tía Fanny? ¿Y Margarita?

—Bien.

—¿Y Deseado?

—Mejor. Ha tenido sarampión.

—¿A los setenta años?

—Eso se pesca en todas las edades.

—¿Y la Roussotte?

—Ha tenido un ternero.

—¿Mi prima? — exclamó la señora de Reverdin.

—No, mujer — dijo vivamente Giraud, riendo para ocultar su turbación. — La prima está bien. Es que los vecinos tienen una vaca que la llaman también la Roussotte.

—Bueno, tío. ¿Y qué viene usted a hacer a París?

Giraud, ladrón psicólogo, comprendió que los Reverdin no habían ido a la estación, ni había preparado aquel opíparo almuerzo sino con un fin interesado. Y con aire de misterio dijo:

—No puedo deciros nada todavía, sobrinos. Un poco de paciencia. Sabed únicamente que este viaje lo he hecho por vosotros, como todo lo que hago.

Y añadió con una sonrisa llena de promesas:

—En fin, algún día lo sabréis y creo que quedaréis contentos.

Las caras de los Reverdin resplandecieron.

—¡Es usted muy bueno, tío Carlos! Otro poco de perdiz.

—¿Y de salud, cómo está usted?

—Algo preocupado me tiene, sobrinos. Voy perdiendo la memoria de un modo que me inquieta. Hay momentos en que hasta se me olvida mi nombre. Creo que no duraré mucho.

Los ojos de los Reverdin brillaron.

—Aprensiones de usted, tío. Un poco de curacao para desechar las ideas negras.

Terminado el almuerzo Giraud fingió que le entraba sueño, y los Reverdin le invitaron a que durmiese un rato en la alcoba que le habían destinado. Aceptó y los Reverdin salieron a hacer algunas compras.

Cuando regresaron, el tío Carlos había desaparecido y con él las alhajas de la señora de Reverdin y algunos billetes de Banco que el matrimonio tenía ahorrados.

La señora de Reverdin se dejó caer en un sillón y prorrumpió en amargo llanto.

—¡Hemos sido unos idiotas! — gritaba entre tanto el marido. — No había más que mirarle la cara para comprender que era un granuja. ¡Cómo nos ha engañado! Pero esto nos servirá de lección. Es la primera vez que me engañan, pero yo te juro que será la última.

En aquel momento llamaron a la puerta. Reverdin la abrió bruscamente y se encontró en presencia de un viejecito, con un ramo de lilas en el sombrero, que le abría los brazos, diciendo:

—¿Qué cara de espantado es esa? ¡Soy el tío Carlos!

Gato escaldado del agua fría huye.

—¿Tú también? — rugió Reverdin. — ¿Con que el tío Carlos? ¡Pues toma, para que aprendas!

Y le hizo rodar a puntapies por la escalera.

Así perdieron los esposos Reverdín, además de sus alhajas y sus ahorros, la herencia del verdadero tío Carlos.

COMO UNA GOTA DE AGUA

Para "FRAY MOCHO"

Como una gota de agua
caía mi pensamiento;
caía muy lenta, sobre
la lejanía de un sueño.

Era una gota sonora,
con armonías de verso;
cuando chocaba en tu nombre
se hacía dulce el recuerdo.

Y yo te volvía a ver
como en los años primeros:
ruborosas las mejillas,
los labios con sed de besos.

Ahora, vulgares, vamos
marchando por el sendero,
sin emociones, lo mismo
que una sombra y un silencio.

Pues todo en el mundo acaba.
El frío sucede al fuego.
Muere el árbol, y nosotros
somos dos árboles muertos.

¡Cómo lloraba la tarde
cuando moría mi sueño!

Salvador MERLINO

LAS POSIBILIDADES

La vida es un arca inmensa llena de posibilidades. Es más bien como un enorme río lleno de posibilidades.

No es aventurado esperarlo todo. No le cuesta más trabajo a esa corriente formidable, en que están las causas y los efectos, llenar una anfora grande que una ánfora pequeña.

La aventura más extraordinaria puede, lo mismo que la más insignificante, venir en esas crespas olas que brotan de la fuente misteriosa del Ser y a ella vuelven fecundando el infinito universo.

Revela, por tanto, gran desconocimiento de la magnitud de la vida y gran mezquindad de espíritu, la desconfianza de que llegue una cosa, simplemente porque es muy bella. La cantidad de cosas bellas que diariamente se otorgan al mundo y en las cuales el mundo suele no fijar la atención, distraído y atormentado por ansiedades vanas y egoísmos tristes, es incontable, es formidable, es pasmosa.

"Las cosas, dice un pensador, nos parecen imposibles hasta el día en que se realizan".

No creas, pues, jamás, que la excelencia de un bien es condición negativa para su advenimiento.

Abre con tu confianza todas las capacidades de tu espíritu, ante la posibilidad de recibirlo. No sea que, cerradas por las llaves de tu escepticismo tus puertas interiores, cuando llegue la felicidad suma que te tocaba en suerte, no pueda entrar... y se aleje para siempre.

Amado NERVO

La vida de los grandes negocios

Cómo llegó a ser J. Ogden Armour uno de los hombres más rico del mundo. Y cómo se arruinó con la baja de la post-guerra que le costó un millón diario durante más de cuatro meses.

Un hombre bajo y recio de cuerpo, con chaqué y sombrero alto, se quedó mirando un montón de puercos muertos que había en la parte de fuera del matadero de Armour y Compañía, de Chicago, y empezó a maldecir.

Los puercos evidentemente habían pasado el invierno en el patio cubiertos de nieve y hielo; pero ya era primavera — la primavera de 1870—, y la nieve y el hielo habían empezado a derretirse.

—¡Fuego del infierno! — gritó el hombrecillo—. ¿Es ésta la idea que tenéis de la refrigeración? Habrá que compraros lagos y sacar de ellos el hielo y haceros fábricas de hielo después.

—Sí, Mr. Armour —dijo el hombre que se había aventurado a ponérsele delante.

Y vinieron no sólo las fábricas de hielo, sino las cámaras frigoríficas y los vagones refrigeradores. Armour y Compañía prosperó. Se hinchó como la rana que quiso ser de grande como un buey. Hizo expresión. Pero esto fué mucho después que el viejo P. D. Armour hubiera dejado de tirarse de las patillas y echar sapos y culebras por la boca.

P. D. Armour dedicó su vida a montar este negocio. Su hijo Jonathan Ogden Armour se esforzó por aumentar el capital. Los nietos de P. D. Armour, Felipe Armour y Léster Armour, trabajan actualmente para hacer del negocio la más grande empresa del mundo.

P. D. Armour empezó el negocio como una rama de su casa de Milwaukee, y lo dejó en 1921, en que representaba un valor aproximado de 182 millones de dólares. J. Ogden Armour lo siguió hasta 1919, y cuando elevaba el negocio al valor de un millón de dólares todo se vino abajo. Los bancos se apoderaron de él y tomaron su dirección durante cinco años, unido a la firma de Morris y Compañía. Por fin lo liquidaron.

J. Ogden Armour, quebrado, despojado de su fuerza, desterrado de Londres, murió el 16 de agosto de 1927 en el Carlton Hotel. Cuando semanas después de su muerte su testamento se abrió en Chicago se vió que alcanzaba a un millón de dólares aproximadamente; pero tantos embargos pesaban y tantos puntos obscuros había, que los albaceas vieron desde luego que en realidad el testamento representaba déficit.

Armour había perdido 210 millones de dólares en cinco años. Su madre, Mrs. Malvina Armour, muerta poco antes que él, le había dejado 800.000 dólares. Pero él no supo siquiera que su madre había muerto.

Se ha dicho que los banqueros que se encargaron del negocio otorgaron a J. Ogden Armour una pensión anual. Pero muchos testimonios, lejos de confirmar esto, lo niegan. Sin duda él se había preocupado años hacía de su mujer y de su hija única, Lolita. Pero él estaba en quiebra y debía diez y ocho millones de dólares. Había perdido la dirección de la Compañía, su calidad de miembro de la Cámara de Comercio de Chicago, su dinero, su orgullo y su salud. El negocio que su padre le dejara había salido a subasta pública.

Armour y Compañía empezó en 1867 como una rama de la firma Plankington y Armour, a cargo de uno de los hermanos de P. D. Hasta el año 1870, en que P. D. llegó a Chicago y vió la pila de puercos en el patio, no empezaron a progresar las cosas.

Pocas personas había en Chicago que no sintieran debilidad por P. D., y hasta los que le odiaban le admiraban.

Aquel buen viejo, todas las mañanas, cuando a las siete entraba en su despacho, ponía en su cajón buen montón de dólares para "gorrones", obreros holgazanes y amigos pobres. Cuando se levantaba jamás había en el pupitre un dólar. Siempre andaba llamando a alguno y diciéndole, por ejemplo:

—Juan. Vas hecho una lástima. Ve a comprarte un traje nuevo, y que me pasen la cuenta a mí.

Individuo había que no sacaba ya un traje, sino abrigo, camisas, zapatos y una corbata o dos, y luego le mandaba la cuenta. Armour la pagaba, y solía observar:

—He matado muchos cerdos en mi vida; pero ésta es la primera vez que visto a uno.

Siempre estaba en el negocio, hasta cuando comía. Almorzaba un día con Arthur Meeker en una taberna de las afueras de Londres, y comía unas chuletas de carnero.

—¡Fuego del infierno! — dijo el viejo—. Este carnero es mejor que el que como yo en casa. ¿Cómo es posible?

Meeker le explicó que los pastos en Inglaterra eran más ricos que en América. A lo que replicó Armour:

—Puede, puede que sea esa la explicación. Pero, en fin, el caso es que yo no puedo comerme todo esto y no quiero desperdiciarlo.

Y diciéndolo envolvió el sobrante en el pañuelo y se lo llevó a sus magníficas habitaciones de Londres para mascarlo, saborearlo y estudiarlo a su placer.

J. Ogden Armour era hombre taciturno y de caídos bigotes. También él, de vez en cuando, llamaba a algún empleado y le decía que iba mal vestido y se comprase un traje a su costa. Un día vió a uno de sus hijos conduciendo un desastroso automóvil. Al día siguiente, el cajero llamó al joven y le preguntó:

—¿Qué automóvil llevaba usted?

—Un "Cadillac" viejo.

—Bien. Míster Armour dice que va usted hecho una lástima y que se compre otro a cargo suyo.

—J. Ogden, igual que su padre, no olvidó nunca el negocio. El viejo estaba hablando con uno tan alegremente de cualquier cosa, y le preguntaba de pronto:

—¿A qué no sabe usted cuántos cerdos hemos matado hoy?

—J. Ogden se encontraba a cualquiera; convenía en que el tiempo era bueno si se lo decían, y hasta es posible que preguntara por los hijos, los negocios y la salud del interlocutor. Pero durante todo el tiempo se escarbaba con los dedos los bolsillos, y a lo mejor sacaba una docena de barras de jabón de un bolsillo y un ciento de cubitos de extractos concentrados de carne de otros, y espetaba al amigo:

—¿Ha probado usted de esto? Lléveselo y que su mujer lo eche en agua hirviendo. En la vida ha-

EL BOYERO Y SUS BUEYES

Por un camino estrecho y tortuoso
un boyero guiaba su carreta,
maltratando a los bueyes con la puya
a fin de que anduviesen más de priesa.
Unas veces pinchaba despiadado
y con saña de fiera
a los cansados bueyes, que llevaban
a la vecina aldea
quintales y quintales de ladrillo
y de pesada piedra.
Otras, las más, soltábales varazos
que adornaba con votos y blasfemias...
Angustiosa fatiga les ahogaba,
sangre vertían sus hinchadas venas,
blanca espuma su hocico,
y con ojos de espanto y de tristeza
parecían decir al carretero:
—No así nos martirices; ten en cuenta
que no podemos más porque la carga
es superior, con mucho, a nuestras fuerzas.
Un caminante díjole al boyero:
—¿A qué tanta soberbia
con unos animales que en su vida
te infirieron ofensa;
antes bien te ayudaron
en tus duras faenas?
—¿Qué ha de ser? Que estos bueyes no me sirven;
su lento caminar me desespera...;
que son flojos, señor, y que no hay carga,
por pequeña que sea,
que puedan resistir, aunque mi vara
en sus costillas cruja con violencia.
—La culpa tienes tú: ¿Por qué has comprado
esos animalejos? Mejor fuera
que adquirieses hoy mismo
en la inmediata dehesa
dos toros destinados a la lidia,
de sangre ardiente, de cerril fiereza,
capaces por sus bríos
de llevar en volandas la carreta.
—Señor, ¿qué es lo que dice?
¿Se burla usted de mí? ¿No considera
que pudieran toparme y me expondría
a dejar en sus astas mi existencia?
Estos bueyes compré porque son mansos;
aunque los mate a golpes, no se quejan;
aguantan resignados el castigo,
y voy sin miedo de que me arremetan.
¡Qué valientes que somos
con los débiles seres de la tierra!...
En cambio, qué cobardes
con aquéllos que ostentan
capital o poder, dos soberanos
ante quienes bajamos la cabeza!

¡Mundo desventurado, infame o loco!...
¿Infame dije?... ¡Me parece poco!...

Tomás LUCEÑO

brá probado nada mejor. Acaban de descubrirlo nuestros químicos.

El viejo amó los negocios. El hijo era esclavo de ellos. Trabajaba al día diez y siete horas o más, y cuando por fin le persuadían de que se tomase un descanso se iba a California; pero poniendo durante todo el camino larguísimos telegramas. Y a los dos días, de regreso. Se le pudo convencer a veces para que emprendiera una excursión; pero no se consiguió nunca que le durara más de seis días.

El viejo Armour pensaba que, muerto él, sería su hijo menor, Felipe, el que siguiera adelante con el negocio; pero, a su muerte, fué J. Ogden quien corrió con todo. Cuando tenía treinta y ocho años se casó con Lolita Sheldon, de Suffield (Connecticut). Habiendo pasado todos los años de su vida trabajando duramente, llegó a aborrecer el trabajo y a concebir la idea de liquidarlo todo y quedarse libre.

Pero al llegar el rumor a Packingtown produjo consternación; y él siguió y extendió los negocios y añadió explotación de miles de subproductos, y abrió sucursales en todo el mundo, y ganó cada hora sumas fabulosas de dinero.

En un artículo editorial del *New York World* se decía:

"Era bárbaro y despegado. Constituía sus combinaciones, sus negocios y sus "truts" con el más absoluto desprecio por las autoridades del distrito. Desató la guerra en Chicago sin pedir ni dar cuartel. Era seco y hasta, si se quiere, siniestro. Y con todas sus faltas, rodeábale una cierta índole de orgullo... Cuando Roosevelt empezó a molestarse, él denunció a Roosevelt en una agresiva interviú y expuso con terrible franqueza los motivos que se ocultaban contra aquel idealismo contrario a los "truts".

Muchos de sus socios decían, por el contrario, que era un hombre bueno y amable. Que dió millones para la caridad. Que dió tres millones de dólares para el Instituto Armour, fundado por su padre para dar educación a los niños pobres. En una ocasión llegó a decir a un banquero de Chicago que diese a su cargo 500 dólares a cualquiera que los pidiese, y fuera para lo que fuere. Evitó muchas quiebras, aunque produjo algunas más.

Upton Sinclair, en *The Jungle*, le atacó, así como a los otros conserveros de Chicago, a quienes pintó arrollando y pegando a sus obreros y sometiéndolos por el hambre. Afirmó que los trabajadores eran víctimas de accidentes directamente atribuíbles al criminal abandono de los conserveros; que empleaban ganado enfermo y químicamente arreglaban carnes podridas de modo que tuviesen el aspecto y olor de frescas. Incluso parecía probado que tenían agentes por todo el país en busca del ganado viejo. y enfermo. Resultado de todo aquello eran aquellas conservas, que habían matado muchos más soldados yanquis que las balas de los españoles.

The Jungle fué el que indujo a Roosevelt a perseguir a Armour y a Morris y a Swift y a los demás llamados *príncipes del puerco*.

El general Nelson A. Miles, después de la guerra con España, hizo que se abriera procedimientos, y se descubrió que la carne vendida al Ejército no estaba en buenas condiciones. Roosevelt dictó un proyecto encaminado a la inspección completa en las instalaciones. Los conserveros se opusieron furiosamente, y el mal olor de la controversia creció tanto que llegó a enfermar a Europa. Fué casi imposible vender al Extranjero carne americana.

Por fin los conserveros fueron llevados a los tribunales. No ejercieron el derecho de defensa; pero el Jurado les absolvió.

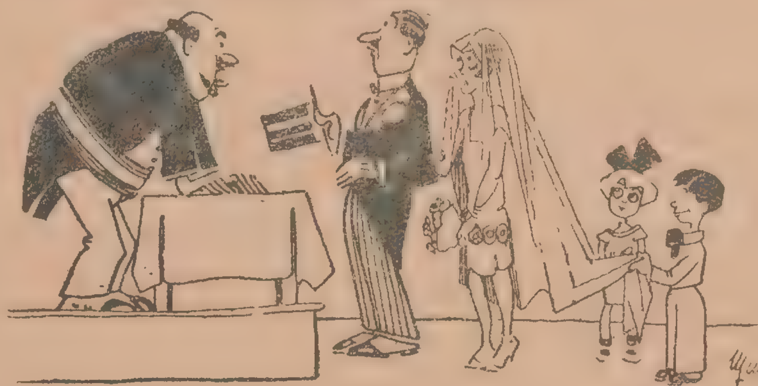
Cuando empezó la guerra mundial era uno de los hombres más ricos del mundo, y él pensó que la guerra doblaría o triplicaría sus riquezas. La guerra civil había sido el origen de la fortuna de su padre.

Pero la guerra, que había hecho progresar al padre, fué el desastre para el hijo.

Durante años el dinero entró a vagones. Alemanes y aliados necesitaban carnes, grasas, grano, y Armour y Compañía, los tenían. Pero se presentó la glosopeda, con otras enfermedades, y el ganado murió por miles de cabezas. Barcos cargados de grano y de carne fueron hundidos por los alemanes o apresados por los ingleses. Subieron los precios. El puerco, que antes costaba a ocho dólares y medio en 1914, llegó a costar a cerca de diez y seis dólares cuando América entró en la guerra. El maíz subió a 2,26 dólares la fanega, precio fijado por el gobierno.

Entró el pánico en Chicago; pero Armour tuvo el valor de salirle al paso. Subía el grano, subía la carne de todas clases, los salarios se elevaban hasta lo inconcebible, los fletes subían incesantemente también. Armour y Compañía compró, compró, compró en aquella situación del mercado.

EL VIUDO VUELVE A CASARSE



—¿Cómo? ¿Aquí otra vez?... ¡Decididamente usted es un incorregible!

Fué una lucha áspera, turbulenta, sin descanso. Quizá los únicos momentos de paz que tuvo J. Ogden Armour fueron los que pasó en su quinta "Mellody", cerca del lago Forest, a unas treinta millas de Chicago. Allí tenía a su hija única, que había nacido coja, y por asistir a la cual había pagado 150.000 dólares al doctor Adolfo Lorenz, de Viena.

Por entonces fué cuando, para producir la carne más económicamente, hizo con los productos de desecho de los animales abonos, jabones, cuerdas para violín, cepillos, manteca, óleo margarina, medicamentos (sobre todo, de la glándula tiroides) y otras cosa.

De repente llegó el armisticio y el gobierno dejó en suspenso sus contratas. Armour, que tenía fabulosas existencias, siguió comprando aún. Suponía que, acabada la guerra "habría que alimentar a la hambrienta Europa".

Pero el ganado, mantenido con pastos, de la Argentina, podía venderse mucho más barato que el ganado norteamericano, mantenido con pienso. En 1919 Armour y Compañía hizo un negocio por un billón de dólares. En 1920 las ventas importaron 900 millones de dólares. En 1921, 600 millones de dólares.

Reses compradas a cerca de veintidós dólares no podían venderse en 15. Puerco que había costado cerca de veinticuatro dolares en vivo no podía venderse a 14 después de los gastos de matanza, preparación y envase. Las pieles, que se habían vendido a 50 centimos la libra, se ofrecían a 10 y no hallaban compradores. Armour estuvo perdiendo por espacio de 130 días un millón de dólares diarios.

J. Ogden hubiera podido resistir si hubiera podido llevar todos sus intereses a Armour y Compañía; pero no fue posible. En la Chicago, Milwaukee y Saint Paul perdió de diez a diez y ocho millones de dólares. La Kansas City Traction quebró con un pasivo de cinco millones más. La Armour Lesther Company se hundió con cinco millones más. La Sutter Basin, emisora de siete millones y medio en bonos de J. Ogden, quiso garantizar; le costó 65 millones de dólares. La Illinois Tunnel Company había acabado tiempo hacía.

La baja de 1921 había alcanzado a los agricultores también, hasta el punto de que el valor total de la cosecha apenas llegó a la mitad del que había tenido en 1920. Los almacenes de Armour estaban llenos de grano.

Se vió obligado a asociarse con Morris y Compañía. Poniendo las dos explotaciones bajo la misma dirección podrían hacerse economías.

Armour y Compañía, de Delaware, se incorporó y a ella pasaron algunos de los asuntos de la casa de Chicago. La nueva corporación vendió "stocks" inmensos, y en 1923 la Armour y Compañía dejó de existir.

Se enterró a Armour en la iglesia presbiteriana de Chicago, que estaba abarrotada. Armour había alcanzado entre los trabajadores gran popularidad, permitiendo que por medio de delegaciones estuvieran representados en la dirección del negocio. Ellos mismos rebajaron voluntariamente el 25 por 100 de sus jornales al enterarse de las pérdidas a que la empresa estaba haciendo frente. Querían a J. Ogden Armour, y muchos de ellos en la iglesia lloraron amargamente.

AMISTAD AMOROSA

Comenzaron siendo amigos. El le hablaba respetuoso y cortés, sin permitirse otras galanterías que aquellas que exige naturalmente el trato social.

Le contaba su vida. Ella supo de sus conquistas y de sus desencantos y le consolaba siempre con palabras afectuosas y dulces. Insensiblemente, él comenzó a reparar en los bellos ojos de su amiga.

Un día observó que su boca tenía un contorno exquisito...

Se fué alejando del trato de las otras mujeres. Al lado de ella, sentía un gran bienestar físico y buscaba su compañía a todas horas.

La amiga se sentía atraída como una mariposa hacia la luz, pero habían hablado tantas veces de la amistad, que ninguno de los dos sospechaba la transformación que iban sufriendo sus almas...

¿Por qué un hombre y una mujer no habían de ser amigos? Se decían convencidos de que tal cosa pudiera ser posible...

Bastó que ella le enseñara una tarde, una carta de amor recibida la víspera. Entonces conoció el tormento de los celos y se desató en improperios contra su probable rival.

—Es un imbécil — comentó furioso...

Ella sonrió maliciosa. Había penetrado el secreto de su amigo. Ahora sabía por experiencia, que entre un hombre y una mujer jóvenes, el amor suele adoptar el disfraz mentiroso de la amistad...

Rosario SANSORES

La defensa del asno

Por F. de Casas Gancedo

Cuando la Humanidad era joven, el hombre llevó a sus cuadras el asno salvaje para utilizarlo en su beneficio, y desde entonces el buen animal vive bajo su protección aguantando paciente sus malos tratos e injustos castigos.

Al poco tiempo de haber hecho del burro su esclavo, pagó sus servicios con risas, su mansedumbre con burlas y su bondad con abusos y desprecios, atrayendo sobre él toda clase de prejuicios y llegando por fin a hacer de su nombre un insulto. Y esto no es de ahora. La Historia nos dice que fué en todas épocas y lugares. Los babilonios cosían a los reyes vencidos dentro de pieles de asno; los egipcios simbolizaban a las personas ignorantes con la cabeza y orejas de un burro; los griegos tenían una colección de frases deprimentes e insultantes para estos animales vivos o muertos; los romanos consideraban día aciago aquel en que al salir de casa encontraban un asno en su camino.

Ni el advenimiento del Cristianismo con su gran tolerancia pudo contener ni aplazar los malos tratos de que era objeto el "asinus domesticus". Olvidándose del papel que el buen animal desempeñó el domingo de Ramos, al entrar el Salvador en Jerusalén, acto por el cual el burro adquirió el privilegio de llevar la cruz señalada en su piel, la Iglesia adoptó al asno como símbolo del incrédulo Santo Tomás; sus arquitectos colocaron cabezas de jumento en las gárgolas de sus templos y sus pedagogos introdujeron la costumbre de tocar con orejas de asno (y aún sigue esta costumbre) a los discículos torpes y poco estudiosos.

Los matemáticos llamaron al postulado de Euclides el "pons asinorum", y el mismo título se da en latín a la declinación del "quid que quod" y en diferentes materias a lo que presenta alguna dificultad en su estudio o aprendizaje.

El pobre asno ha sido injustamente tratado, y sigue siéndolo aún

El burro común o doméstico es un animal muy sobrio, trabajador, sumamente resistente a la fatiga; no se impacienta ni irrita, y es imposible imaginar un ser más excelente que él. A pesar de su pequeñez, galopa llevando encima un hombre corpulento; su paso de andadura es muy cómodo, y resiste horas enteras de carrera sin que hagan mella en él ni el frío ni el calor.

Y, sin embargo, la balanza de la justicia ha sido injusta para el asno.

Si Balaán hubiese hecho caso de las palabras de su burra, cuando, después de detenerse por no querer continuar su camino, recibió fuertes golpes de su jinete, y le dijo: "¿Adónde vas, Balaán? ¿Vas a combatir a tu Dios y maldecir a tus hermanos?", si entonces le hubiese hecho caso, no hubiese sufrido la derrota que le infirió Josué.

La deuda que la Humanidad ha contraído con el asno es grande, porque si Atlas soporta el mundo en sus espaldas, el burro durante muchísimos siglos ha llevado encima una buena porción de Asia, Africa y Europa.

En proporción a su tamaño, este animal, de triste mirada, hocico de terciopelo, largas orejas, patas de caballo y cola de león, es el mejor servidor del hombre, al que ningún otro animal puede igualar.

A través de los desiertos de Arabia, el camello le sirve de guía; en Egipto lleva a los turistas en su lomo a ver las tumbas de los faraones; en los bazares de la India trota delante de los enjaezados elefantes; en las Montañas Rocosas carga con el equipo del buscador de oro; en España, guía y anima a las mulas de los carromatos, y en todas partes lleva paciente y sufrido toda clase de pesadas cargas. No hay acémila que más fácilmente se maneje ni cueste menos el sostenerla.

La familiaridad no puede explicar nuestro desprecio hacia el asno, que en la Historia repetidas veces ha aparecido llevando en su lomo a los más altos personajes.

¿Quién duda que en la aurora del pueblo judío iba Abraham montado en un asno cuando salió de Ur, su país natal? En Asia, las mujeres podían ir envueltas en tapices en lo alto de las jibas de los dromedarios; los viejos y los enfermos, con los enseres de las casas, acomodados en carros; los guerreros irían a caballo o a pie pero el jefe de la familia o de la tribu iría, como hoy, montado en su asno.

Recordemos que cuando Abraham ofrece a su hijo en sacrificio, no solo lleva su burro con él, sino que lo llena de cuidados, y, como dice la Escritura: "Abraham se levantó temprano por la mañana, albardó su jumento, y cuando se vió cerca del lugar del sacrificio, dijo a su hijo Isaac: Detente aquí con el asno".

Igualmente al hablar de sus riquezas, y cuando el viaje a Egipto, dice claramente: "Tenían burros y burras, criados y criadas y carneros, bueyes y camellos". Solamente el hablar de los asnos y de los hombres hace la distinción de sexos, nombrando en primer lugar a los burros.

¿Y qué diremos del asno en las tiernas páginas de la huída a Egipto? ¿Ha habido algún animal al que haya sido confiada tan divina carga?

Parece mentira que el hombre pague tan mal los servicios de este animal.

En las "Mil y una noches" el paciente pollino aparece a cada momento; en la literatura sobre los viajes por Asia lo encontramos constantemente en la ciudad, en el campo y en el desierto. En todas las descripciones de la Europa meridional es una importante figura de sus escenas. Desde Constantinopla hasta Lisboa se le ve por las calles, empinadas, por las calzadas, por los peores caminos, sin tropezar una vez, sin caer, cargado de frutas, de leña, de paja de botijos y flores, de toda clase de mencancías.

¿Y qué no podríamos decir del buen rucio, inseparable amigo de Sancho Panza?

El asno desempeña importantísimo papel en la historia de Africa. Conquistadores y exploradores no han encontrado mayor ayuda, mejor servidor.

Cuando el feroz Okba puso el Norte de Africa bajo el yugo de los califas y reprochó a Alá el que hubiese puesto ante él el mar que le impedía seguir adelante, fué desmontado de su asno y asesinado en el oasis del Sahara, que lleva su nombre.

El famoso explorador Livingstone, en su exploración por el Africa desconocida, no tuvo mejor cabalgadura que un asno, y al encontrarse en los pantanos y tierras cenagosas de Bangweulu, debilitado por la disentería, abrasado por la fiebre y ya sin resistencia para más sufrir, pidió a los que le acompañaban que le bajasen del jumento en que iba. Al ponerle de rodillas en tierra, oró unos momentos y a poco murió.

También Stanley, el explorador que fué a buscar al anterior, empleó los asnos en sus viajes, y él cabalgaba en uno al que llamaban Abu-Sheikan o padre del pecado.

Siempre se ha tratado mal al asno y siempre injustamente y en todo el mundo las palabras burro, asno, jumento y pollino han servido para designar al torpe o ignorante.

El asno primitivo ha degenerado, y de ello tiene la culpa el hombre por los malos tratos que le ha dado.

Un escritor alemán dice a propósito de esto que el asno doméstico ha degenerado de tal modo, que ya en nada se parece a sus antecesores. Es más pequeño: su pelo ha perdido el lustre que antes tenía, y sus orejas son mayores y más blandas. El valor se ha convertido en terquedad; la ligereza en lentitud, la vivacidad en pereza, la prudencia en estupidez, el amor a la libertad en paciencia y el brío en resignación a los golpes.

Un tanto exageradas nos parecen estas afirmaciones, pues en realidad la terquedad, la lentitud, la pereza y la estupidez del asno son más un prejuicio que una realidad.

No estará de más que el hombre se ocupase en mejorar la raza asnal, ya que tanto ha hecho por degenerarla.

PRIMAVERA DE VERSOS

Sueño

He soñado
que en mis brazos con mis besos te adormía.
Era un bosque perfumado...
Se escuchaba de las aguas el murmullo;
tú eras mía,
yo era tuyo!
Toda trémula y miedosa,
no te he visto más hermosa
que esa tarde, sobre el musgo recostada...
¡Breves horas de embelesos!
¡cuánto fuego en tu mirada,
en tus manos y en tus besos!
He soñado
que en el bosque, sobre el musgo perfumado,
toda trémula de goce, la pasión tu seno henchía...
que me hablabas con la plácida dulzura del orgullo,
que eras mía,
que era tuyo!

A. MAURET CAAMAÑO

La "celda" de Bécquer

El monasterio de Veruela.

Difícilmente pudo hallar Gustavo Adolfo Bécquer refugio más apropiado para su sentimentalismo que el abandonado y silencioso monasterio de Veruela. En él buscaba el poeta un asilo para su alma, y a él iba cada vez que necesitaba tonificar su cuerpo y vigorizar su espíritu. Allí pasaba largas temporadas, en unión de su hermano, y aunque eran pocos los atractivos que poseía el desolado monasterio era allí donde pasaban la mayor parte del año los desventurados hermanos.

De lo que era el monasterio de Veruela da idea lo que en 1844 decía D. José María Quadrado, compañero en el periodismo del ilustre Balmes:

"Diríase que, a veces, lamentables gemidos se exhalan de las tumbas del monasterio; que las serpientes y endriagos de los capiteles del claustro se animan por intervalos, formando un concierto infernal de aullidos, silbidos y lloros como de infante; pero no son aquéllos sino caprichos y modulaciones del viento en los corredores solitarios.

Sin embargo, si tienen voz los monumentos, si en medio de la insensibilidad del hombre resta algo en la Naturaleza, oiréis allí la voz de la desolación, que llora sobre Veruela".

A escuchar esta quejumbrosa voz, que rimaba con la de sus cuitas íntimas, iba Gustavo Adolfo Bécquer al monasterio elevado sobre el caserío a que debe su nombre, mísero lugar de unos doscientos vecinos que se halla a la izquierda del río Huelma, y muy cerca del Moncayo.

El caserío pertenece a la provincia de Zaragoza y a la diócesis de Tarazona, y fundaron el monasterio, a mediados del siglo XII, don Pedro de Atarés y su madre, doña Teresa de Cajal.

Era D. Pedro señor de Borja, y como deudo muy próximo de la casa y familia real de Aragón, y descendiente del Rey D. Ramiro I, había pretendido la corona después de Alfonso I el Batallador.

Comenzó a edificarse el monasterio en 1146; pero, a pesar de los esfuerzos que hizo el fundador para concluir las obras, murió sin ver realizado completamente su pensamiento.

Hasta 1776 no se establecieron en él las monjas que lo habitaron, y eran oriundas de Francia y pertenecientes a la Orden cisterciense. Los sepulcros del fundador y su madre se colocaron en el monasterio en 1153, recibiendo sepultura en él los duques de Villahermosa, el infante D. Alonso, primogénito de Jaime el Conquistador; D. Lope de Luna, padre político del Rey D. Martín; los abades del monasterio y otros personajes.

En nuestros días casi, se estableció en Veruela un colegio de la Compañía de Jesús.

Allí, como otro monje en la soledad del santuario, realizó Gustavo Adolfo lo más noble, inspirado y hondo de su obra artística. Discurriendo por sus inmediaciones, se perdía, meditando, por los caminos poco frecuentados, por las veredas ocultas entre la hierba, para ir a dar con sus pensamientos al cementerio del lugar o a los castillos de las cercanías, trágicos e imponentes, como el de Trasmoy.

Viviendo en plena Naturaleza y en absoluto dominio de sí mismo, se hallaba también lejos de los hombres. Su hambre de campo, nunca satisfecha, allí podía saciarse. Y él aprovechaba la ocasión de su enfermedad, de la terrible enfermedad, que lo alejaba de los populosos lugares, para buscar un refugio en el vetusto monasterio, donde todo hablaba con lenguaje imponente y majestuoso de la eternidad.

Era por esto por lo que, como decía Eusebio Blasco, cuando tenía un puñado de duros se iba a Veruela. Allí soñaba; allí, libre su imaginación de los agobios y pesedumbres de la vida agitada de la ciudad, podía emprender su raudo vuelo hacia lo infinito. Y hacia lo infinito iba, aunque tuviera que abatir sus alas y caer como rendida paloma cuando la ruda necesidad le atraía hacia el mundo.

Un ilustre escritor contemporáneo refería así, no hace muchos años, la impresión que recibió al visitar el monasterio de Veruela:

"Allá, en el fondo del valle—decía—asomaba, rodeado de árboles el romántico monasterio.

Una luz finísima embellecía la llanura toda, trayendo a la memoria no sé qué reminiscencias de las vegas de Córdoba y de Granada.

Mis investigaciones sobre la vida que hicieran los Bécquer en Veruela fueron difíciles y de no mucho fruto.

Retraídos por timidez y pobreza, intimaron con muy pocas personas. Valeriano permanecía días enteros dibujando; Gustavo Adolfo se refugiaba en el castillo de Trasmoy y allí soñaba y escribía.

La celda en que vivió está ocupada en la actualidad por el rector".

¡La celda de Bécquer! ¿Quién es el que con su imaginación no la ha visitado, para contemplar al poeta de regreso de sus paseos, entregado a la meditación y al trabajo? ¿Quien es el que no le ve de codos sobre la modesta mesa, pensando y pensando en todo lo que había contemplado?

Si las cosas que nos rodean tienen algo de nuestro espíritu, allí debió de quedar el de Gustavo Adolfo con sus sueños, sus esperanzas, sus desengaños y sus amarguras. Allí, pensando en el fracaso de su vida y en lo que era entonces fracaso de su obra, fué donde, creyéndose completamente vencido, dió forma en su pensamiento a la desoladora verdad encerrada por él en las amargas palabras de:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!;

palabras que respondían a la desolación de su alma y a la de todo cuanto le rodeaba.

Fué tanta la influencia ejercida por el monasterio de Veruela sobre la obra y el espíritu de Bécquer, que bien merece un recuerdo para que no se olvide aquel antiguo santuario, fundado por los descendientes de los Reyes de Aragón, fundadores que no soñaban, que no podían soñar, que, andando los siglos, había de servir de refugio a un poeta enfermo, pobre y triste su monasterio, el monasterio de Veruela, edificado por ellos para sepulcro de próceres.

Juan LOPEZ NUÑEZ.

PREMIO A LA CONSTANCIA

Pérez tenía veinte años, cosa natural y que solemos tener todos entre los diez y nueve y los veintiuno. Pérez era tuberculoso, cosa también muy natural pese a los buenos deseos de las ligas, la Fiesta de la Flor y los tisiólogos, y además, pobre de solemnidad, con esa trágica pobreza de los héroes de novelas por entregas, en que el lector está esperando tres años el fatal desenlace con el noble propósito de recoger el juego de café o el reloj de oralina que le prometió el editor en el primer cuaderno, coincidiendo con la iniciación de las desdichas del héroe.

La enfermedad avanzaba; sus pulmones corroídos lanzaban tristes gemidos, y su figura se esfumaba como una ósea sombra, tomando ese aspecto sospechoso y médicolegal de niña desaparecida; mas por su mente calenturienta pasó una idea, y pensó en los verdes pinares, la sobrealimentación y el gaseoso neumotórax de los llamados sanatorios oficiales antituberculosos, y entusiasmado con la bella imagen serrana, pensó en un porvenir risueño de hombre fuerte como Uzcudun y curado como el jamón serrano.

Y aquí, a partir de este venturoso sueño, para él más agradable que el de Manón, comenzó la odisea. Tras cientos de reconocimientos en un sanatorio oficial, le dieron el número 33.033 para turno a ocupar la vacante que se produjera en las diez y ocho camas de que constaban. El empleado del centro oficial le consoló diciendo que era capicúa. En otro le exigían tener los ojos azules, pues era fundación particular de una dama bretona, judía y muy rica. Se desesperó; buscó recomendaciones; llevó a las figuras preeminentes de la lucha antituberculosa cartas de Caramncho, de La Yankee...; mas, tras varios ofrecimientos, las cartas le fallaban con monotonía de tute arrastrado.

Pasó años enteros en consultorios y clínicas médicas, y acabó por aficionarse a la carrera, ayudando un día a poner una inyección, otras veces haciendo historias clínicas. Con las propinas vivió, y, lo más notable, estudió y se hizo médico. Acostumbrado a adular en sus años penosos, ya de médico continuó su labor, dando incesante coba a las altas figuras sanitarias, a los médicos de la lucha antituberculosa, hasta que cierto día, radiante y satisfecho, vió su nombre — no era un sueño— en un sobre de rojo membrete oficial: don Francisco Pérez y Pérez era nombrado director del sanatorio antituberculoso fundado en Las Rosas por doña Anita, una rica hostelera ya retirada del negocio.

Cuando a los pocos días, jubiloso, tomó posesión del nuevo cargo, por poco se desmaya. Al revisar los papeles, y casi en último lugar, se encontró una amarillenta solicitud. En aquel modesto y timbrado papel hacía once años justos que pedía su ingreso en dicho sanatorio, del que hoy era flamante director. Por su mente, en cinematográfica caravana, pasaron los tristes años de espera, y pensó con amarga ironía que es mucho más fácil entrar en un sanatorio antituberculoso de director que de enfermo; y desde aquel mismo día el enfermo anuló al director: comenzó la cura de reposo, y, naturalmente, no hizo nada...

Félix HERCE.

La Exposición - Feria de productos y manufacturas rusas es un alto exponente del progreso de la U. R. S. S.

EL ALCANCE DE ESTE ESFUERZO DE LA "IUTAMTORG"

El acontecimiento más importante de la vida comercial argentina en los últimos años es, seguramente, la Exposición Feria organizada en sus salones de la calle San Martín 142 por la Sociedad Anónima Iutamtorg, de Intercambio entre la U. R. S. S. y las Repúblicas Sudamericanas. El acto inaugural, prestigiado con la presencia de todo nuestro mundo político, comercial e industrial, fué una magnífica exteriorización de las simpatías generales con que cuenta la nueva Rusia, y del interés creciente con que se sigue en nuestro país el desenvolvimiento de aquel vasto pueblo de trabajadores. Desde entonces aquí, el éxito absoluto alcanzado por la Exposición-Feria no hizo sino atestiguar el concepto que dejamos apuntado. El público argentino se ha renovado hora por hora en los salones de la Iutamtorg, admirando los exponentes de las artes, de la industria, de la producción general de la nueva Rusia en todas sus diversas manifestaciones. El conjunto significa un verdadero esfuerzo de parte de la referida Sociedad, esfuerzo que repercutirá muy favorablemente en lo que respecta a nuestras relaciones con la U. R. S. S. y que será fructífero en lo que atañe al principal objetivo de la Exposición Feria, esto es, la intensificación del intercambio con nuestro país y el conocimiento preciso, exacto, del altísimo grado de progreso alcanzado por Rusia bajo el gobierno soviético. De ello da cuenta la verdad de las cifras divulgadas por la Iutamtorg, acerca de la considerable superación del intercambio de la U. R. S. S. con las Repúblicas Sudamericanas, que han ido en formidable aumento año trás año, y que por su magnitud han dejado muy atrás las cifras registradas en la preguerra. Es la siguiente:

Las cifras totales del intercambio soviético-sudamericano desde fines de 1925 (cifras obtenidas adicionando el monto de las importaciones al de las exportaciones) son las siguientes:

Valor total del intercambio entre la U. R. S. S. y la América del Sud:

	Dólares.
1925-26	$ 5.976.461
1926-27	„ 14.759.194
1927-28, 11 meses	„ 20.075.910
Total	$ 40.811.565

En moneda argentina el total del intercambio comercial entre Sud América y la U. R. S. S. en dos años y once meses está representado por la cifra de pesos 100.000.000 m|n.

EL ALCANCE DE ESTE ESFUERZO DE LA IUTAMTORG.—

La Exposición-Feria de productos y manufacturas rusas permanecerá abierta hasta el 15 de octubre actual. Como hemos adelantado está destinada a ilustrar al mercado argentino con respecto al grado de adelanto logrado por la industria y la producción en la U. R. S. S., informando a la vez a nuestra plaza de la diversidad de artículos de exportación con que cuenta para ampliar su radio de acción, en lo que se refiere a la colocación de sus productos aquí.

Es explicable que dentro de los múltiples renglones con que cuenta la industria y la producción actuales de la U. R. S. S. resulta imposible presentar un surtido completo de muestras y, atendiendo a esta imposibilidad, la Iutamtorg ha procurado subsanar el inconveniente mediante la profusa exhibición de diagramas ilustrativos que dan mayores alcances a la Exposición Feria y que informan con la mayor claridad y exactitud respecto al grado de adelanto y perfeccionamiento logrados por la industria y la producción de la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas durante su primer decenio de vida económica.

EL MAGNIFICO CONJUNTO DE LA EXPOSICION-FERIA—

La Exposición-Feria abarca así todo el desarrollo de la explotación petrolífera, de su exportación, transporte y cultivo de sus numerosísimos derivados; de la explotación general del carbón; de la antracita; de la sal, que constituye una de las principales ramas mineras de Rusia. Los productos forestales, la madera en sus distintas clases y aplicaciones y sus extractos, como ser el alquitrán de madera, la brea y la "fichita". Las pieles, la imponente e insuperable industria rusa. Las semillas y plantas, acaso el margen primero de la producción de Rusia. La industria eléctrica, de proporciones realmente excepcionales. Los objetos de porcelana y bazar, como ser los juguetes, las máquinas e implementos agrícolas. La industria de las velas de estearina. El calzado oriental. Los artículos de caucho. La perfumería. El jabón fino. El lupulo. La producción e industria del tabaco, del papel y artículos de escritorio, del fósforo, de sogas y cabos, del material de agricultura. La industria textil, las alfombras, el cinematógrafo, los artículos alimenticios y gaseosos.

Basta la simple reseña del conjunto para apreciar la trascendencia excepcional de la Exposición-Feria organizada por la Iutamtorg, y en la cual descuellan por su fuerza expresiva y noble valor artístico los imponderables bocetos de Stejban Erzia, el escultor de la nueva Rusia.

El tigre y la pulga

Por Germaina de Beaumont

Cuando M. Gatibois trajo a Virginia del Orfelinato, madame Gatibois, levantando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Es una pulga! ¡Me has traído una pulga! ¡Te encargo que vayas a buscar una criada para que me ayude en las faenas de la casa y vienes con una pulga!

La pobre Virginia la escuchaba inmóvil desde un rincón, procurando esconderse detrás de Gatibois. Su diez y seis años no ocupaban, verdaderamente, mucho sitio, y su aspecto de niña miedosa hacía que pareciese más pequeña todavía.

—La hermana me ha dicho que era muy buena..., — objetó Gatibois.

—¿Buena? — chilló madame Gatibois. — ¡Con la bondad no se arreglan las casas!

—Pues no había otra. Virginia era la única del Orfelinato que tenía la edad reglamentaria para poder ponerse a servir, y he pensado que aunque sea menuda más vale conformarse con poco que con nada.

Este argumento calmó la furia de madame Gatibois, pero no borró su ceño fruncido.

—¡Acércate! — ordenó con voz neroniana.

Virginia avanzó con el mismo "entusiasmo" que si se tratase de ponerse debajo de un tren.

—Puede que tenga una ventaja —gruñó madame Gatibois; — como es tan poquita cosa comerá menos que otra.

Así Virginia, confirmada con el nombre de "Pulga", entró en la casa Gatibois. El trabajo era abrumador. Virginia se levantaba al alba para acostrse ya muy tarde, rendida. Su habitación, situada en el desván, era minúscula; allí tenía instalados la huérfana cuantos bienes poseía, que eran; un retrato de sus padres y un huevecito de celuloide que contenía un rosarito.

Al pasar el tiempo, aunque convencida de que la "Pulga" trabajaba como una negra, y aun comprendiendo la buena voluntad que ponía en cuanto hacía, madame Gatibois seguía sintiendo gran desprecio hacia su minúscula sirvienta. A ella, que parecía un alabardero y que estaba completada por un marido que pesaba más de cien kilos, la ofendía la pequeñez de Virginia como si la hiciese una injuria personal.

Un día miraba con piedad a la "Pulga", que estaba extendiendo unas sábanas en el prado para que se secaran, cuando oyó detrás de ella un ruido y grandes gritos, y al volverse vió a su marido corriendo a galope.

Este espectáculo le pareció tan singular, que se quedó con la boca abierta.

—¡Sálvese el que pueda! —gritaba.

—¿Qué ocurre?

—Entra en casa, Clotilde.

—¿Pero qué sucede?

—Un tigre...

En dos zancadas Clotilde entró con su esposo en el comedor, detrás de cuya puerta hicieron una barricada.

Entonces solamente fué cuando se le ocurrió pedir una explicación a su marido. Desde la víspera, un circo ambulante se había instalado en la plaza. Hacía unos instantes que, mientras Gatibois pescaba tranquilamente, oyó gritos y clamores. Empujando con una pata el cerrojo de su jaula, un tigre se había tomado vacaciones y distraía sus ocios paseándose por los caminos.

—Han avisado a los bomberos y a la gendarmería.

Interrumpióse, y mirando por la ventana, exclamó:

—¡Ah está!

Efectivamente: al encontrar la verja del jardín abierta el tigre había entrado.

¡Un hermoso ejemplar que demostraba tener gran apetito!

Detrás de los cristales, los Gatibois le contemplaban aterrados. De pronto el marido preguntó:

—¿Y la "Pulga"?

La "Pulga", olvidada, acababa de tender la ropa y volvía tranquilamente a la casa.

—¡Dios mío! — gritó madame Gatibois. ¡Perdóneme! ¡He abandonado a la "Pulga" y el tigre va a devorarla!... ¡Os prometo, Señor, aumentarla el sueldo si no la ocurre ninguna desgracia!

Indiferente a la suerte que la esperaba. Virginia seguía avanzando hasta que se encontró frente a frente con el tigre.

Los Gatibois, al verla, cayeron de rodillas; mas se quedaron atónitos al oír que con su vocesita chillona la "Pulga" le decía al tigre:

—¡Vaya un modo que tienes de entrar en una casa extraña, estropeando los geranios de la señora! ¿Quieres quitarte de ahí?

En medio del jardín, amenazándole con la mano como si fuese un gato, Virginia seguía haciendo reconvenciones al tigre.

Y la fiera, después de contemplarla un rato, la empezó a lamer la mano...

—No la devora porque con ella no tiene ni para un colmillo — dijo despreciativa madame Gatibois.

Mas Clotilde no tuvo que cumplir la promesa de aumentar el sueldo a la "Pulga", porque Virginia, un mes más tarde, se casó con el domador.

Los amores de Napoleón III

Por Andrés Grimand

La Historia es una gran indiscreta. No contenta con relatar la vida pública de los hombres que han desempeñado un papel importante en el transcurso de los siglos, se dedica también a escudriñar su existencia privada. No es por el gusto del escándalo por lo que lo hace, sino por el amor a la verdad. Los sentimientos secretos de los individuos algunas veces vienen a alumbrar con claridad singular sus actos políticos. Más de una vez, los ojos bellos de una mujer han bastado para modificar los destinos de un Estado.

Medio siglo nos separa hoy del Segundo Imperio. Este se encuentra actualmente en moda. Los historiadores, sin cólera, comienzan a estudiar con lealtad esta época brillante y desastrosa a la vez. Algunos autores han escrito sobre los amores de Napoleón III, pero desde luego se les debe leer con las más grandes precauciones. En efecto, algunos de esos autores se han consagrado a esas obras persiguiendo miras de venganza, por lo que su empeño principal parece consistir en arrojar lodo al rostro del soberano. Otros no han querido hacer otra cosa que excitar las más bajas curiosidades. Hay uno que ha falseado la realidad de una manera tan grosera que sorprende ver que alfunas veces se le cita. Tomar en serio el sombrío folletín que M. G. Stigler ha publicado con el título de *Los amores trágicos de Napoleón III*, resulta, en efecto, sumamente cómico.

¿Y para qué inventar? Aquí, como ocurre siempre, la verdad resulta mucho más apasionante que las más hábiles ficciones.

Dejando a un lado — el tema es tan vasto, que nos obliga a limitarnos — las aventuras galantes de la juventud del príncipe, sólo comenzaremos el relato de su vida amorosa, a partir del momento en que el futuro emperador trata de conquistar el trono. Fué en 1840, cuando tenía treinta y dos años, la fecha en que Luis Napoleón intentó en Boulogne derrocar al Gobierno de Luis Felipe. Aprehendido inmediatamente, se le condujo a la fortaleza de Ham, de donde como se sabe logró escaparse disfrazado de albañil, para dirigirse primeramente a Bélgica y después a Inglaterra.

No bien hubo llegado a Ham — y este detalle es poco conocido — el príncipe escribió a M. Duchatel, ministro del Interior, para suplicarle que le autorizara a recibir mujeres en su prisión. Escandalizado, el ministro le contestó que semejante solicitud era inmoral. Agregó, sin embargo, que el Gobierno cerraría los ojos. Entre las mujeres que fueron sus amantes en Ham, se cita a una burguesa picarda, madame Badinguet, cuyo nombre fué más tarde el apodo que la oposición dió al Emperador, y se cita también a una cierta Eleonora Vergeot, cuyo reinado fué menos efímero. El príncipe había visto a esta humilde hija de tejedores en la casa del conserje de la prisión. Ayudaba a la mujer del conserje a planchar su ropa. Luis Napoleón se fijó en ella, le prestó sus libros y aún llegó a darle lecciones de francés. Ella, en cambio, le dió dos hijos, a los que el Emperador nunca perdió de vista.

El mayor, que a los veinte años era Secretario de Embajada, recibió en 1864 una pensión anual de 6.000 francos que le fué servida hasta la caída del Imperio.

El menor, que tenía un carácter más dado a las aventuras, después de haber intentado inútilmente hacer fortuna en México, volvió a Francia, donde su padre le dió el título de conde de Labenne.

Eleonora Vergeot, casada con un M. Bure, a quien el Emperador hizo conseguir una bella situación, habitó durante largo tiempo en un rico departamento de los Campos Elíseos. Murió en 1886 en el Vésinet, cerca de París.

Después de su fuga de Ham, el príncipe se refugió en Inglaterra. Los periodistas ingleses hablaron muchas ocasiones de su "cortejo de queridas". No es posible citarlas a todas. Por lo demás, son muy raras aquellas cuyo nombre no ha sido completamente olvidado. Además, un hombre es bien poca cosa. ¿Quién era aquella criolla, madame Favart de Langlade, que tuvo ciertas bondades para con Luis Napoleón? Al fin, todas desaparecen ante miss Howard, que desempeñó en la vida del príncipe un papel importantísimo. En efecto, fué ella la que proporcionó al príncipe presidente el dinero que le permitió dar, el 2 de Diciembre de 1851, el Golpe de Estado que le valió el Imperio.

Antes de contar este hecho generalmente ignorado, no es inútil que presentemos a miss Howard ante el lector.

Era de muy baja condición, y si su padre no era, como se ha escrito, un simple batelero del Támesis, tal cual se ha dicho en muchas ocasiones, por lo menos no pasaba de ser un hombre que hacía negocios en pequeñísima escala. Miss Howord abandonó muy pronto la casa paterna para ir a instalarse en Londres, donde llevó una existencia poco edificante. La ambiciosa aventurera fué subiendo sucesivamente todos los escalores de la galantería, hasta el día en que llegó a pasar por esposa de un hábil bribón que hacía trampas en el juego y que se dedicaba a practicar estafas. El doble comercio poco edificante de aquella pareja, trajo a ésta bien pronto una fortuna considerable.

Cuando Luis Napoleón, que desde hacía algún tiempo era su amante, volvió a Francia, después de la revolución de 1848, miss Howord le siguió a París, donde primeramente se instaló en el Hotel Maurice. El príncipe, una vez que obtuvo que se le nombrara presidente, hizo que miss Howard fuera a habitar cerca del Eliseo, en la calle del Circo, número 14, en un hotelito que ha sido después demolido y cuyo emplazamiento se encuentra comprendido en el parque contiguo a la bella morada de los Rothschilds, en la Avenida de Marigny.

Todas las noches, Luis Napoleón abandonaba su palacio para ir a charlar y a fumar cigarrillos en la casa de miss Howrd. Esas ligas eran conocidas de todos los miembros de los clubs, quienes contaban que el Presidente "había traído de Londres a la mujer más bella y al caballo más hermoso del mundo". Exageraban, por lo menos en lo relativo a la mujer. Víctor Hugo exageraba también, aunque en otro sentido, cuando en su obra *Napoleón el Pequeño* habla de "las orgías presididas por miss Howard."

Abrigo la creencia de que en el saloncito de la calle del Circo se hablaba sobre todo de negocios. Fué allí, cierta noche, donde se redactó la acta ficticia de venta, por medio de la cual la inglesa cedía al presidente una propiedad de que era dueña en los Estados romanos y que Luis Napoleón hipotecó por la cantidad de 324.000 francos, a fin de procurarse el dinero necesario para dar el golpe de Estadó. El príncipe ya engañaba un poco a miss Howard. Sucesivamente, la célebre Alice Ozy, actriz del Teatro Variedades; Mlle. B. la gran trágica Rachel y una señorita Théria, de la Comedia Francesa, concedieron sus favores al galante presidente .Esta última sobre todo, no le arruinó, pues se dió por satisfecha con obtener una expededuría de tabacos para sus padres.

Napoleón, ya Emperador, abandonó en 1853 a miss Howard, a la que no tardó en nombrar condesa de Beauregard, en el momento en que él a su vez contraía matrimonio con Eugenia de Montijo. La condesa de Beauregard murió en 1865.

El Emperador no se mantuvo fiel a la Emperatriz durante largo tiempo. Un contemporáneo dice que el número de queridas pasajeras del soberano es "increíble". Ese hombre, que se encontraba muy al corriente de las costumbres de la corte, cuenta a este respecto una anécdota muy divertida. Napoleón III era muy galante. Cierto día, en la época del estío, hallándose en un salón apartado, cuyas cortinas estaban descorridas, vió tendida sobre un sofá una bonita pierna, mal cubierta por la falda. Se acercó a acariciar la media, hasta que bruscamente la persona interesada se incorporó llena de indignación: era el obispo de Nancy.

Fué en 1856, en la casa de la princesa Matilde, que en otra época había sido su prometida, donde Napoleón III fué presentado a una bellísima italiana. Mme. de Castiglione, que debía de ser su querida al año siguiente en Compiegne. Alguien la ha llamado la Pompadour imperial. Durante largo tiempo se juzgó que era una espía. Hasta llegó a circular la versión de que estaba encargada de hacer matar al Emperador. Es

ANSIA VANA

Para "FRAY MOCHO

Este inútil
Deseo
Que nunca se conforma
De vastos horizontes y de múltiples formas,
Este deseo
Absurdo
De sensaciones nuevas y de nuevos contornos,
Este vagar
En torno
De un panorama incierto que se eterniza
En una
Línea vaga y difusa
De extremos
Insolubles.
Este inquieto
Deseo
Me tortura el cerebro como un anillo prieto
Que rodeara
Mi frente.
Un anillo
Que estrangula
Mis ansias
Encerradas
En el ángulo oscuro de mi alma atormentada.

Delia ROMERO LLANOS.

ANECDOTA

Paseaba cierto día el marqués de Hancourt en compañía de Voltaire, cuando pasó por su lado un sujeto que, descubriéndose respetuosamente, saludó al marqués, quien devolvió el saludo.

Voltaire, que conocía muy bien al que había saludado, le dijo al marqués:

—¿Por qué se toma usted la molestia de saludar a ese grandísimo bribón?

—¿Qué me importa? — respondió el marqués.— ¿Voy a consentir que un bribón me aventaje en caballerosidad?

exacto que una noche que salía el soberano, como a las tres de la mañana, de la residencia de la Castiglione, en la Avenida Montaigne, tres hombres intentaron atacarle. Sin duda fué una mera coincidencia. La condesa de Castiglione, que había nacido para la intriga, había recibido sencillamente el encargo de su antiguo amante, el Rey del Piamonte, de inducir al Emperador a que ayudara a los italianos.

Napoleón III gastó por ella sumas muy considerables. Le daba "para sus grajeas y para sus guantes", 50.000 francos al mes, suma enorme para aquella época. Le regaló alhajas de enorme precio, entre ellos una esmeralda de 200.000 francos y un collar que fué vendido después de la muerte de la dama en 422.000 francos. Mme. de Castiglione murió algunos años después de la caída del Imperio, medio loca y casi arruinada.

La que sucedió a la bella italiana, y que pertenecía también a la alta sociedad, fué Mme. Walerwka, a quien los cronistas discretos de la época designan con el nombre de Mme. X. ¡Familia predestinada a los favores imperiales! Una de las antepasadas de su primer esposo había sido en efecto amante de Napoleón I.

Mme. X. fué suplantada en el corazón del Emperador por una muchacha galante de fresco cutis de campesina, y que había sido sucesivamente camarista figuranta en la ópera y vagamente cómica. Se le daba por apodo el de Margot la juerguista, y su nombre de guerra era el de Marguerite Bellanger. En realidad se llamaba Julie Leboeuf.

Marguerite Bellanger, que había tomado por lema el de "Todo sale bien a quien sabe esperar", era querida de un oficial del palacio. Habiéndola visto el Emperador, se enamoró de ella y la abrumaba a obsequios. La había comprado un hotel en Passy. Un año en que le acompañó a Biarritz le dió cien mil francos para sus gastos en aquella playa de moda. Se les veía juntos en Vichy. ¿Tuvo un hijo de Napoleón III? ¿El hijo nacido en su casa era el que el Emperador tuvo de mademoiselle Valentine Hausman, la hija del célebre constructor de París? Sobre este punto corren muchas leyendas.

Otra leyenda es la que se refiere a una intriga de Napoleón III con la espiritual Princesa de Metternich.

Pero lo que sí es seguro es que tuvo un hijo con Mlle. Chanteaud; que fué el amante de una fina inglesa, miss Sniell; de la hija del pintor Someyrac, quien se dió por muy honrada por haber recibido con este motivo 25.00 francos del seductor imperial; de una mujer consagrada a la literatura y cuyo incógnito jamás ha podido penetrarse; de una Mme. de Kalergi, hija del gran maestre de la policía de Varsovia, y para quien Teófilo Gautier escribió su deliciosa *Sinfonía en Blanco Mayor;* de Mme de Persigny, nieta de Ney; de Cleotilde de Bedoyen, hija de uno de sus chambelanes... Existe menos certidumbre que haya sido también amante de Mme. de Cadoú. Es verdad que ayudó al marido y a la mujer, pero no existen pruebas válidas de esta aventura.

Como habrá visto el lector, la lista es larga. La mujer que la termina es una inglesa, lady C., que siguió a Napoleón durante la campaña de 1870, y que desapareció antes de Sedán.

Si Mme. de Castiglione va a reunirse con él en Alemania, después de la capitulación, Napoleón III se contenta con estrecharle la mano, sin pronunciar una sola palabra. Su vida de Emperador ha terminado, y de la misma manera ha concluído su vida sentimental.

Retirado a Inglaterra, envejecido prematuramente, aquel tan dulce testarudo sueña todavía en sus bellas y numerosas conquistas lleno de melancolía, y no piensa ya seriamente sino en la muerte que siente que se le acerca.

De entomología

Se encuentra en algunas regiones de la India un curiosísimo saltamontes que los entomólogos conocen con el nombre de "Schizodactylos monstrosus".

Hemos dicho que el tal insecto era un saltamontes, y antes de seguir conviene decir algo del empleo de este nombre.

Estos nombres se aplican a un número de insectos que pertenecen al orden de los ortópteros, en los que van incluídos las cucarachas, los manantis, las tijeretas, los fasmidos, etc.

Los insectos que podemos llamar saltamontes se dividen en tres grupos o familias; a saber: 1.o, los acridídeos, a los que pertenecen las langostas y verdaderos saltamontes, que se caracterizan por sus antenas relativamente cortas y por llevar el "oído" colocado en un lado de la parte superior del primer segmento abdominal y la ausencia de tubo ovipositor externo en la hembra; 2.o los lacristídeos o saltamontes verdes, de largas antenas, y que tienen el oído en las patas. Las hembras tienen un largo tubo ovipositor que sale de la extremidad del abdómen.

Parece natural que las langostas se incluyesen en esta familia, pero es tal el capricho de los hombres de ciencia, que las ha colocado entre los acridídeos. El Schizodactylus es un lacristídeo, y, finalmente, la tercera familia es la de los grillidos.

Estos útilmos tienen también muy largas las antenas, y las hembras poseen tubo ovipositor externo, excepto en una especie.

Ahora, pasemos a ocuparnos del curioso insecto de la India.

Aunque muy parecido al saltamontes, si lo examinamos detenidamente encontraremos en seguida una muy marcada diferencia en un detalle muy extraño: el repliegue enrollado que tiene en el extremo posterior del cuerpo.

Mientras el insecto no tiene las alas abiertas no se conoce la naturaleza de este detalle.

Entonces vemos que está formado en parte por los tegusines o envolturas de las alas y en parte por las alas mismas, pues en cada uno de sus extremos las puntas se prolongan formando un largo apéndice.

Para qué sirve, cuál es la finalidad de semejante proyección, se ignora hasta ahora.

Los ortópteros son todos curiosos seres por sus alas y la manera de plegarias.

El grillo común, que todos conocemos, tiene una manera original de plegar sus alas, pues en su estado natural las pliega de forma que se proyectan más allá de los élitros, formando dos especies de rabos, que a su vez van encerrados entre otros dos, mucho más alrgos.

Estos apéndices se encuentran en muchos ortópteros y en algunas moscas. Parece ser que estos rabitos son órganos del tacto como las antenas y presentan transformaciones muy originales y curiosas.

En cuanto a la historia y las costumbres del Schizodactylus sabemos muy poco.

Se le acusa de causar enormes daños en las cosechas, destruyendo las raíces de las plantas, pero esto es un error: este animal perece de hambres antes que comer un vegetal cualquiera, pues es un terrible carnivoro y se alimenta únicamente de orugas, saltamontes, insectos varios y hasta de ranas y de toda clase de animales menos fuertes y feroces que él.

EL INVITADO

Nunca había asistido la señora de Durand a un espectáculo tan hermoso como la distribución de premios del liceo de Pepino el Breve. De aquella ceremonia había vuelto a casa tan deslumbrada como orgullosa, pues su hijo había sido recompensado con el segundo premio de geografía.

—¡Si hubieras visto, Ernesto! — decía a su marido—. ¡Si hubieras visto aquel estrado, con sus guirnaldas, sus banderas y sus sillones dorados! ¡Si hubieras oído a aquellos señores!

—Bien, bien — interrumpió el señor Durand—. Vete a la cocina, que van a dar las siete. Yo bajo a la cueva y subiré unas botellas de vino añejo na que celebremos el triunfo del niño con nuestro imvitado, el primo Santiago.

A las siete y cuarto la comida estaba preparada. Sólo faltaba el invitado.

A las siete y media se recibió un continental. El primo Santiago había sido atropellado por un automóvil, y había sufrido lesiones que le impedían asistir a la comida familiar.

—¡Qué lástima! — dijo Durand—. ¿A quién podríamos invitar para que alegrase la mesa y disfrutará de nuestra langosta?

—Se me ocurre una idea — dijo la señora de Durand—. ¿Por qué no convidamos al vecino del piso quinto? No es muy limpio; pero parece una buena persona. Y he oído decir que ha viajado mucho antes de conocer la miseria.

—No está mal pensado. ¿Pero querrá un sabio, tal vez un gran explorador, sentarse a la mesa de un modesto comerciante?

—Sí, porque se trata de festejar un premio de geografía.

El vecino del quinto piso, el señor Klop, aceptó con alegría, porque precisamente tenía aquella noche como menú tres rábanos y un plato de judías. Así es que se limpió lo mejor que pudo su única vestimenta, se alisó el pelo y bajó rápidamente a casa de sus vecinos.

Se sentaron a la mesa. Durante la comida el señor Klop hablo poco y comió mucho. Solo de vez en cuando contestaba con una especie de gruñido a la dueña de la casa, que no cesaba de describir la suntuosidad del espectáculo a que había asistido en el liceo.

—¡Ah, caballero; si hubiera usted visto aquel estrado con sus guirnaldas, sus banderas, sus sillones dorados..., y a aquellos señores con sus togas y sus uniformes..., y aquel público que aplaudía con entusiasmo a nuestros hijos!...

Cuando Klop estuvo ahito bebió tres vasos de borgoña, y enlazando recuerdos lejanos dijo:

—He visto en mis tiempos, señora, una ceremonia más hermosa, organizada en mi honor.

—¡No es posible!

—También había militares con uniformes, señores con togas, un público numeroso y selecto, en el que abundaban las damas aristocráticas, las actrices más aplaudidas de París, escritores, periodistas... Durante todo el acto sólo se habló de mí, de mi familia, de mi pasado, del porvenir que me estaba reservado...

—¿Y le dieron a usted un libro al treminar?

—No, señor.

—¿Una medalla de oro?

—Tampoco.

—¿Una pensión de vieje?

—Algo parecido. Después de aquella sesión he vivido veinte años en América del Sur mantenido por el Estado.

—¡Veinte años de tranquilidad ¿Habrá usted trabajado?

—Bastante.

—¿Y puede saberse, querido señor — preguntó la señora de Durand—, a qué clase de trabajos se dedicó usted? ¿Literarios, científicos?...

Harto de tanta pregunta, el señor Klop contestó secamente:

—A trabajos forzados, señora..., porque los señores de la toga me habían condenado a veinte años de presidio por haber asesinado a dos viejas ricas en la época en que me llamaban el Leopardo de la Villette.

Jean BONOT.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para exterminar los parásitos de las aves de corral se emplea una solución bastante concentrada de sulfato de magnesia o de sulfato de sosa, con preferencia el primero. Las aves, las jaulas, los nidos, etc, se lavan con una solución de 500 gramos de dichas sales en 4 ó 5 litros de agua. Esta operación es inofensiva y además impide durante algún tiempo la reaparición de los insectos.

* * *

Un polvo excelente para sacar brillo a todos los objetos de oro, plata, cobre, acero y demás materiales que requieran mucho lustre, se hace en casa con cuatro libras de blanco de España del mejor, media libra de cremor tártaro y tres onzas de magnesia calcinada.

Mezclados bien todos estos ingredientes, se aplican en seco con una franela o una gamuza mojada previamente en agua, y se termina la operación con una fricción en seco, obteniéndose a los pocos momentos un lustre mejor que el logrado con otras preparaciones para pulimentar.

* * *

Tinta para escribir sobre el acero y la hojalata. — Mézclese 30 gramos de sulfato de cobre en polvo con 15 de sal de amoníaco, también en polvo, y 60 de ácido acético diluído, y añádase negro de humo. Puede también emplearse otra fórmula, que consiste en disolver una parte de cobre en 10 de ácido nítrico, diluyendo después la solución con 10 partes de agua.

* * *

Para quitar las manchas de grasa puede emplearse un compuesto de amoníaco fuerte, agua, éter y alcohol a partes iguales.

Para evitar la especie de anillo que se forma en torno de la parte sometida al tratamiento, frótese con un trapo ligeramente empapado en la misma disolución, pero muy poco, pues de lo contrario lo que se consigue es hacer otro cerco.

* * *

El sebo de carnero es un excelente remedio para las grietas de las manos. Se derrite al fuego y se frota la piel con ello después de haberse lavado con agua caliente.

* * *

Barniz blanco para correajes.— Este barniz, muy apropósito para los cuerpos militares que usan correaje blanco, se hace con 120 gramos de aceite de linaza y 30 de blanco de cinc; se da una capa de esta mezcla al correaje con ayuda de una brocha y después se deja secar cerca de una estufa o de un horno procurando que el calor no pase de 70°. Una vez que esté bien seco, frótese con piedra pómez, y aplíquese después una nueva capa de barniz que se dejará secar del mismo modo, dando después encima una mano de barniz copal.

Las picaduras de avispa se curan, generalmente, con amoníaco diluído en agua, pero cuando no se tiene a mano este ingrediente, puede substituírse muy bien con una cebolla partida por medio, friccionando con el zumo la parte inflamada.

* * *

Para conservar los enrejados de hierro. — Se disuelven 125 gramos de alcanfor en 170 gramos de esencia de espliego, y cuando el alcanfor esté completamente disuelto se añade a esta mezcla 500 gramos de esencia de trementina.

Después de remover bien esta mixtura para que se mezclen bien sus componentes, se untan con ella los enrejados.

* * *

CURIOSIDADES ZOOLOGICAS

Pelos que sirven de armas

La piel que como capa protectora, cubre a los mamíferos, se ha convertido en algunas especies — escasas ya — en verdaderas armas.

El Equidna — erizo de Australia, que se nutre de hormigas—, nuestro erizo europeo y el puerco-espín, están dotados por la naturaleza de un verdadero bosque de lanzas que los protege contra los ataques de sus enemigos. Su objeto es cubrir la parte interior indefensa de estos animales, que se aperciben a la defensa ya sea enrollándose, como el erizo, y presentando a la vista sólo una gran bola de puntiagudas espinas; ya sea irguiéndolas amenazadoras en todas las direcciones, como lo hace el puerco-espín o enterrándose a toda prisa silenciosamente en la tierra, como acostumbra a hacerlo el Equidna.

El erizo es el único de su especie que puede tomar la ofensiva al vislumbrar un enemigo. Gracias a unos músculos especiales que posee, se enrolla rápidamente, yergue las puntiagudas lanzas de su nuca como yelmo protector, y se lanza al ataque dejándose rodar desde lo alto de cualquier promontorio. Sus luchas más encarnizadas son contra las víboras.

El puerco-espín no posee la facultad de poder enrollarse, pero en cambio está provisto de un rabo gracias al cual se cuelga de las ramas de los árboles y presenta su espalda cuajada de púas al peligro.

Otro pariente americano es el Ursón. Su particularidad es un rabo sumamente grueso y provisto de pinchos que utiliza este animal para precipitar a su enemigo de un golpe fuerte y rápido sobre las púas de su espalda.

Otra particularidad curiosa ostenta el puerco-espín africano y asiático: su cola está provista de treinta a cuarenta campanillas de una materia parecida al cuerno, con las cuales hace un extraño ruido al moverse. Los Chikaris indios aseguran que estos pequeños cálices sirven a la hembra para ir a buscar agua a sus pequeños. Las púas de este erizo, blancas y negras, son mucho más vistosas que las de los otros. La defensa del puerco-espín más que pinchar, es atemorizar. Aún en la oscuridad de la noche, resulta difícil no fijarse en él y pisarlo por descuido. Ningún otro animal puede vanagloriarse de producir tanto ruido al moverse. Las cuarenta campanillas de su rabo suenan como docenas de pequeñas carracas, las púas al entrechocarse dejan oir otro sonido extraño y el hocico pone su nota en el concierto con un profundo resoplido, parecido al de un motor de escape. La naturaleza, siempre sabia, pensó que mejor que las vistosas púas ahuyentarían todos estos ruidos amenazadores a los enemigos de nuestro espín. Como sus huesos son muy blandos y la piel de su vientre muy tierna, el menor golpe le es mortal, y para poco le sirve al animal muerto el que su destructor fallezca también de las heridas producidas por sus púas. La salvación del espín depende, como si dijéramos, de sus medidas preventivas. Las púas están sólo ligeramente sujetas a su espalda; al menor roce de la mano podemos observar que, cual espinas, se nos han clavado en la piel. El enemigo que no sepa atacarlo debidamente se ve pronto herido y fuera de combate. En casos de rápida contracción y gran pavor, puede el puerco-espín arrojar "sus lanzas" en torno suyo.

En resumidas cuentas, ¿sirven o no los pelos de armas? En general sí, sobre todo contra enemigos pequeños. En casos aislados no, pues los lobos de aquellas regiones suelen tragarse a los pobres erizos con púas y todo, sin preocuparse en lo más mínimo de las consecuencias. Estas son frecuentemente fatales, pues los pinchos perforan los órganos vivos y producen rápidamente la muerte.

Betún negro para el calzado. — Para hacer uno muy bueno se necesita: una libra de negro de marfil, nueve onzas de melaza, dos de aceite común y otras dos de ácido sulfúrico.

Los tres primeros ingredientes se baten bien y luego se añade el ácido sulfúrico, trabajándolo todo y echando el agua necesaria para obtener una pasta consistente.

* * *

Modo preparar la goma arábiga. Póngase los pedazos de goma arábiga en una cacerola y échese agua encima, un poco más de al que hace falta para cubrirlos. Se pone a fuego lento, y cuando la goma está blanda, se añade agua templada, en la cantidad precisa para darle la consistenci deseada. Parece que la goma así preparada es muy buena, y que, una vez aplicada, se seca muy pronto. Es sobre todo buena para papeles que no han de pegarse hasta mucho tiempo después, remojando la superficie engomada, como sellos, etiquetas, etc.

* * *

Para fotografiar objetos pequeños que hayan de destacarse mucho del fondo, es indispensable que éste sea muy luminoso. Por eso es conveniente usar como fondo un cristal esmerilado iluminado por detrás, colocándolo, por ejemplo, delante de una ventana, siempre que se tenga cuidado de que la luz no dé directamente en el objetivo del aparato.

En esta disposición, los objetos se destacan con mucha limpieza.

* * *

Cuando una vasija de hojalata se ennegrece con el fuego, se le puede devolver todo su brillo con una pasta de ceniza y aceite común. Esta mezcla se aplica sobre el metal y se frota con una muñequilla de trapo. Después se saca brillo con un pedazo de lana, y si la operación no diese todo el resultado que se espera, se repite dos o tres veces.

* * *

Cola para sellos de correo. — En los Estados Unidos se emplea una cola que puede ser muy útil en fotografía. Es barata y fácil de preparar. Se compone de 2 partes de dextrina, 1 de ácido acético 6 de agua y 1 de alcohol.

Se mezcla el ácido con el agua, se disuelve la dextrina en la mezcla, y finalmente se agrega el alcohol.

* * *

Limpieza de los muebles de cuero labrado. — Por regla general, la mayor dificultad cuando se limpian muebles de este género, está en quitar el polvo que se mete en los intersticios de los labrados. Esta dificultad queda, no obstante, salvada, haciendo uso de una bomba de bicicleta, con la cual se irá echando aire sobre toda la superficie del cuero. Una vez que haya salido el polvo, se pasa un paño suave y bien limpio por todo el mueble.

Notas cinematográficas

GLORIA AMERICA FILM. — Una nueva e importante casa cinematográfica viene a sumar sus esfuerzos a los que ya operan en esta Capital. Se trata de la *"Gloria América Film"* que acaba de instalarse entre nosotros y la que se propone hacer conocer grandes novedades en el ramo.

El nombre responde a una simpática idea de fraternidad continental. Su propietario, al bautizarla así, ha querido significar el espíritu de ánimo que lo anima. Por eso su cartel preliminar se orna con las banderas de todas las naciones, de México al Sur, resaltando en un fondo severo la silueta geográfica del continente.

"GLORIA AMERICA FILM" se preocupará especialmente de dar a conocer las grandes obras cinematográficas del Este Europeo, principalmente Alemanas, Suecas y Rusas. Al efecto se hallan a la vanguardia de la técnica cinematográfica, habiendo renovado las tendencias de la escena muda, amenazadas de monotonía y mecanización por otras escuelas cinematográficas, faltas de inspiración realmente artística.

GLORIA AMERICA FILM concentrará pues sus esfuerzos en una obra de real provecho cultural y justo es que lo destaquemos así ante la consideración de nuestros lectores.

"BAJO EL TALON DE LA JUSTICIA". — "Bajo el Talón de la Justicia", film supervisado **por el** gran *Cecil B. De Mille*, **programa** Extraordinario *Max Glucksmann* ha sido considerado como uno de los más notables de la temporada neoyorquina.

Está basada en la obra teatral *"Chicago"* de Maurice Watkins que se ha representado consecutivamente más de un año en un solo teatro de Nueva York.

Es una comedia dramática que se apodera inmediatamente del espectador, interesándolo, intrigándolo, emocionándolo alternativamente y con una habilidad pocas veces alcanzada en la pantalla.

El reparto es extraordinario. He aquí el nombre de los principales artistas: *Phyllis Haver, Víctor Varconi, Julia Faye, Robert Edeson, Clarence Burton, T. Roy Barnes, Warner Richmond, May Robson, Virginia Bradford* y otros.

La acción del film se desarrolla en Chicago, la gran urbe del Oeste cuya formidable potencialidad, cuyos variados aspectos de sus más destacadas actividades desfilan por la pantalla.

Encuadrado en ese marco de por sí tan atrayente se presenta la historia de una joven esposa, Roxie Hart, cuyo marido, modestísimo comerciante se sacrifica para satisfacer todos los caprichos y locuras de ella, a la que ama con devoción infinita. Mas Roxie anda en líos con cierto vendedor de automóviles. Un día, éste aparece muerto en el departamento de Roxié. Esta le informa a su esposo que el hombre quiso entrar a su habitación con intenciones de robar y que ella le disparó un balazo. El marido quisiera creer que ello fué así, pero descubre que su mujer le traiciona.

No obstante Amos Hart, que así se llama el marido, resuelve cargar sobre sus espaldas la responsabilidad del crimen de su esposa. Mientras Amos se declara culpable, el procurador judicial del distrito hace confesar la verdad a Roxié, sacándole de mentira verdad, pues le dice que su marido ha declarado que la matadora es ella. Roxié, despechada acusa a su marido de maltratarla a ella.

La belleza de Roxié es un motivo para que todos se interesen por ella y la vanidad de ella es tan grande que se siente satisfecha de su título de "la más hermosa homicida" que le ha asignado un repórter. En fin, se enorgullece de su popularidad.

Entretanto, su marido se desespera para hacerse del dinero que le exije el defensor de su mujer y llega hasta cometer un delito para obtenerlo.

En una palabra, mientras ella recobra la libertad mediante chicanerías de sus admiradores, el pobre esposo sufre el más terrible calvario, hasta que al fin, vislumbra al lado de otro ser, un poco de paz.

"EL PREGONERO". — Película dirijida por George Fitzmaurice, de extraordinario colorido, amenamente pintoresca y en la que abundan las situaciones cómicas, sentimentales y dramáticas, ágilmente entremezcladas. La acción gira al rededor de un pregonero de feria ambulante, cuyo hijo que él quiere que sea abogado; en la primer oportunidad se plega a la farándula provocando, luego, el conflicto sentimental con una muchacha de la "troupe".

El reparto es notable: *Milton Sills, Betty Compson,, Dorothy Mc Kaill y Douglas Fairbanks (Hijo)*, desempeñan los principales papeles.

PERO, TU ERES LA AUREOLA...

Para "FRA YMOCHO"

Cada verso es un trozo de un dolor que he vivido,
cada estrofa aguafuerte de mi vida cansada;
¡soy un eco que pasa, un murmullo, un gemido,
un suspiro, un lamento, un rumor, brisa y nada!

En mis noches aciagas he plasmado poemas
rudos, hondos, pujantes como oleajes bravíos,
y en mis horas cayeron mis angustias supremas
como locos torrentes que se van a los ríos.

Son mis años bosquejos de una vida errabunda,
de una vida hecha andrajos, agobiada, enfermiza.
Mi esperanza va abriendo, lentamente, la tumba
donde irá a sepultarse mi ilusión que agoniza.

Pero, tu eres la aureola que mi senda circunda;
clarinada sonora que a vivir me convoca,
¡si hasta soy un verdugo del dolor que me inunda,
cuando toda mi vida se desmaya en tu boca!...

Eugenio CARDENAS

ARGUMENTO: Nifty Miller (Milton Sills) pregonero de feria ambulante y Carrie (Betty Compson), bailarina hawaiana simpatizan. Nifty tiene un hijo, Chris, estudiante. El padre quiere que el mozo sea abogado, mas, un día llega el muchacho, que está de vacaciones y demuestra su irresistible vocación por la farándula. El padre termina por convencerse que él no seguirá los estudios y lo acepta en la "troupe".

Desde la llegada de Chris, las relaciones entre Carrie, la bailarina, y su padre, se tornan ásperas. Este ruega a Lou (Dorothy Mc. Kaill) una muchacha de la "troupe" para que atraiga al hijo y lo aleje de Carrie.

Pero es el caso que Chris se enamora verdaderamente de la "vampireza" y ella de él. Cuando el padre se entera de ello, trata de disuadir al hijo de semejante matrimonio y difama a Lou. El joven se revela contra el padre en defensa de Lou.

A partir de aquí se suceden las peripecias más dramáticas de la película la que adquiere acentos de honda emoción. — *Distribuye Glucksmann.*

"CUIDADO CON LAS RUBIAS" —He aquí el argumento de esta película: (Jeffrey Matt Moore) empleado de una joyería ha impedido un robo tramado contra la misma. Gánase así la absoluta confianza de sus patrones quienes le confían una misión delicadísima: llevar una joya rara y de gran precio a un cliente de Honolulú.

Jeffrey está advertido que la Rubia Mary, famosa ladrona de joyas, ha tratado de apoderarse de esa y resuelve cuidarse de todas las rubias que le salgan al paso.

Jeffrey ve rubias por todas partes, mas lo que no ve es que hay una banda de ladrones de joyas que está interesada en apropiarse de la que él lleva.

El pobre mozo traba relación con una morena, a bordo. No es otra que Mary. Pero los jóvenes simpatizan y Mary no se resuelve a robarle. Mas, la joven es emenazada de muerte por los que la dirijen sino procede a apoderarse de la joya.

La lucha que se entabla entre Jeffrey y la joven regenerada por el amor y la banda de delincuentes rebosa de incidencias que sostienen el interés de la acción hasta el final.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTÈS

Oficinas: CERRITO, 607 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . „ 5.00	Semestre . „ 6.00	Semestre „ oro 4.00
Año . . . „ 9.00	Año . . . „ 11.00	Año . . . „ oro 8.00
N.o suelto . „ 0.20	N.o suelto . „ 0.25	
N.º atrasado „ 0.40	N.º atrasado „ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

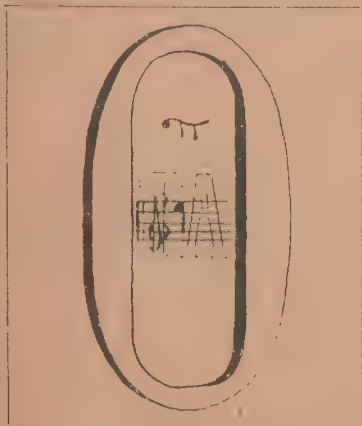
N.o 1 — CHARADA

La *primera* con *segunda*
es planta medicinal,
huye de una *tercia cuarta*
porque te puede ir muy mal.
Cuida mucho a la *dos cuatro*
que en tu salud lo hallarás.
Y el *todo* es obra muy buena
que tal vez conocerás.

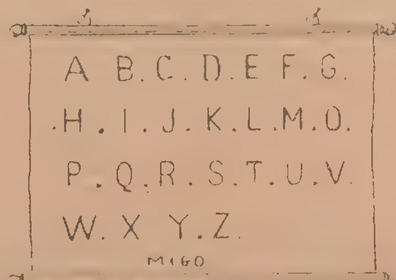
N.o 2 — COMPRIMIDO

G NAIPE 2

N.o 3 — JEROGLIFICO



N.o 4 — JEROGLIFICO



N.o 5 — CHARADA

—En este *prima cuarta*, *cuarta dos* un sabor muy desagradable, así como a agua de *cuarta tercia*. ¿De dónde lo traes?

—De *prima segunda tercia*.

—Pues tiene pocas trazas de ser *todo*.

N.o 6 — COMPRIMIDO

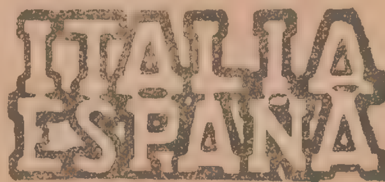
NOTA I NOTA

N.o 7 — TRANSFORMACIONES

Glorias	Cornisa
Allí	Acemila

Combinar las letras de estas palabras de modo que cada una de ellas resulte el nombre de una flor.

N.o 8 — JEROGLIFICO



N.o 9 — CHARADA

—*Segunda* días prestarme cinco pesos?

—¿*Primera cuarta* te has figurado que soy un banquero?

Yo te pagaré esto... y lo otro religiosamente.

—Se acabó el tiempo de los *terceras*.

N.o 10 — COMPRIMIDO

RO TO

N.o 11 — ADIVINANZA GEOGRAFICA

¿Cuál es la región de América — y en qué República se halla qué, leyéndola al revés, — da cordillera africana?

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 32—María Cristina.
„ 33—A río revuelto...
„ 34—Rapsodia.
„ 35—Acacia.
„ 36—Azote.
„ v7—Las novelas cortas.
„ 38—Fin de fiesta.
„ 39—Pola Negri.

La hormiga león y las libélulas

En ciertas épocas vemos revolotear esos airosos insectos que conocemos con los nombres de hormiga león, caballitos del diablo, libélulas.

No son siempre las mismas especies que se ven en las diferentes épocas; cada una de ellas tiene su estación en la que nacen, vuelan, se reproducen y mueren. Pero cuando una especie se desvanece y pasa aparece la otra.

Estos dos grupos de insectos se diferencian en varios detalles. En la gran hormiga león, las alas posteriores son más anchas en su base que las delanteras; los ojos, aunque muy grandes, no se proyectan grandemente a los lados de la cabeza y cuando el insecto se para conserva las alas en posición horizontal.

En la libélula los dos pares de alas son similares en forma y los ojos se proyectan grandemente a los lados de la cabeza en forma de martillo o doble mallete.

Al posarse pliega las alas sobre el dorso como al mariposa.

Entre los insectos es el rey del aire por la ligereza y flexibilidad de movimientos; por su rapidez en cambiar de dirección y por su gran resistencia.

Algunas especies vuelan a razón de noventa y seis kilómetros por hora.

Poderosísimos músculos gobiernan sus alas, que llevan venas o ramificaciones de gran fuerza.

Además poseen una vista como ningún otro insecto. Sus dos grandes ojos compuestos ocupan las dos terceras partes de la cabeza y tienen unas treinta mil ommatídeas.

Estos ojos están adaptados para la visión de cerca y de lejos.

Esta facultad la tiene por la presencia de dos clases de ommatidias en los ojos. Las superiores y exteriores para ver de lejos, las interiores e inferiores para la visión de cerca. Son como esos individuos que llevan lentes bifocales.

Si se coge entre los dedos una hormiga león se ve que sus ojos brillan con preciosos reflejos verdes o azules, lo cual es debido a la refracción de la luz en el interior del ojo. Si miramos éste de cerca, veremos en el fondo un punto negro, efecto debido a la completa absorción de la luz que pasa directamente al interior.

Estos insectos cazan durante el vuelo, cogiendo a su presa con las patas que contraen debajo de la cabeza, formando una especie de cesto, del que pasan a la boca con espantosa rapidez. Así cazan toda clase de moscas y mosquitos.

En los días bien soleados tienen dos horas muy marcadas: antes del mediodía y en las últimas horas de la tarde, que es precisamente cuando anidan y hacen la postura, actividades que desempeñan cuando el sol está en su punto más alto.

Son suavemente voraces, pues se ha comprobado que uno de estos insectos ha engullido en su cuerpo cuarenta moscas en menos de dos horas.

Si exceptuamos las mariposas, no hay insecto que presente tan lindo ropaje como los que nos ocupan.

Sus alas tienen el irisado del nácar y el ópalo, y su cuerpo se colora de preciosos y delicados matices metálicos.

La hormiga león deja sus huevos sobre la superficie del agua, pero algunas especies los depositan en los tallos de las plantas acuáticas.

Una sola hembra pone de 1.000 a 100.000 huevos, según las variedades y se incuban en un período que dura de cinco a quince días Antes de la eclosión se ve el embrión con la cabeza fuera del huevo, distinguiéndose perfectamente sus dos ojos protuberantes y la boca.

La ninfa es un animal un tanto aplasado, de gran cabeza y patas más o menos largas, según las especies.

La originalidad de la ninfa es la modificación de su labio niferior en un órgano lo más apropiado para capturar su presa.

Las dos partes inferiores del labio, que en la mayor parte de los insectos, como es éste en la edad adulta, son cortos, se alargan considerablemente y el segundo par lleva una especie de mandíbulas dentadas.

La manera de utilizar este aparato es como sigue:

La niña permanece inmóvil hasta que tiene a la víctima a su alcance. A veces la persigue pacientemente y de repente alarga el labio con rapidez y hace presa, a la vez que alarga las mandíbulas la sujeta y la mete en la boca, donde al tritura y la traga. Todo ello con velocidad asombrosa.

El alimento principal de las ninfas son pequeños crustáceos, especialmente moscas de agua e insectos acuáticos.

Algunas de las especies más grandes, devoran, no solamente grandes insectos acuáticos, sino pececillos pequeños.

El tiempo en que permanecen en estado de ninfa depende de las especies. En la mayoría de ellas es de un año, en algunas dos, y en unas pocas desde tres a cinco años.

Durante este estado cambian de piel o envoltura once y hasta quince veces, lo que depende no sólo de la especie, sino del clima y del ambiente en que se desarrollan.

Sus principales enemigos son los peces, y algunos grandes insectos.

Son muchas las variedades de estos insectos, pero todas son notables por su elegante forma, la rapidez de su vuelo y la vistosidad y brillo de sus colores.

Se les llama vulgarmente "caballitos del diablo", pero en realidad no tienen nada de diabólicos; para el agricultor son un amigo bienhechor; no son animales molestos y son bellísimos a la vista.

PAPEL Y TINTA

"El Libro de la Vida", por Arturo Muñoz.

El Libro de la Vida que la Editorial Maucci pone a disposición del público, es un libro difícil al propio tiempo que fácil de concretar: algo semejante a la doctrina del Nazareno, que abarcando a todos los aspectos de la vida, la concretó él mismo en los dos lapidarios preceptos: "Ama a Dios en todas las cosas" y "Ama al prójimo como a tí mismo".

Don Arturo Muñoz estudia en su libro los frutos de la civilización material en una larga serie de episodios cuya realidad palpitante abruma, y de su estudio se desprende que tales frutos son amargos cuando no tóxicos; pero no reniega de ellos, sino que trata de llevarlos a sazón y de reglar su uso sabia y prudentemente, con lo cual dejarían de ser nocivos para ser sabrosos y de gran provecho al bienestar social.

Se dice, y lo confirma la experiencia en la mayoría de los casos, que la riqueza engendra el ocio, la molicie, y los vicios y concupiscencias de ellos derivados. Muñoz prueba que no es de la riqueza de donde provienen esos males, sino de la prostitución de la riqueza, de la desvirtuación de su origen de sus medios y de sus fines, que son muy otros que servir de oprobio y de flagelo a la humana especie.

Igual nos dice de la sabiduría del poder, del amor mismo... Si se desvirtúan, si se prostituyen, dejan de ser lo que por su origen, por sus medios y por sus fines están llamados a ser, y se convierten en oprobio y en flagelo de la especie humana.

Esta es una verdad que se evidencia por sí misma, y que Arturo Muñoz tiene el acierto de hacérnosla sensible en cuadros plásticos bien pensados, bien trazados y de mágico colorido.

X.

Juicio del ilustre crítico español A. Rodríguez de León, sobre el libro "El espejo concavo" aparecido en "El Sol", de Madrid, de fecha 24 de agosto de 1928.

Apenas ha saboreado uno las primeras páginas de "El Espejo Cóncavo" se advierte que José M. Braña es un espíritu fino y doctamente equilibrado. Nada más difícil que cultivar la literatura jocosa con ánimo de hacer reír al lector y conseguir el propósito. Se trata de un género donde los más creen obtener felices resultados con recursos inhábiles. De ahí el fracaso del género. Muchos cultivan la literatura humorística; pocos logran hacer reír al lector. Más claro: existen muchos graciosos y poca gracia. Ya hemos dicho el por qué. Por los recursos inhábiles para obrar el milagro. Estiman éstos que basta desquiciar un tema, retorcer los personajes y pervertir un diálogo para suscitar la risa espectadora. En diversos aspectos de la vida artística, ocurre otro tanto. En el teatro, en la caricatura, verbigracia. Y no es así. La ironía, el humorismo, la gracia, y en la donosura, la frivola elegancia, y, en último extremo, el garbo sencillo y despreocupado. Ejemplo: los hermanos franceses Max y Alex Fischer, cuentistas de un humorismo sencillo y pulcramente despreocupado.

"El Espejo Cóncavo" no desdeñaría firmarlo los Fischer. Lo que significa que José M. Braña aunque no los tomó como modelo sí acertó a crearse una factura de intención, desarrollo y literatura del valor sugestivo de los autores de "Catherine". Los Fischer insisten, si acaso, en lo episódico. Braña va directo al final del asunto, de expresiva y jugosa brevedad, aunque lo episódico, mondo y lirondo, es en él un motivo más para robustecer el premio de la meta. En todo caso, repetimos, el autor de "El Espejo Cóncavo", apenas prosiga esta tarea recién iniciada, obtendrá una personalidad propia, exacta, concreta, con apoyos de referencia, que en lugar de restarle originalidad sumarán crédito a su valorización definitiva.

"El Espejo Cóncavo" es el título genérico que abriga treinta y seis más particulares, correspondientes a otros tantos cuentos cómicos; o lo que es mejor, tragicómicos, y aquí estriba otro de los méritos de Braña. Su comicidad envuelve de soslayo, sin aviesas maneras, un fondo amargo, no con afán de entorpecer la marcha hilarante del suceso, sino como para acrecentar y definir perfectamente esa marcha con un ritmo de generosa humanidad. El cuento "Aventuras de un hombre honrado y un sobretodo" es modelo de la manera clara, fina, inteligente, airosa y divertida con que José M. Braña, distinguido escritor bonaerense, irrumpe, con gallardo botín, en la hoy tundida y menguada farsa del regocijo, donde si ríe alguien no es el lector. Y eso salimos ganando todos.

"París, glosario argentino", por Roberto Gache. — Editorial "Babel".

Bajo el título general de "Estampas de París", el autor de "París, glosario argentino", nos va describiendo a través de sus capítulos, las cosas o hechos que sus ojos han visto. Algunas de ellas, son páginas de un espíritu andariego, y otras, se hallan saturadas de reflexiones, casi siempre profundas deducidas por la contemplación de la idiosincrasia de aquella ciudad. Al lado de éstas, hay observaciones atinadas, bajo un prisma personal, en las cuales el ironista se hace visible en todo momento. Cuando ésto acaece, el hombre que hay en el señor Roberto Gache, se vuelve ligero, tornátil, ya ríe, se fuga, sueña o calla, o ya se mofa de sí mismo, de los que le observan, o bien de lo que alcanzan a ver sus ojos de turista. En estos casos, el señor Gache interesa siempre, distrae al lector, e invita a que se le siga hasta el final de su ameno libro. Más, sus figuras aparecen ante nuestra vista con caracteres humanos, que luego se hacen inolvidables.

Citar algunos de sus capítulos, por el interés que despiertan, sería como citar a todos, por ello preferimos recomendar la obra, y así, nuestros lectores, quedarán más satisfechos.

"Mi música", por Domingo Alberto Blunno. Librería de A. García Santos.

El autor de "Mi música", es un poeta joven que acaba de publicar, con la presente, su tercera obra poética. A pesar de su fecundidad producción, aun tiene muchos peros de que son necesarios corregirse.

El señor Blunno, ante todo, debe evitar los vocablos pocos armoniosos y comunes, literariamente hablando. Luego, tiene que huir de ciertas expresiones que rebaja la índole del verso mismo; pues, a la inspiración hay que ayudarla con giros, si no nuevos del todo, al menos que posean gracia, delicadeza en el decir. No basta trazar renglones y renglones de versos, también es indispensable sentirlos, vivirlos, diremos de una vez; de lo contrario, no se hará poesía. Si puntualizamos estos defectos, es porque vemos en el señor Blunno condiciones sobresalientes de buen poeta, y anhelamos se supere en obras sucesivas. En este mismo libro, hay ya poesías que merecen llamarse tales, así por ejemplo, las tituladas: "¡Muertos que caminan!", "La esperanza del niño", "Otoño", "En ultratumba", "A Dios", "El buey", "El ombú" y "Egloga", todos sonetos que se leen con interés, y que permiten presagiar en el autor, futuros grandes triunfos.

"Las islas de mi mar azul", por Argentino Díaz González.

Con este libro, el señor Díaz González se inicia en las lides literarias. Joven aun, ya tiene el sentido del ritmo, aunque adolecen sus poesías de faltas de personalidad intrínseca, en lo que a la creación poética se refiere. La mayoría de ellas, son trabajos que se leen de un tirón, pero se hallan carentes de vida. De ahí viene, que en sus estrofas se advierta ausencia de emoción y de esa sugerencia que se transmite de alma a alma, y hacen de la obra un prototipo acabado de belleza permanente.

El señor Díaz González, debe cuidarse de caer en el verso por el verso, es decir, en el meramente técnico de su construcción. Si así no lo hiciese, sus cualidades de poeta se malograrán, y será, quiera que no, uno del montón. Decimos esto, para que no se sugestione con el ritmo de sus estrofas y trate de ceñirse a períodos más compactos, más substanciosos, evitando lo diluido y cerebral. Mas. Antes de ponerse a escribir, madure bien, primero el asunto sobre que va a explayarse; vale decir, estudie el tema, y luego, trabájelo con cariño, con delectación, a fin de que sus versos contengan emoción saturada, poesía pura.

Esperemos ahora, que esta sugestión, sea un hecho en la futura obra del poeta platense, a breve término.

José Mauricio Peixoto.

TEATROS

"EL FAKIR BEN - AMI", EN EL LICEO

No es pintar como querer, dice el refrán y dice bien. Y a mayor abundamiento, otro reza que vèmos la paja en el ojo ajeno y no la viga en el nuestro. Todo ello advierte de los peligros e inconvenientes de mezclar las burlas y las veras, la crítica y la producción, lo negativo y lo positivo, porque quien ha sido severo juez de una falta ajena, es reo de más culpa al cometerla.

Un maestro de escuela que se improvisa fakir; que gana el amor de una fondera y que lo pierde casi con la vida, por la estratagema de un competidor que descubre la superchería para triunfar en el corazón de la dama, no es ciertamente un argumento como para inmortalizar a Tabanillo, sobre todo si está escrita por los procedimientos comunes y nada sobrada de ingenio.

La cooperativa de actores que dirige Pierina Dealesi, dió lustre a esta pieza elevándola a una categoría de éxito que en otras circunstancias no hubiese alcanzado, probablemente.

COSAS

Este año la temporada teatral parece no haber sido tan difícil como las anteriores, y aunque no se conocen aún los resultados financieros de cada empresa, pueden anticiparse resultados por la notoria evidencia de ciertos factores.

Cabe registrar el éxito de taquilla, realmente sorpresivo de la compañía de Catalina Bárcena en a Opera. No obstante sus precios elevados, la monotonía del repertorio, la insistente repetición del mismo eterno papel de ingenua por la primera actriz en todas las obras, el escaso mérito artístico de la labor del mayor número de sus acompañantes, de la contumaz repetición del repertorio de confitería del director y de las humoradas de teatro de aficionados que han subido a escena frecuentemente, la compañía no ha conocido esas entradas flojas que en ciertos días de la semana atormentan a la gente de telón adentro.

¿De qué se trata? Queremos limitarnos hoy a la consignación del fenómeno y a llamar la atención sobre el contraste que ofrecen otras compañías, también extranjeras, que apenas han logrado llevar adelante penosamente una temporada precaria.

EN EL SMART

Se anunciaba como primer estreno en este teatro después de un largo interregno debido al éxito de "El teniente Peñaloza" y "Nos cayó de arriba un cura", de la pieza de Florencio Chiarello "El milagro de Pepino".

LA OPERETA

El justificado éxito alcanzado por la compañía italiana de operetas que dirige el actor Siddivó, no ha decrecido en las últimas representaciones. Entre las numerosas piezas que vertiginosamente desfilaron por el cartel, merecen mencionarse por el mayor aplauso logrado "Paganini" y "Bocaccio".

El numeroso y disciplinado conjunto responde ampliamente a los más variados aspectos del género que allí se cultiva.

DE ROSAS OTRA VEZ A EUROPA

Por tercera vez emprendo una cruzada por Europa, como embajador del arte teatral argentino, el notable actor Enrique De Rosas, quien con su esposa Matilde Rivera y parte del elenco que ha actuado en la Comedia llevará el mejor teatro nacional, esto es, las obras que significan una palpitación de arte.

Este viajar al viejo cntinente, hace suponer, fundadamente, que en Europa estiman y aquilatan los valores artísticos de esta pareja de comediantes, a quienes se deben las mejores veladas de este año en el orden escénico. Seis meses durará la jira que iniciará en los primeros días del mes próximo, debutando a fines del mismo en Barcelona, para seguir a Italia. En junio de 1929, De Rosas reaparecerá ante nuestro público, desde la escena del Liceo.

Nuestros mejores votos por el éxito de De Rosas y sus acompañantes en su nuevo viaje.

ELENCO TUDELA - LATORRE

Debutó en el Ateneo una compañía encabezada por los artistas que dan nombre al alanco y que eligió para presentarse "La calumniada", vieja obra de los hermanos Quintero. Fué una versión discretísima la que se ofreció, en la que la primera actriz, Hortensia Martínez Zamora, acreditó excelentes aptitudes artísticas y los actores Tudela y Latorre se desempeñaron eficaz y sobriamente. Con "El señor Adrián, el primo" graciosa pieza de Arniches, representada en funciones subsiguientes, la compañía volvió a revelar esmero y cuidado en la interpretación que fué muy aplaudida por el público.

OPERETA DE PRIMAVERA

De suyo primaveral, por los trajes, su alegría, sus encantos y frescuras, la opereta, otrora disloque del público, vive adormilada, y cuando trata de despertar es, con frecuencia, asfixiada por su peor rival, vencedor en estos últimos tiempos en todas las lides teatrales: el bataclán. En rigor, si se mira con el microscopio, la opereta, en cierto modo fué el precursor del desnudo teatral y el primer alarde picaresco en la escena moderna. Pero como, en materia picaresca el apetito del público es excelente y pide siempre más, ahora preferiere el género de madame Rasimi.

Empero, con la primavera, renacen flores en todas partes; en las plantas, en las epidermis de la gente moza, que se llena de forúnculos y en el teatro. La Opera se abrió para la opereta, con Aída Arce y Pibernat desean hacer florecer en esta primavera. Debutaron con "El zarevich", novedad absoluta, estrenada a tiempo de cerrar esta edición. Lo dedicaremos en otra el comentario del caso.

MUDANZA TEATRAL

Para el viernes se anuncia el traslado al Avenida de la compañía española de zarzuelas que actúa en el Mayo, bajo la dirección del estimado actor Arsenio Perdiguero. Tendremos ocasión de ver, con tal motivo, las reformas que se están introduciendo en el elenco, entre las cuales cabe citar el ingreso de las tiples Isabel Moreno y Emilia Rico, figuras conocidas y apreciadas por el público.

LO QUE ES Y LO QUE DEBIERA SER ROBERTO CASAUX

Con el estreno de la pieza titulada "Lágrimas de cocodrilo", de Julio F. Escobar, puede darse virtualmente por terminada la temporada de Casaux en el Nuevo.

Esta pieza no es ni mejor ni peor que las demás que han constituído su repertorio durante el año, pero si así resulta desde el punto de vista del público, no es lo mismo en cuanto se refiere al autor y al intérprete.

Escobar ha escrito y es capaz de escribir piezas de otra enjundia, y hace mal en dar con su firma otras mediocres, sin meditación ni valor estimable alguno, a pesar de su prédica periodística en favor del buen teatro.

En cuando a Roberto Casaux, es una pena que haya tenido tanto éxito en su actual temporada de teatro chico, porque ella orientará sus próximas actividades, quién sabe por cuánto tiempo, dentro de la misma tendencia lamentable.

Casaux es actualmente un actor cómico y debiera ser pura y simplemente un actor, un gran actor, una de las más altas figuras de la escena en idioma español.

Como actor cómico, su eficacia no es superiod a la de otros que cultivan el género y aún se ven limitadas su posibilidades festivas por la dignidad en que quiere mantener su labor, renunciando voluntariamente a utilizar ciertos recursos que en otros actores no quedan mal porque no son más que actores cómicos.

Esta equivocación de Casaux o la fuerza de las circunstancias tal vez, nos priva de ver al eximio artista al frente de un conjunto interpretando un repertorio mixto de teatro grande, en el que pudiera desarrollar sus extraordinarias aptitudes y su talento artístico innegables.

Es de esperar que un año u otro pueda Roberto Casaux demostrar su capacidad como actor estudioso, que si es capaz de divertir a un auditorio popular no lo es menos para emocionar a un público selecto.

PARRA Y SU HAREM

Continúa representando con creciente éxito Parravicini, la nueva producción de Ricardo Hicken. "El harem de don Florencio", disparate cómico de mucha eficacia hilarante, en el que Parra reverdece sus laureles de bufo. Las sonoras carcajadas que estallan todas las noches en el Argentino y el número de gente que va, son la prueba del éxito de la pieza, la que seguramente será el último título en el cartel de la sala, en este año.

POR EL IDEAL

Angelina Pagano, nuestra interesantísima actriz, ha logrado en su temporada, del Ideal una rehabilitación sobre sus últimas campañas, que no tuvieron, por desventura, todo el éxito que se merece la inteligente artista.

Ahora, con el doble espectáculo, uno para niños y otro para grandes y dos elencos, ha visto complacida el retorno de los buenos tiempos.

A "La Hermana María", ultima producción del Sr. José J. Berrutti que lleva muchas repeticiones, seguirá en carácter de estreno, "Mujeres fuertes", pieza de Juan C. Ferraria, nombre que no tiene antecedentes, así lo creemos, en la escena nacional.

UN ESTRENO

En el número anterior nos ocuparemos del estreno de la pieza en un acto de Carlos R. de Paoli titulada "La taba de la vida", que debió subir a escena en la semana anterior, en el teatro Nacional.

MUIÑO

Dos buenos éxitos logró el Buenos Aires con los últimos estrenos: "No pregunto cuántos son" y "Un padre en busca de seis hijas". A la fecha es posible que el cuartel haya variado en parte, incluyendo una de las dos novedades que se anunciaban: "Compadrón y guitarrero", de Godel, y "Era un malevo buen mozo", de Eduardo Trongé, de las cuales la primera tenía prioridad para ser puesta en escena.

GRAND SPLENDID

La grandiosa sala que administra don Carmelo Carbone, se ha visto singularmente concurrida en la primera semana de primavera por el selecto público constituído por familias de nuestra aristocracia que la ha erigido en su sala favorita.

Las mantinées de los domingos y las veladas del mismo día, conocidas estas últimas por "brillantes reuniones sociales", son evidentes demostraciones del entusiasmo creciente por el espectáculo cinematográfico que en este salón tiene mucho alcance artístico.

CAPITOL

Las funciones de este cine se efectúan con mucho público, ya que es sabido que en el Capitol se ofrecen buenas películas y, con frecuencia, producciones nuevas, que se pasan antes que en ninguna otra sala. Actualmente el programa es interesante.

GLORIA

Con mucha concurrencia se vienen dando funciones en este prestigioso salón, a cuyo frente está el conocido y estimado cinematografista Sr. Marcos Sánchez. Para la semana que se va a iniciar, el cartel brindará bonitas películas de las que atren siempre público.

PARC

Con éxito sigue desarrollando su temporada este cine situado frente a la plaza Italia y al que concurren las mejores familias de la circunscripción.

El cartel es cada vez más atrayente.

Ultimas creaciones de la moda femenina



1 — Traje para la tarde confeccionado en crespón de China blanco estampado de azul marino. Cuello y puños de tul blanco y bordado de perlas blancas sobre tul en el punto de cruzamiento del traje. — 2 — Sencillo traje de ''reps'' crudo, guarnecido con una pechera de linón blanco bordado con encaje crudo. — La misma guarnición en las mangas. — 3 — Traje ligero ejecutado en muselina estampada de amarillo y violeta sobre fondo color crema.

A. García y Cía., Perú 1746